Jaime Rosal

RUIDO DE SABLES

Jaime Rosal

RUIDO DE SABLES

Jaime Rosal

RUIDO DE SABLES

Treinta y ocho, treinta y nueve y cuarenta

Para Birgitta, copartícipe

—...Treinta y ocho, treinta y nueve y cuarenta.

Al llegar a este punto, Ginés deja de remover la mezcla para contemplar cómo los cubitos de hielo, por la inercia, siguen dextrógiros dando vueltas remedando, cual derviches giróvagos, el sutil caminar de los planetas por el reducido espacio del vaso mezclador pues, para la sublime obra, cual avezado alquimista que es, considera un disparate emplear la coctelera que muchos barmen americanos de la escuela neoyorquina del Knickerbocker utilizan sin pudor alguno, lo que ha propiciado el vetusto dictum «removido, no agitado» defendido por los partidarios de la ortodoxia que vaya usted a saber de dónde arranca pues, basándose en los más fútiles argumentos, la paternidad de la divina mezcla se la atribuyen a no pocos.

Después extrae del congelador dos escarchadas copas y utilizando el colador, como de costumbre, procede a llenarlas hasta sus respectivos bordes bajo la atenta mirada de Greta que aguarda expectante la conclusión de la ceremonia, repetida mes tras mes, año tras año, con la que finalizan sus respectivas jornadas laborales con una vaga sensación de relajo. Luego Ginés, como a simple vista en el frutero de la mesita de la cocina tampoco se ve limón alguno, hurga con ansiedad el verdulero de la nevera para comprobar que no hay ni rastro del imprescindible cítrico,

—¿Greta, no has comprado limones?

Y Greta, rauda en su defensa, responde.

—Pero ¿no me dijiste que ibas a pasar por Sitjar por los aguacates?

No, no ha pasado por los aguacates ni recuerda haberlo dicho, ni tener intención de comprarlos.

Queda otro recurso. En los botes de pepinillos en vinagre Maillé, siempre vienen tres o cuatro tímidas cebollitas que pueden utilizarse para elaborar sendos *gibson*, pálidos sucedáneos del benemérito *dry*, pero consternado advierte que hace meses que no suben a Perpiñán donde suelen comprarlos pues resultan imprescindibles para el steak tartare espartano que Greta prepara con inigualable destreza, de modo

que opta por acudir al vecino de su mismo rellano. Un tipo simpático el tal Ángel, mayorista de productos químicos que vive como un conde a base de envasar dosis homeopáticas de productos adquiridos en el extranjero al por mayor a precio de orillo. Tras tres agónicos timbrazos, concluye que en casa de Ángel no está ni el perro, de modo que si quiere tomarse un martini en condiciones deberá recurrir al colmadito del paquistaní que abre sus puertas en la cercana calle Bertrán a dos pasos de su domicilio, pero de bajada, lo que implica tener que regresar a casa subiendo la antipática cuestecilla del último tramo de la calle Hurtado, único inconveniente que supone haberse decidido por aquella vivienda que les sedujo debido al magnífico panorama sobre la ciudad que ofrece el gran balcón de salón comedor.

Sobre los cobardes no hay nada escrito, ni sobre los pusilánimes, se dice. Y mientras se cala el Barbour pues el cielo amenazaba tormenta, y no sin antes comprobar que lleva la cartera en el bolsillo del pantalón, se despide de Greta con un somero hasta ahora.

Trotando como un colegial, baja la cuesta felicitándose al comprobar que el paquistaní aún sigue abierto. Resultaría curioso saber a qué horas cierra, si es que cierra alguna hora. Desde la puerta, cual náufrago rescatado, otea los contenedores de las verduras, para comprobar que no hay ni una triste caja de limones, sin embargo, insiste esperanzado.

—¿No tendrá algún limón suelto por ahí?

—No limones, no camión hoy.

La respuesta le cae encima como una losa. A estas horas dónde encontrar un limón del que, con su habitual destreza mediante un afiladísimo Tapio Wirkkala de su colección de cuchillos, mondar la piel del imprescindible cítrico sin dejar un ápice de cutícula. Entonces, mi reino por un limón, se le ocurre acercarse a Da Pietro, un bar pizzería cercano donde a buen seguro no tendrían inconveniente el venderle uno, a fin de cuentas es un habitual cliente de la casa donde sus buenos duros se deja al acudir con regular frecuencia a leer *La Vanguardia* mientras desayuna. Tampoco hay suerte allí, los limones estaban ya circuncidados en rodajas para servir en menesteres más prosaicos tales que cubalibres, rafs o gintónics, o a esa reciente moda foránea de servir el Vichy con una rodajita al modo Perrier.

Camina unos metros más hacia la calle Balmes, tal vez en el obrador de la pastelería La Farga. Pero tampoco, pues ellos, le dicen, trabajaban a base de concentrados y saborizantes. Aquel día, al

parecer, se ha convocado una subrepticia huelga de limones de brazos caídos, o tal vez la temible cancrosis de los cítricos ha atacado súbitamente a todos los limoneros del reino.

¿Dónde acudir, pues un martini sin su monda de limón es como un Campari sin su rodaja de naranja? ¡Ah, los cítricos, cuánto han contribuido al desarrollo palatal de la humanidad! Porque desprovisto de esas sutiles notas aromáticas, un dry martini se convierte en algo soso: una simple ginebra con vermut, por no hablar del Campari sin naranja, porque ahora no es el momento. Ahora Ginés, tesonero, debe concluir la operación limón y no sabe bien dónde acudir. Los colmados de Balmes están cerrados y Casa Pepe, el bar-charcutería más caro de este cuadrante de la Vía Láctea, ¡malhaya sea!, los lunes cierra por descanso del personal.

Armándose de coraje, sólo le queda la opción de acudir al Pablo's de la calle Padua que ya le cae inoportunamente lejos. Aunque, claro, si toma el metro en la plaza Kennedy su objetivo, total, se halla a dos paradas.

No se lo piensa dos veces, dicho y hecho.

En Pablo's encontró el ambiente de costumbre. Los habituales del establecimiento lo llenaban como un autobús a la hora del fútbol, a ellos debían agregarse un par de piculinas del Acapulco de la cercana calle Ríos Rosas, seo barcelonesa del putiferio de altura, aves de paso, que debían estar disfrutando de su hora de asueto, lo que no impedía, si la ocasión se terciaba, hacerse algún cliente para redondear la *caja* antes de concluir su jornada laboral. En un rincón de la barra el abogado Solanelles, arrastrando su habitual media cogorza, peroraba ante un grupito reducido que, con la palma del martirio pintada en sus rostros, soportaban el aguacero con la vana esperanza de ver recompensada su dedicación con una ronda, sin sospechar que el letrado lo más probable era que estuviese a dos velas y que su presencia en Pablo's obedecía a la buena fe de su homónimo propietario, que le fiaba a cuenta de las hipotéticas minutas que Solanelles, a buen seguro, quid pro quo, le presentaría en el futuro por su asesoramiento legal, pues Pablo andaba sopesando abandonar el régimen de módulos y convertir el negocio en una sociedad limitada unipersonal, cuyas ventajas fiscales Solanelles, especialista en Laboral, no se cansaba de ponderarle.

Para evitar un más que posible sablazo, Ginés, subiéndose las solapas del Barbour, se hizo un hueco en la otra punta de la barra. De antaño conocía las mañas del infatigable letrado quien hacía un par de

años le había sido presentado por un compañero de la facultad en la barra de Boadas y que a la hora de abonar su consumición enseñó el plumero arguyendo haberse dejado la cartera en casa, lo que al parecer era una inveterada costumbre del susodicho pues en otra ocasión, en el Ideal Scotch, haciéndose el encontradizo, Ginés acabó pagando el pato nuevamente y, no hay dos sin tres, un mediodía en Victory's, Solanelles, que se le había acercado con la excusa de saludarle —él pomposamente dijo presentarle sus respetos—, utilizó el viejo ardid de desaparecer en el servicio poco antes de que Pepito, el dueño que oficiaba en calidad de barman, les presentase la cuenta. Pero no era sólo eso, pues como guinda del pastel, Solanelles, poseedor de una verborrea homérica, era reputado por las monumentales tabarras, capaces de hacer dormir a las ovejas, que prodigaba a sus interlocutores, por lo cual, a partir de entonces, en cualquier lugar en cuanto advertía la presencia de aquel gorrón irredento, Ginés hacía mutis discretamente.

Pero, claro, Ginés no podía pedirle a Pablo un limón y marcharse acto seguido, por lo que ya con el precioso cítrico en el zurrón del Barbour, a modo de compensación, pidió un *dry* que le daría fuerzas para regresar al hogar donde Greta, con un justificable mosqueo, le estaría esperando. Lo mejor era telefonearla.

—¡Que estás en Pablo's por el limón! ¡Ni que fuera el grial!

Menudo cabreo, era comprensible, sin embargo, ahora no era el momento de dejar de lado aquella maravilla de copa que relucientemente perlada le aguardaba, elaborada siguiendo la norma de las cuarenta vueltas con aquel delicado hielo de máquina que apenas se derretía lo que contribuía a la suma perfección de un combinado tan exquisito que Ginés se lo sacudió en tres tragos. Valga decir que las copas de Pablo's eran de una capacidad más bien discreta, lo que redundaba en beneficio de que la mezcla no llegara a calentarse. Lo que sí se le calentaba, paradojas de la termodinámica, era el paladar y después del primero, vino un segundo y advirtió cómo a su vez, por simpatía, se le calentaban las orejas obligándole a quitarse el Barbour y quedar al descubierto ante Solanelles el cual, esfumado ya su auditorio, oteaba la barra cual esperanzado robinsón, en búsqueda de un nuevo oyente, hasta que su mirada aquilina se posó sobre un desamparado Ginés.

—Mi queridísimo Puigdollers, dichosos los ojos.

Ya era demasiado tarde, y lo peor del caso era que, tras esa exagerada cortesía, a buen seguro se ocultaba un presumible sablazo,

más cuando el letrado para saludarle en prueba de camaradería había recurrido familiarmente al apellido como se acostumbra entre compañeros de clase, algo que no venía a cuento, entre otras cosas porque Ginés y Solanelles no habían coincidido en colegio alguno.

—¿Qué está usted bebiendo? No, no me lo diga —agregó Solanelles al percatarse de que la copa que Ginés sostenía entre sus dedos, con su transparencia, pregonaba su inequívoco contenido. Y antes de que el aludido tuviera tiempo para reaccionar, Solanelles se digirió al de la barra.

—Pablo, dos más de Tanqueray a mi cuenta —solicitó imperativo.

Aquel súbito rasgo de munificencia confirmó sus sospechas. Ginés estaba perdido, pues si con dos se ablandaba como el alquitrán de las carreteras en agosto, con tres martinis le resultaba del todo punto imposible defenderse ante la evidencia. Así, cuando Solanelles, cargado de aviesas intenciones, en tono pontifical iba a iniciar su discurso, Ginés advirtió horrorizado que había caído en la trampa. Resultaba manifiesto que Solanelles utilizaba aquel recurso para anestesiar a su auditorio mientras alevosamente afilaba el sable con el que despellejar sus víctimas. Pero antes, a modo de exordio y por no espantar a su nueva víctima, el letrado abrió fuego:

—Y qué me cuenta usted de nuevo, querido Puigdollers —se interesó astutamente el letrado a quien, como resultaba obvio, le importaban un rábano las andanzas de Ginés. Y entonces, iluminado por su instinto de supervivencia, Ginés se cerró en un mutismo sepulcral. Cuanto menos hablara menos brechas dejaría abiertas para dar pie a que el letrado le endilgase su perorata. Pero Solanelles, que ardía en deseos de largar trapo y, sin importarle por descontado los intereses de su interlocutor, se lanzó tumba abierta por los vericuetos de la Ley de Sucesiones, ante el estupor de Ginés que si bien había decidido no hablar, así le aplicasen el tercer grado, lo que tampoco estaba dispuesto a soportar aquella tabarra que se le antojaba de hercúleas dimensiones.

A los cinco minutos de exposición, Ginés advirtió que era incapaz de escuchar algo inteligible como no fuese un monótono blablablá de fondo que le impelía a cerrar los ojos, por fortuna disimulados tras sus gafas de hipermétrope, hasta que el letrado interrumpió su monólogo para clamar escuetamente:

—Pablo, otra ronda.

Sin calibrar los presumibles efectos del cuarto *dry*, Ginés intentó meter baza sin éxito, mientras los minutos se deslizaban plúmbeos y las copas, cual eslabones, se sucedían trenzando una cadena que le aferraba a su taburete. Lentamente, los parroquianos desfilaban hacia sus hogares y el bar iba quedándose vacío. Solamente las dos piculinas resistían impertérritas, sin perder la esperanza de redondear sus haberes. Pronto abandonarían sus puestos de ojeo, pues tras la cena, Acapulco recibiría una nueva tanda de clientes y la llamada del deber las reclamaba, pero antes, oh no, Solanelles, con paso vacilante, se acercó a ellas convidándolas a unirse al festejo —qué festejo— mientras Ginés pugnaba por hacerse invisible pues su concepto de diversión distaba mucho del que intuía podía satisfacer a Solanelles, pero se equivocaba, la pretensión del letrado era bien otra, como quedó al punto descubierta. No era la lujuria la que impulsaba al abogado, por otra parte, qué lujuria cabía después del torrente de london dry gin que fluía caudaloso por sus venas, sino la necesidad de conseguir un más amplio auditorio. Confundidas, las piculinas —a partir de ahora sucintamente Paqui y Emy— hicieron señas al invisible Ginés para que se acercase y aceptaron la ronda de *drys* que Solanelles reclamaba a un Pablo escamado que había comenzado a preguntarse cuántas copas debería abonar al letrado como contraprestación por sus servicios de asesoría que, a fin de cuentas, no era nada del otro mundo, total algo que podía haberle solucionado el gestor que le llevaba los papeles de la coctelería. Pero, dueño de una proverbial cortesía, el barman sirvió el encargo sin rechistar, ante la teatral jovialidad de Paqui y Emy que palmotearon entusiastas pues acostumbradas al aguachirle de alterne que en Acapulco hacían pasar por whisky, los martinis de carne y hueso les habían causado un inmediato efecto euforizante. Y, ante el estupor de Solanelles, tomaron la palabra.

Mientras, Emy aseguraba sin fundamento alguno que el rey del sable y Ginés eran un par de cachondones, Paqui sostenía que, a pesar de haberse echado a la mala vida, ella era muy *honrá* jurándolo por la gloria de su madre, a lo que no hubo más remedio que dar crédito porque madre no hay más que una, insistía Paqui, entonces Emy hizo un amago de cante, regional por supuesto, ante la mirada reprobatoria de Pablo que siempre alardeaba de regentar un lugar donde el decoro y discreción eran la norma de la casa. Fue en este momento cuando Ginés rogó al hado con fervor le permitiese escapar de aquel embrollo pues él hacía rato que había coronado su cítrico objetivo y en casa le aguardaría Greta previsiblemente con una mosca del 54 tras la oreja, algo bastante engorroso porque Greta era una chica bajo cuyo sutil halo de dulzura dormitaba una valquiria irreductible, de modo que

fingiendo una urgencia —la vejiga no perdona— se deslizó hacia el servicio que excepcionalmente no se hallaba situado al fondo a la derecha, sino cercano a la puerta del local a través del cual se escurrió sigilosamente, cual ocasional ninja, hacia la calle donde había comenzado a llover con ganas, algo de agradecer pues el benéfico meteoro le liberó en parte de su neblina etílica.

Descartado el metro que cada vez que caían cuatro gotas acusaba las carencias de su precaria infraestructura vial suspendiendo el servicio, un ejemplo más de la característica previsión de los transportes metropolitanos de aquella ciudad prodigiosa, Ginés, contrariado Ulises, decidió tomar un taxi para regresar al hogar, ardua empresa a aquellas horas —las de la cena— cuando los taxistas desaparecían del mapa, cual ratas marineras, para dedicarse a sus inextricables quehaceres. Por fortuna, ya en Padua esquina Balmes, divisó la luz verde de la esperanza personificada en un vehículo bicolor negro amarillo que ascendía por la calzada de Balmes en dirección Tibidabo.

Abordó el taxi con una sonrisa victoriosa que inmediatamente se desdibujó de su rostro al recordar el soberano plantón que le había dado a su abnegada, las más de las veces, Greta y comenzó a pergeñar una excusa, si no aceptable que, por lo menos, sirviese de entrada para apaciguar a su paciente Penélope.

En la calle, para colmo, Ginés advierte que se ha olvidado las llaves en casa y ha de pulsar tímidamente el telefonillo y tras identificarse.

—¡Vaya por fin! conque eres tú —responde Greta con notable acritud y, para hacerle purgar su injustificable demora, tarda lo suyo en abrirle al considerar que una buena ducha de lluvia a la intemperie servirá, cuando menos, de advertencia de lo que le aguarda.

Ya en el piso, tras secarse su cabeza de pollo mojado, antes de que Greta le eche la caballería encima, sin dejarla hablar, Ginés ataca con convicción.

—Primero escúchame, déjame que te explique —y tras esbozar su periplo, paquistaní, Da Pietro, La Farga hasta llegar a Pablo's en busca del limón escurridizo, prosiguió—. Después de hablar contigo, en cuanto colgué, al disponerme a volver a casa, ya en la puerta, me sorprendieron dos hoscos sujetos de catadura patibularia que irrumpieron en el local con sendas escopetas de caza recortadas. Tras encañonar a la clientela iniciaron una colecta forzosa para recaudar

fondos para su causa, dijeron, la reinserción del oso pirenaico en los Pirineos Orientales, para la cual eran precisas cuantiosas donaciones que el Departament de Ramaderia y Pesca les había denegado en numerosas ocasiones dado que, como los Pirineos se extendían a través de Aragón hasta alcanzar Vasconia, nadie podía garantizar que el oso catalán —*ursus catalanicus*— y por ende almogávar, no emprendiese su conquista hacia otras latitudes a coste de las proverbialmente enflaquecidas arcas de la Generalitat, de modo que resultaba de todo punto lógico que cada palo soportase su vela pues en Madrid la reinserción del citado oso se la traía al pairo, que el único ejemplar que allí interesaba era el que posaba junto al madroño de su vetusto blasón, paradigma de la heráldica popular. Nos obligaron a vaciar los bolsillos, pues, ordenándonos que pusiéramos su contenido sobre la barra, ahí se quedaron mis llaves, lo siento. Por suerte no nos quitaron ni relojes ni anillos. En el aire se mascaba la tragedia y para quitarle hierro, un Pablo titubeante solicitó de los asaltantes permiso para servir unas rondas, propuesta recibida con el alborozo compartido de asaltantes y parroquianos al que se sumaron dos señoritas de muy buen ver allí presentes, que comenzaron a timarse descaradamente con el señor Blanco y el señor Marrón, que por tal atendían respectivamente los hombres de las recortadas. Aprovechando la incipiente confusión, alguien había puesto en marcha la radio y los señores Blanco y Marrón sacaron a bailar a las chicas, al parecer por los Pirineos escasean tanto los osos como el elemento femenil, me metí en los servicios, donde, ¿recuerdas?, hay un ventano que da a un patinejo interior desde el cual puede accederse a la calle con sólo saltar una pequeña tapia que no debe tener más de metro y medio. Con un esfuerzo, no diré sobrehumano, pero sí considerable, a ver cuándo me pongo a dieta, me encaramé sobre el murete y, a riesgo de torcerme un tobillo, salté sobre *la acera que estaba cubierta de sangre, la mancha se extendía como un lago de límites difusos; una brigada de obreros estaba abriendo una zanja frente a un portal* (¿de dónde habré sacado yo eso?). Esquivando las vallas, presurosamente me dirigí a la calle Balmes con la vana ilusión de tomar un metro o un taxi, cuando a mis oídos llegaron las sirenas del 091, era posible que alguien de Pablo's, en un alarde de valentía, hubiera alertado a las fuerzas del orden, municipales, autonómicas y estatales. Pero no me detuve a comprobarlo ya que la lluvia me estaba calando, sino los huesos, el corazón que se encogía al advertir que, por mi mala cabeza, te había dejado tantas horas sola, cariño mío.

La cara de asombro de Greta es como para hacerle un retrato, pero, aunque valquiria bravía a su vez es escasamente rencorosa, y admite como cierta la rocambolesca historia —incluida lo de la

mancha de sangre qué a saber de dónde la ha sacado— que, con la inocencia pintada en el rostro, su pareja le acaba de largar con toda desfachatez, y sin dejar de admirar una ocasión más las dotes fabulatorias de Ginés, transige. Todo sea porque la paz reine como siempre en el seno del hogar después de tantos años de una aceptable armonía. Y para renovar el pacto de no agresión, con toda su buena voluntad, le pregunta.

—¿No habrás cenado? —Greta todo bondad.

—No he tenido tiempo —Ginés con aire compungido.

—¿Qué tal una tortilla de patatas? —la áurea solución.

—Claro, pero antes, por qué no hacemos un *dry*, que ya tenemos limón.

El Amante de Ginebra

Para Antonio Otero, literato

Tenía tanta sed durante todo el día que incluso al despertarse en plena noche, urgido por su vejiga incontinente, después de comprobar que su esposa roncaba con placidez, impelido por una fuerza ominosa, sigiloso como una pantera, se dirigía hacia el mueble bar para servirse un lingotazo de ginebra a palo seco. Luego tras sentir como el destilado le abrasaba lentamente las entrañas, recobraba el ánimo para dormir y sumergirse en esos descabellados sueños, fragmentos de pasado y elucubraciones futuras, sin demasiado sentido, por las que vagaba. Pero al fin lograba su propósito que no era otro sino conciliar de nuevo el sueño, para descansar, eso que dicen, recuperar fuerzas y enfrentarse al nuevo día lo que cada mañana resultaba un poco más arduo con tanta gente como dependía de él, de sus inapelables decisiones que se habían convertido en el cepo de su existencia.

Por eso, para darse ánimos, siempre solía decirle al camarero de turno, del bar de turno, en cuanto le veía escanciar la botella de ginebra, que contemplaba con golosa admiración, póngame un poco más, o más, a secas, y luego sólo permitía que se la mezclasen con un chorrito de agua tónica, a modo testimonial, porque decía que la quinina le producía colitis y además, como afirmaba que él era corpulento, que lo era, estaba convencido de que el pelotazo no iba a hacerle mella. Pero, claro, eran tantos años que a la fuerza el hígado ya no trabajaba como debería, la cabeza a veces tampoco, y lo que antaño suponía un pasajero alumbramiento, de esos que se solventaba al regresar a casa a pie tomando el aire, ahora ya requería una cuantas horas más por lo que, después de cenar, aunque se tratara de uno de sus programas favoritos —uno de esos plagados de minifalderas muslo en ristre y tetas desbocadas—, se quedaba roque delante del televisor, algo que molestaba a su mujer cuya indignación había acabado por transformarse en alarma —este Horacio le da mucho al frasco, se decía— y de la alarma a la consternación no había más que un paso. De modo que ella, consternada como andaba, comenzó a hacerle sutiles a la par que insidiosas sugerencias —a ver si dejas la botella tranquila, aunque sea rosado cuece igual, ¿otro gintónic? pero si ya van tres, y cosas por el estilo— lo que, al ser olímpicamente pasadas por alto por el aludido, la sacaban de quicio, la crispaban, la enfurecían. Tal vez si hiciese un poco de ejercicio, se decía ella, porque además no hay quien le mueva del sillón.

—¿Por qué no salimos a pasear un ratito como hacíamos antes?

—sugería Clara. Y él se preguntaba cuándo, porque, que recordase lo de pasear nunca había sido lo suyo, lo de ella. Así, como en ocasiones Horacio había manifestado su interés y su amor por los animales, Clara optó por regalarle un cachorro de teckel con lo que supuso no iba a quedarle otro remedio que sacarlo a pasear cada día, un sano ejercicio, eufemismo bajo en que se esconde el hecho fisiológico, que los animalitos del Señor tienen sus necesidades corporales aparte de comer, beber y copular cuando les toca, o les dejan.

Cuando lo vio saltar de la caja de regalo donde se lo había escondido no sin cierto apuro debido a sus cortas patas, y emprender un tímido trotecillo hacia él, Horacio se prendó del cachorrillo dando por seguro de que aquel animal iba a aportarle ese amor que lentamente veía disiparse en Clara sumida en una exasperante rutina, porque la verdad, eran ya demasiados años, los hijos se habían ido de casa y ellos se sabían todos sus respectivos trucos de memoria. Los del perro estaban por descubrir.

El caso es que Horacio se lo tomó en serio, lo de dejar la ginebra no, lo de pasear a Dyc, nombre harto curioso habida cuenta que a Horacio no le decía nada el whisky nacional ni el foráneo, y cada tarde al regresar del despacho, mientras Clara preparaba la cena, él bajaba un ratito a la calle, para dejar que el perrillo se aliviase hidráulicamente contra el tronco de uno de esos plátanos de los que la ciudad estaba cuajada, para que luego se pusiera a escarbar en busca de petróleo en el minúsculo parterre ad hoc y procediera a abonar la tierra evitando en parte tan engorroso cometido a los funcionarios de Parques y Jardines del Excmo. Ayuntamiento. Después, como en casa Clara le había escondido la llave del mueble bar —menos mal que él, precavido, en la cisterna del inodoro había camuflado una botella de ginebra que cada noche astutamente reponía en cuanto Clara se descuidaba— solía, sin embargo, acercarse a un barucho cercano, El Camelot —comidas caseras. especialidad en bravas—, para recuperar fuerzas con un par de gintónics que le alegraban la vida a tal punto que enseguida se hizo muy célebre en el establecimiento donde, al poco, el de la barra ya le daba la bienvenida nada más verlo entrar con un cordial ¿lo de siempre don Horacio?, a lo que él asentía con un vago movimiento de cabeza mientras amarraba la correa de Dyc al pasamano de la barra para que no diese la lata, ya que el animal lo que quería era que le paseasen en lugar de que lo enclaustraran en aquel antro donde todo el mundo fumaba envenenando sus delicados pulmones porque, sea dicho de paso, Dyc sufría de asma.

Los días, los paseos y los gintónics se sucedían con placidez a tiempo que la popularidad de Horacio en El Camelot iba en aumento

entre los camareros, debido a sus generosas propinas, y entre los habituales parroquianos que reían de buen grado sus chistes de una agudeza encomiable, porque Horacio poseía un gracejo especial para contarlos al añadir de su cosecha pelos y señales y oportunos acentos. Bordaba sin ir más lejos los de andaluces y los de vascos ya que en su juventud había recorrido toda España como comisionista dedicado a la venta de productos de marroquinería hasta que se le ocurrió establecerse por su cuenta y montó una pequeña industria del ramo que lo retiraría de circulación dejándole anclado en tierra al frente del negocio como capitán y timonel de la empresa.

Un buen día, justo en el momento en que Horacio ya en su cuarto gintónic rubricaba el chascarrillo de turno con la frase «Pero bueno Patxi, ¿hemos venido a níscalos o a Rolex», coreado por un reguero de francas risotadas, se abrió la puerta del Camelot para dar paso a aquel monumento de metro setenta y cinco erigido sobre unas sandalias de tacón de aguja que realzaban unas magníficas piernas aflorantes de una falda lo suficientemente corta, que proclamaba braga a la vista, en el momento en que aquella maravilla se encaramara al taburete vacío próximo al de Horacio, tal como sucedió, con la soltura que otorga la costumbre. Se hizo un elocuente y breve silencio en el local, interrumpido por un quedo gruñido con el que Dyc parecía advertir a su dueño de aquella presencia extraterrena.

Desde el taburete de al lado Horacio oyó con claridad la imperiosa voz de su vecina cuyo acento la delataba como foránea.

—Un gintónic, por favor.

El hecho de que no indicase la marca la delataba como una bebedora cimarrona, de esas que van al grano y más cuando el camarero al servirle el destilado añadió.

—Un poco más, por favor.

Y cuando el de la barra comenzó a insinuar tímidamente la tónica agregó.

—Ya está bien, gracias.

En sus palabras, Horacio se vio reflejado a sí mismo, cobrando hacia su guapa vecina una natural simpatía y algo más porque la joven, a la que ahora miraba de reojo con insistencia sin poder evitarlo, poseía todos los encantos físicos admirables que se desparramaban desde su cobriza melena hasta sus espléndidos muslos al aire coronados por unas redondas rodillas, como las de antaño, que

culminaban en un delicioso empeine, el de su pierna derecha cabalgada descuidadamente sobre su pierna izquierda.

De un trago la joven liquidó la mitad del vaso y de un segundo trago finiquitó el contenido del mismo procediendo acto seguido a solicitar una segunda ronda, ante la sorpresa de Horacio que, carraspeando profusamente para llamar la atención, se decidió a abordarla pues intuía haber dado con un alma gemela, de muy buen ver por cierto.

Dijo llamarse Jennifer. Dijo ser oriunda de Cornualles y que se hallaba en España en viaje de negocios, algo que a Horacio le costó lo suyo averiguar porque los gintónics se habían ido multiplicando y la conversación se hacía cada vez más confusa entre otras cosas porque Jennifer manifestaba una notable querencia hacia el inglés del que Horacio a duras penas podía traducir las portadas de los discos de moda. Su charla pues zozobraba en un mar de sobreentendidos compensados de sobras por la visión de aquel espléndido panorama.

¡Grrrguau!, ya porque estuviera harto de aguardar amarrado a la barra, ya porque se acercaba la hora de su cena —aquel delicioso Eukanuba Mix que su ama le compraba—, fue Dyc quien dio el toque de retirada, lo que recordó a Horacio que Clara le estaría esperando con el plato sobre la mesa, de modo que, aunque se hallaba muy a gusto en compañía de aquella hermosa aparición que lo tenía hechizado, muy a su pesar tuvo que despedirse de ella, sin embargo, decidido a volverla a ver a la tarde siguiente, si era posible.

Jennifer aceptó al parecer de muy buen grado.

Apenas cenó, embobado rememorando la belleza de Jennifer y su excelente saque para la ginebra, ante la sorpresa de Clara, Horacio no se durmió ante la tele sino que enseguida se fue a la cama para intentar sumirse en un sueño placentero protagonizado por la bella extranjera. Tenía tanta prisa para que la noche transcurriera que ni se levantó en busca de la botella escondida en el depósito del inodoro, tenía prisa también para que pasaran la mañana y la tarde, para llegar a la hora del paseo de Dyc y alcanzar el Camelot donde Jennifer supuestamente le aguardaría.

Al entrar en el bar Horacio, ansioso, recorrió la barra con la vista en búsqueda de Jennifer con la misma premura con la que solicitó su primer gintónic que apuró casi de un trago mientras automáticamente amarraba a Dyc. Pero Jennifer no estaba allí. Se tranquilizó al recordar que no habían acordado ninguna hora para la cita, tal vez era

demasiado pronto, y para hacer tiempo pidió una segunda copa como de costumbre larga de ginebra y corta de tónica. El tiempo transcurría con una desesperante holgura y, sin sentirse en vena para contar ningún chiste, se enfrascó en su tercer gintónic cuando de nuevo la puerta del bar se abrió para dar paso a aquel bien con que la naturaleza, esperaba, iba a recompensarle. Dyc gruñó rompiendo el silencio para alertarle mientras ella se dirigía a ocupar un lugar en la barra junto a Horacio y trepó al taburete, cruzó sus piernas, mostró sus bragas, y antes de saludarle ya estaba pidiendo otro igual para mí.

Comenzaron a charlar pastosamente. Jennifer insistía en que el motivo de su viaje a España eran los negocios, pero era incapaz de precisar cuáles pues confusamente pasaba de una historia a otra en las que, sin demasiada ilación, se entremezclaban viejos chismes con viejas consejas de las que ella era la principal protagonista. No se sabía a causa de qué desatino, a la muerte de su esposo con quien había mantenido en vida de éste excelentes relaciones, decía haber sido internada en un convento en Glastonbury. Pero, claro, por muy alumbrado que Horacio estuviera, no podía comprender qué hacía en un convento aquella mujer más digna de figurar como vedette del Folies Bergère que ocupándose del torno, una de sus peculiares obligaciones. Todo había sido culpa de los amigos y familiares de su marido, una pandilla de pusilánimes envidiosos, que intentaban llevársela al catre, dijo, a la primera de cambio —algo lógico, no hacía falta más que verla, pensó Horacio—, pero ella resistía entre otras cosas porque estaba enamorada del padrino de boda que su marido había enviado a Cameliard a recogerla en su casa paterna —extraña costumbre, pensó Horacio— y con el que había acabado liándose durante el viaje hacia sus esponsales. Y ahí se enredaba la cosa, porque impulsada por el cuartillo y medio de ginebra que mezclada con escasa tónica que ella se había metido entre pecho —hermoso pecho por cierto que pugnaba por escaparse de su blusa— y espalda, la narración de Jennifer se hacía cada vez más intrincada, mucho más si tenemos en cuenta que Horacio llevaba también lo suyo.

Jennifer prosiguió inmutable. Sorprendida en el lecho conyugal junto a un tal Lanzarote —nada que ver con la bella isla canaria—, que era justamente el padrino de boda, por los amigotes del marido, una pandilla de perezosos gorrones que vivían a sus expensas y se pasaban el día entre cacerías, banquetes, ordalías y torneos —aquí Horacio puso los ojos como platos— ayudados por su insidiosa cuñada, una tal Morgana, una bruja de mucho cuidado, la acusaron de adulterio e intentaron que pagara en el cadalso tamaña felonía de lesa majestad, mientras que Lanzarote era condenado a abandonar el reino con lo puesto rumbo al norte del país plagado de combativos

lugareños que había que meter en cintura. Horacio escuchaba sin dar demasiado crédito a una historia que le recordaba vagamente una película protagonizada por Ava Gardner y Robert Taylor vista hacía años en el cine Partenón de los jesuitas, sólo que miss Gardner era morena y Jennifer pelirroja. Para el caso, poco importaba el color de sus largos cabellos que desprendían un penetrante olor mezcla de almizcle y benjuí cuyos efluvios contribuían a incrementar la cogorza que Horacio acarreaba después de tanto gintónic, hasta que Dyc, con un oportuno gruñido de nuevo recordó a su amo que era ya llegada la hora de regresar a casa, justo en el momento en que Horacio envalentonado había comenzado a escalar con sus dedos el terso muslo de su interlocutora que displicente parecía ofrecerle.

Al bajarse del taburete, Horacio trastabilló y tuvo que dar un quiebro digno de un funambulista coreano para evitar esmorrarse contra el suelo. Sin embargo, Jennifer permaneció impertérrita como si no hubiese advertido el lance mientras a modo de despedida le dijo.

—¿Mañana, aquí, a la misma hora?

Por la noche, en sueños, Horacio cabalgó en un brioso corcel, sospechosamente semejante a Dyc, a cuya grupa había sentado a Jennifer tocada con un elegante sombrero cónico de terciopelo a lo Harold Foster ornado de tules multicolores. Lo singular del sueño era que Jennifer iba ataviada a lo lady Godiva, sus muslos cruzados firmemente impedían, sin embargo, contemplar sus partes pudendas, pero daba igual, pues ella con su brazo asía fuertemente al caballero que en lugar de lanza portaba un caneco oculto en una de esas bolsas de papel de estraza como las que en público utilizan los vagabundos anglosajones para evitar que les multen por incitación al consumo alcohólico. Ella se ceñía cada vez con mayor fuerza como para que no se le escapara. En ese punto Horacio se despertó, allí Clara como en otras épocas le abrazaba con inusitada insistencia. Un producto de antiguos recuerdos porque hacía demasiados meses que con tanta ginebra y tantas gaitas ya no lo hacían. Miró el despertador digital que indicaba que aún sería preciso aguardar cuando menos doce horas para el encuentro, y tras zafarse con brusquedad del inesperado abrazo de su mujer y comprobar que seguía profundamente dormida, se dirigió al cuarto de baño y alzó la tapa del depósito del inodoro. Tenía una sed horrible.

Esa sensación le acució durante todo el día como en tantas ocasiones, pero a ella debía agregarse la impaciencia por llegar cuanto antes al Camelot, por ver si concluía el avance iniciado la tarde anterior sobre el magnífico muslo de Jennifer, porque a pesar de los

gintónics, la cabra siempre tira al monte, Horacio no podía resistir la profunda atracción que había despertado en él aquella singular bebedora, tras largos meses de sequía sexual a la que Clara le había condenado.

Procedió como acostumbrada a atar a Dyc en la barra y luego al segundo lo-de-siempre como por sortilegio apareció Jennifer que al entender de Horacio cada día lucía una falda aún más corta. Será para dar facilidades, se dijo. Jennifer avanzó hacia él, escaló con dificultad su asiento, pues por vez primera sus tacones de aguja se engancharon en los travesaños del taburete, pero con regio aplomo procedió como si tal cosa a mostrar su bragas y para alcanzar el estado de Horacio, en esta ocasión pidió su gintónic doble de ginebra levemente aromatizado con la dichosa tónica y comenzó o, según se mire, prosiguió su narración.

Al parecer sus desventuras habían dado comienzo cuando la arpía de su cuñada, en mala hora, tuvo la idea de apoderarse del trono —¿qué trono? pensó Horacio— de su esposo, porque el tema de los cuernos que lucía sobre su egregia corona —¿qué corona ni que niño muerto? se dijo Horacio—, poco importaban en una corte —¿qué coño de corte? Horacio ya se había liado— donde el adulterio era el pan nuestro de cada día. Resultaba, además que la insidiosa Morgana, que por cierto estaba de muy buen ver, acabó liando a un mago amigo y protector de su esposo. Aquí Horacio, al oír lo de mago, para poder seguir tragando, solicitó dos nuevos gintónics y se sorprendió al oír a Jennifer decir: para mí otros dos, pero habida cuenta de que su mano había logrado avanzar prometedoramente sobre el terso muslo de su interlocutora hacia más umbrías regiones, dejó que Jennifer continuase con su, ahora lo que consideraba abiertamente, rollo. Y Jennifer entregada a sus constantes libaciones prosiguió, si dar importancia al sobo que Horacio le propinaba para establecer con la enumeración de su ilustre linaje que la entroncaba con una serie de míticos personajes de aquel tiempo feliz cuando los romanos estaban en Britania y, hasta aquí podíamos llegar, Horacio cambió de tercio para preguntarle en qué hotel se hospedaba con evidentes intenciones, y ella, evasiva, que en uno cercano pero que no recordaba el nombre. Después, envalentonado, que qué negocios la habían traído a España, para enterarse de que Jennifer andaba en busca una especie de vaso o cáliz mágico que devolvería la bonanza a un reino ahora yermo por culpa de su pecado, y que según sus pesquisas se hallaba en la ciudad de Valencia, lugar al que tenía intención de dirigirse en cuanto hubiese visitado el Parque Güell y la Sagrada Familia, lugares saturados de ciertas fuerzas telúricas que le brindarían coraje en su misión, cuestión que iba postergando porque dichos lugares siempre

andaban hasta los topes de visitantes y, además, ella era incapaz de levantarse temprano debido a las apoteósicas resacas que la mantenían mineralizada en cama hasta bien entrada la tarde, pero que estaría encantada de yacer, dijo *yacer*, con él en cuanto dejase de amasarle los muslos porque, aunque no habían demasiados parroquianos, se temía que estaban dando un espectáculo, a lo que Dyc asintió con un gruñido de aprobación pues la pulposa actitud de su amo, incapaz de ponerle una mano encima a su querida amita, le incomodaba.

Quedaron pues para la tarde siguiente en cuanto Horacio se enteró de que en el hotel de Jennifer admitían animales pues no era cuestión de dejar a Dyc atado a una farola en plena calle. Sin embargo, y dado que ella no recordaba el nombre del hotel, lo mejor sería verse un poco antes en el Camelot.

Acompañado, como de costumbre por un Dyc ejemplo de resignación perruna —¡coño!, otra vez a la barra—, Horacio llegó al Camelot recién duchado, perfumado como una prostituta de lujo, y convenientemente mudado de ropa interior. Tomó asiento en el taburete de costumbre, ató a Dyc, y ante el estupor del de la barra rechazó un lo-de-siempre y pidió un café doble consciente de que debía estar en plena forma para honrar la velada invitación que Jennifer le había formulado, sin embargo, tras la espera de rigor la joven no aparecía y los minutos se convirtieron en horas sin que ella hiciera acto de presencia. Consternado y harto de café, que le produjo una tremenda taquicardia, sin saber qué hacer se atrevió a consultar al de la barra.

—¿Por casualidad no ha visto a la señorita Jennifer?

—¿?

—Sí, esa pelirroja estupenda de la minifalda que viene todas las tardes y se sienta a mi lado.

—Don Horacio —repuso el camarero— no sé de qué pelirroja me habla usted. Aquí la verdad no vienen demasiadas chicas y menos estupendas pelirrojas en minifalda —añadió.

Entonces Horacio pareció derrumbarse. ¿Con quién, pues, había pasado esas tres últimas tardes? ¿Dónde estaba aquella belleza que con su promesa había sido capaz de despertar en él un sentimiento de una voracidad adormecida? Así, con el ánimo por los suelos notó cómo su sed atávica le subía al paladar y encargó al de la barra el

primer gintónic de la tarde ya declinante. Luego otro y después un tercero momento en el que Dyc, siempre atento a los caprichos de su amo, emitió un alegre ladrido de alerta. Era Jennifer que hacía su aparición en el umbral de la puerta para dirigirse con el paso firme que le permitían sus tacones de aguja a su lugar junto a Horacio quien sabe si para siempre.

Solange, un equívoco

Para Juana Fernández y David Suñer, cinéfilos

Todo había comenzado mal. Para empezar, de subida, a la altura de Cinc Claus, un camión que circulaba en dirección opuesta pellizcó una piedra que acabó por estrellarse contra el parabrisas de su coche haciéndolo añicos que, por fortuna, se mantuvieron unidos gracias al temple del vidrio para formar una tupida telaraña que, sin embargo, impenetrable le privaba de la visibilidad necesaria para proseguir su camino sin riesgos y, al detenerse para quitar los afilados fragmentos, Elías acabó con un aparatoso corte en la mano derecha —mucha sangre y pocas nueces—, y ponerse perdidos camisa y pantalón. Ello debería haberle disuadido de proseguir el viaje, pero dado que resultaba a todas luces improbable que fuera a encontrar algún concesionario Citroën abierto, como no fuera en Figueres, demasiado lejos, decidió continuar hacia La Escala que, total, estaba a un tiro de piedra.

Aunque no las tenía todas consigo, era de esperar que, pese a su incomprensible actitud de la semana pasada, Solange estuviera aguardándole. El domingo anterior por la tarde, antes de regresar a Barcelona, en aquel seco beso de despedida cargado de negros presagios, advirtió un exasperante desapego quizás, pensó, la distancia que les mantenía separados había hecho mella en las ya de por sí escasas convicciones sobre un futuro en común que Solange últimamente no trataba de disimular.

Desde luego, dejarla sola allí en el Hostal Xaloc dónde la habían contratado por sus idomas —inglés, francés, castellano—, imprescindibles con tantos visitantes como acudían a la población en vacaciones, era una temeridad, pero no cabía otra, sino Solange no hubiera tenido otro remedio que regresar a Clermont-Ferrand, de donde era oriunda, para pasar el verano junto a sus padres antes de reintegrase a sus estudios cuando llegase el otoño. Así, a regañadientes, Elías se dejó convencer con tal de saberla a tres horas de la ciudad en lugar de en el difícilmente accesible centro de Francia, a Dios sabe cuántas horas de coche desde Barcelona. En La Escala corría el riesgo de perderla con tantas ocasiones de hacer amigos, y amigas, pero en especial amigos al acecho de la oportunidad que suponía aquella chica atractiva como pocas, pues él sólo podía permitirse ir a verla los sábados cuando a mediodía cerraba el estudio donde Elías ganaba cuatro cuartos ejerciendo como delineante. Sin embargo, pese a hallarse en pleno verano con ese calor que hace

hervir la sangre y derrite los buenos propósitos, por el momento, nada le indicaba que Solange no hubiese sido capaz de guardarle ausencias. Aunque no era menos cierto que la semana pasada Solange no hubiera dado la desagradable impresión de estar ausente por completo, ensimismada incluso a la hora del almuerzo —único rato en que ella estaba más o menos desocupada— momento en el que por lo habitual solía mostrarse muy locuaz al darle pormenores de lo acaecido durante esos cinco días mal contados en que habían estado separados en los cuales había imperado la rutina —decía ella— atareada con los huéspedes que iniciaban, o concluían, sus vacaciones a los que había que atender con diligencia, lo que no le impedía disfrutar a ratos de la playa a la que acudía más para tomar baños de sol —a pesar de la que estaba cayendo— que de mar, gracias a los cuales su piel había adquirido un apetitoso tono broncíneo que no hacía sino resaltar su natural magnetismo.

Luego, por la noche, al retirarse a dormir, Solange, como excusa, esgrimió una mortal fatiga y no consintió en que él se acostara con ella como de costumbre, lo cual resultaba un irritante suplicio con ella apenas cubierta por una tenue sábana bajo la que se perfilaba su magnífico cuerpo desnudo añorado tras todas esas noches de obligada abstinencia en las que Elías, antes de acostarse, deambulaba por las terrazas de las heladerías de Rambla de Cataluña como un fantasma por ver si pescaba algo con que paliar la ausencia física de Solange mientras se envolvía en la agradable brisa de aquella ciudad sitiada por el calor hasta que, con las manos vacías, cuando creía que iba a poder conciliar el sueño, regresaba casa para tumbarse desnudo sobre la cama con la ventana abierta esperando sumirse en el mundo de sus rijosas ensoñaciones.

«Amores de lejos, amores pendejos», recordó Elías el dicho que ahora se cernía sobre él como un denso nubarrón. ¿Y si acaso hubiera conocido a alguien?, ese alguien sin rostro pero más accesible, alguien que la hubiese hecho recapacitar sobre el objeto de unas relaciones iniciadas hacía escaso medio año que Solange no sabía con certeza adónde iban a conducirla, pues Elías aún andaba en cuarto de Arquitectura y ella había venido a España bajo el influjo de Lorca, poeta por el que sentía esa rotunda admiración que en Francia le profesaban, so pretexto de perfeccionar el idioma y con la idea de sacarse posteriormente un doctorado en la Normal de París, sin atinar que Barcelona distaba lo suyo de Granada. Mientras tanto a su vez —sus padres no podían sufragar su estancia— ganaba su pan con las clases de francés que daba en la Berlitz de Vía Augusta o, como ahora, con la escuela cerrada, al aceptar un trabajo de recepcionista en aquel pequeño hostal donde la trataban, decía, como una de la familia, lo

que no impedía que la tuvieran al borde de la explotación. Todo estaba en el aire pensaba Solange cuyas intenciones, a diferencia de las de Elías, distaban mucho de pretender convertirse en algo definitivo y, al respecto, solían discutir acaloradamente poco antes de que la costumbre o la lujuria los arrastrara al lecho para revolcarse como una pareja de tigres.

Se habían conocido un sábado por la noche en Bikini, discoteca frecuentada asiduamente por las estudiantes de los cursos de español para extranjeros de la Central, deseosas de relacionarse con rapidez, sin demasiados compromisos, con la exótica fauna masculina autóctona, un lugar al cual, a su vez, acudían a la llamada de la selva todos los coleccionistas de trofeos, Elías entre ellos, al quite de cualquier expectativa que propiciara un fructífero acercamiento de civilizaciones que, tras pasar por el trámite de esos bailes en las que todos bailaban con todas, y viceversa, brindaban los lentos para despejar las dudas. Y Elías no desaprovechó la oportunidad para comprobar que el objetivo Solange —alrededor de la cual había estado dando brincos para iniciar el sitio— no era exclusivamente el baile, pues ella colaboraba sin presentar demasiada resistencia, a ese acercamiento cultural por lo que Elías la mantuvo aferrada contra sí durante los lentos hasta que el cambio de música les obligó a despegarse. Luego, sin soltarla de la mano, la llevó hasta un rincón de la barra y tras brindar por el afortunado encuentro comenzaron apresurados el consabido flirteo.

Al poco se veían casi a diario. Los días de clase él acudía a buscarla a la salida de Berlitz en su Dyane o, a la recíproca, Solange, cuando no tenía clase, le esperaba en un barucho cercano al estudio. Todo ello contribuyó a estrechar notablemente sus relaciones hasta que una tarde de domingo en que sus compañeras de piso no estaban, Solange le invitó a subir para consolidar las mismas sobre el sofá del saloncito en primera y apresurada ronda y luego, como mandan los cánones, sobre la cama en la segunda, satisfecha a pesar de que, aunque Elías no fuera el gitano de verde luna soñado, se entregase con sobrada pasión torera a las industrias propias de su sexo.

Elías no cabía en sí de gozo. Tras un decepcionante noviazgo con Mari Paz una pánfila de la facultad que, al uso, ejercía de virgen constante y le obligaba a desahogarse por los métodos habituales de la época —masturbación y putiferio—, había logrado su objetivo: hacerse nada menos que con una francesa auténtica en una época en que, gracias al perenne mito de la liberalidad republicana y a lo que llegaba en cuentagotas de la nouvelle vague, era un considerable trofeo que no cabía dejar escapar en unos pagos en donde la mayoría

de las chicas de su edad, al copo del matrimonio, actuaban de idéntica manera que su antigua novia, tejiendo pacientes el mustio sudario de su virginidad que propiciaría la resurrección de la carne y la dicha perdurable, amén, de una unión indisoluble, qué otra opción, en un país sin divorcios. Y en eso estribaba la cuestión, porque qué cabía esperar de Solange, una chica tan permisiva, harto liberada, que le había concedido sus favores a la primera de cambio —era un decir— para poner en evidencia que él no había sido el primero —algo a lo que Elías otorgaba una atávica importancia pues, como la mayoría de toreadores lorquianos, no toleraba la idea de algo que consideraba como cuernos retroactivos—, que si habían existido, pongamos por caso, ciertos Henri, Antoine, Didier o quién sabía cuántos otros orondos *copains*, del *lycée* o de la *fac,* no tendría nada de extraño que, tras su escala barcelonesa, la lista pudiera aumentar a sus espaldas, durante aquel inoportuno verano llegado para abrir un paréntesis en sus continuos revolcones que Solange, como había tenido la oportunidad de comprobar, era por así decirlo asaz temperamental.

Sin embargo, hasta el momento —cuestión que Elías ignoraba—, Solange le había sido fiel quizás porque, a pesar de la ingente multitud de pegajosos moscones que pululaban por La Escala, no había encontrado, ni buscado aún, ningún suplente ya que, en su fuero interno, se sentía plácidamente halagada por la dedicación y los bríos de *mon p'tit brave espagnol,* como solía decir en tono de admirativa guasa, cuando un infatigable Elías insistía en repetir la proeza que, por descontado, repetía gustosamente, para a su vez resarcirse de las penurias pasadas a las que la hierática Mari Paz le había sometido.

Con la pérdida de tiempo que supuso poner el coche en condiciones para llegar a La Escala —ayudado con un periódico a modo de escoba, barrió las filosas astillas del vidrio diseminadas por el interior del vehículo—, Elías llegó a la caída la tarde para comprobar que Solange no estaba tal como esperaba encontrarla en la recepción del hostal.

—Habrá ido a dar una vuelta hasta la cena —informó un camarero alarmado por desastroso aspecto que ofrecía gracias a las manchas de sangre que Elías no había podido eliminar adecuadamente.

Tras adecentarse un poco y cambiarse de ropa, Elías consideró si valía la pena quedarse a esperarla o salir y acercarse hasta la playa de Sant Martí, cerca del espigón, donde ella acostumbraba a instalarse pero advirtió que, con el sol declinando sobre el horizonte, lo más oportuno sería bajar al puerto a ver si daba con ella en alguno de los

bares donde Solange, casi siempre escudada tras un grueso libro, solía tomarse un kir mientras abstraída escuchaba las sardanas que, sábado tras sábado, más por complacer a los curiosos turistas ávidos de color local que por mantener la tradición, se bailaban delante de La Caravel·la.

Elías no tardó mucho en dar con ella.

Como un faro su cabellera, rubia entre las rubias, dorada como una pieza de a ocho, le condujo hasta la mesa donde ensimismada sorbía su bebida.

Otro beso rígido a modo de escueta salutación previno a Elías de que el humor de Solange en nada debía haber cambiado desde la pasada semana. Atropelladamente, como para ahuyentar cualquier alusión al último día, ella le informó que se hallaba un tanto fatigada, el trabajo en el hostal era extenuante. La semana hubiera transcurrido dentro de la más completa rutina de no ser porque cierta noche una inglesa alta y escuálida como Musidora, en la confusión dentro de la aparatosa borrachera que llevaba, había irrumpido intempestivamente en su habitación, en busca de su pareja a quien supuestamente decía haber visto tontear con Solange en el comedor, y organizó una monumental zapatiesta a la que acudieron algunos clientes más por curiosidad que por poner remedio al altercado. No era cierto, de haber pretendido coquetear con alguien no hubiera elegido un huésped del Xaloc, se defendía una Solange trilingüe mientras la inglesa clamaba venganza. El incidente no había trascendido, sin embargo, al día siguiente la pareja de la inglesa liquidó la cuenta dejándola sola.

A su vez en el intercambio de novedades Elías la puso al corriente de la rotura del parabrisas, un coñazo, pues tendría que dejar el coche abierto con los riesgos nocturnos que ello implicaba consolándose por haber instalado un radiocasete extraíble.

—¿Te has hecho mucho daño?

—Por suerte no.

De los pequeños cortes que le mostró para moverla a piedad a ver si ablandaba su corazón, tan sólo quedaba uno leve pues ya habían iniciado una tímida cicatrización. Tras examinarlos sin demasiado interés, Solange se incorporó de su asiento y tras anunciar que su copa ya estaba pagada le dijo que debía regresar al hostal para hacerse cargo de las comandas de la cena, una misión que si bien no era de su exclusiva incumbencia le habían endilgado sin más so pretexto que

andaban muy escasos de personal.

—Pero tú quédate si quieres. Ya nos veremos más tarde —añadió.

Y mientras Elías la veía desaparecer rumbo al hostal se puso a cavilar sobre esa ambigua situación que parecía haber nacido por la falta del roce cotidiano al que estaba acostumbrado. «Amores de lejos, amores pendejos» volvió a repetirse. Entonces cayó en que aquello de verse más tarde sin precisar ni dónde ni cuándo era una inconsciente alevosía. No sabía a qué carta quedarse. No se sentía plenamente feliz con Solange porque intuía que terminaría con ella cuando regresara a Francia y aquella seguridad de no poder hacerse ilusiones, el no poder fantasear con un común futuro le exasperaba. Tenía la sensación de hacer el papel de ratón en el tan conocido juego; pero había algo que le atraería poderosamente hacia ella. Decididamente Solange es muy mujer, tal vez demasiado mujer para mí, se dijo. ¿Debía pasar a recogerla por el Xaloc o pretendía que la aguardara merodeando por el puerto?

Dado que no podía contar con Solange para la cena, Elías se adentró en el núcleo de la población en busca de un restaurante al alcance de sus escasos haberes. En una calleja de las que ascendían hacia la de iglesia de Sant Pere por fin dio con la terraza de una agradable tabernita cuyo menú le pareció adecuado teniendo en cuenta que estaban en temporada alta —tres primeros, tres segundos, postre, pan y bebida doscientas veinticinco pesetas—. Tomó asiento en una mesita junto a la puerta que daba al interior del establecimiento y se dispuso a degustar una ensalada con anchoas —¡cómo no!— y un pescado del día al horno que creyó identificar como corvina —al final cayó en que no se lo había preguntado al camarero— y al disponerse a atacar la consabida crema catalana quemada que había pedido como postre, advirtió frente a sí la presencia de una mujer que hacía nada por disimular que le observaba con insistencia, algo hasta cierto punto lógico pues ella, como él, se hallaba sola, sentada muy erguida —¿o era muy alta?— de modo que su cuerpo sobresalía de la mesa considerablemente, mientras sus ojos sostenían, entre incitadora y desafiante, la mirada de Elías hasta el punto que cuando él se percató, un tanto cohibido, apartó la vista para concentrarse en su crema y en sus resquemores hacia Solange de la que no presentía nada bueno. Pagó la cuenta y se dispuso a pasar por el hostal y al levantarse observó de reojo que la extraña comensal de enfrente hacía lo propio.

En efecto era muy alta y sus largos cabellos azabache le caían sueltos por su espalda hasta la cintura. Llevaba un traje corto camisero de Madrás que apenas ocultaba sus atezadas piernas trenzadas por las

tiras de cuero de unas sandalias romanas, pero no distinguía sus facciones semiocultas por la escasa iluminación de la terraza. Entonces, al echar a andar cuesta abajo se volvió un instante y observó que ella había tomado el mismo camino. ¿Le seguía? Elías aminoró el paso para permitir que ella le diera alcance hasta que sintió la ligera presión de una mano posada sobre su hombro y al volverse, bajo la luz de una farola de neón, comprobó que su rostro irradiaba una desusada belleza antigua y subyugante como la de aquellas actrices de la época muda. Mientras le pedía lumbre para encender un cigarrillo que sostenía entre unos labios finos, perfilados y sanguíneos a lo Lillian Gish, Elías no pudo sino sorprenderse de la inconsistencia de la excusa a la que siguieron otras tantas hasta que, entablada una intrascendente conversación, entraron en un barcito adecuadamente oscuro en cuya barra iniciaron una escaramuza de toqueteos en apariencia involuntarios que el vino tornó en evidentes hasta el punto que sólo podían concluir entre las sábanas del lugar donde ella se hospedaba. Todo muy sugestivo, sí, ¿pero qué hacer, qué hacer con Solange?

De repente Solange, su amada Solange, su distante Solange, se había convertido en un serio obstáculo si pretendía culminar aquella prometedora aventura, pues en algún momento debería acercarse al hostal, o bajar al puerto en su busca donde se sobrentendía que había quedado. Sin embargo, excitado por la situación, Elías se dijo que sería una estupidez dejar pasar la oportunidad que esa desconocida —bueno ahora no tanto: había dicho llamarse Jane— le brindaba cada vez de forma más evidente. Decidió que bien podría atender a Jane —¿acaso no era un *p'tit brave espagnol?*— y luego, pretextando que no había quedado demasiado claro dónde debían encontrarse, acudir junto a Solange, estuviera donde estuviese para esclarecer su extraño comportamiento. Y así se dejó empujar por Jane hasta el lugar donde ella se hospedaba sin poder reprimir cierta desazón al cruzar el umbral del Hostal Xaloc.

Ahora, aún a riesgo de toparse con Solange, no podía volverse atrás. En cada esquina mal iluminada en su camino hacia el hotel, Jane le había acometido con entusiasmo dejándose manosear por la entreabierta pechera de su vestido y ludirse contra él como una gata en enero. De modo que no se arredró cuando Jane, tras coger apresuradamente la llave en conserjería, tomándole de la mano inició su ascensión por la escalera rumbo a su habitación, deteniéndose en cada descansillo para corroborar sus intenciones, ¿qué otras? —pensó Elías.

La pieza de reducidas dimensiones era modesta, como

correspondía a la mediocre categoría del hostal. Una cama, una mesita de noche y un armario de baratillo, pero cuando menos disponía de un cuartito de baño con lavabo y polibán, se suponían elementos suficientes para la higiene de turistas que, como Jane, habían venido al reclamo del sol y playa donde pasar mañana y tarde, y alguna que otra cosa si se terciaba.

Sin preámbulo alguno Jane se despojó de su camisero en un santiamén mostrando los encantos que Elías había podido palpar en sus prospecciones horizontales. Pechos firmes que saltaron del sostén que los contenía. Luego con cierta parsimonia se quitó las bragas y se echó en la cama junto a un Elías desbordado que la acometió con la voracidad del náufrago recién rescatado a quien el ayuno nubla los sentidos, adentrándose en el mar de peculiares fantasías consideradas como identitarias entre los paisanos de su espectacular pareja y permitió que Jane le atase a los barrotes de la cabecera de la cama con las tiras de cuero de sus sandalias y de esa guisa permaneció expectante aguardando que ella —momentáneamente desaparecida tras la puerta del baño—, acudiera de nuevo a culminar lo iniciado con algún que otro número fin de fiesta hasta que la puerta, no la del lavabo sino la de la habitación, se abrió de nuevo para dar paso a Solange por una Jane que propinándole empellones venía a desquitarse por la pretendida pérdida de su pareja.

El canto del taxidermista

Para María Luisa, esforzada editora

Si descontamos a los escritores de domingo, cuyos nombres como mucho logran aparecer ocasionalmente en revistillas de asociaciones vecinales, boletines corporativos o publicaciones similares de escasísima difusión, entre los que ya han conseguido dar el salto que supone publicar de verdad, o sea en revistas literarias, antologías, o incluso en solitario, se mire por donde se mire, a su vez sólo existen dos amplias categorías de autores: los que al público le suenan porque pertenecen a la pléyade de los ilustres consagrados (o porque existe alguien que hace por darlos a conocer vía premios u otras artimañas de mercadotecnia y que gracias a los media afines a los grupos editoriales, sean del tamaño que sean, llegan al lector sin mayores dificultades), y los desconocidos, que pese a intentarlo —existen múltiples caminos pero al parecer les están vedados— pasan desapercibidos y no alcanzan la dorada meta soñada: un número de ejemplares vendidos suficiente como para ganarse la consideración de los editores cuyo objetivo —son sólo negocios al fin— por lo general difiere notoriamente de las pretensiones estéticas de los susodichos y por ello es difícil que le publiquen dos veces en la misma casa.

Por mucho que lo nieguen, sin embargo, a unos y a otros les pierde la vanidad: ese ver su nombre en letras de molde, que dicen, y que creen ha de ganarles un lugar en el corredor de la fama, para hallarse en la posteridad ocupando una hornacina en el panteón de la historia de la Literatura que, a buenas horas mangas verdes, de qué coño va a servirles cuando hayan muerto —los de domingo, escribirían «la cruel parca veleidosa haya segado el hilo de sus existencias»— porque la verdad, aunque el hombre transite por la vida con la vista puesta siempre en el futuro, eso de la posteridad no es una ganga, que el muerto al hoyo y el vivo, el vivo a lo suyo: es decir, las más de la veces la televisión que, aunque perjudique la vista, al darlo todo masticado, y prácticamente digerido, resulta mentalmente menos fatigosa que la lectura, pues frente a ella no cabe estrujarse el magín, ardua tarea en un mundo apresurado donde la cantidad de información pesa más que la calidad de la misma y así, por doquier —hay que llenar eternas horas de programación— surgen opiniones gratuitas cuyo fundamento carece de una base sólida, o base a secas, que ya sería mucho.

A Lafcadio Compostizo Carrasquilla, un horrísono nombre para un literato cuyos apellidos, fruto de un desafortunado capricho del

azar que en mala hora reunió a sus progenitores, desde el inflexible punto de vista comercial no le acompañaban, tras obtener el segundo accésit en un ignoto concurso literario por su *El agrimensor en otoño,* una novela corta de ambiente rural cuajada de aperos de labranza, arreos, hoces, guadañas y bieldos, gañanes, mozas y desusados casticismos que logró publicar en una no menos ignota editorial de provincias patrocinadora de un certamen de ínfulas literarias, y una colección de relatos, *Siempre septentrión*, cajón de sastre donde fueron a parar sus elucubraciones en diversos aspectos, que colocó a un editor poco escrupuloso al esgrimir como tarjeta de visita su primera novela, pertenecía a esa segunda categoría, sin embargo, optimista al fin, creía que su singladura había tomado rumbo hacia buen puerto, opinión que, a la vista de resultados de ventas, Garriga, su pertinaz editor, no acababa de compartir.

—Si se llamara usted simplemente Martínez o López, la cosa tal vez tendría arreglo —le responde Garriga con aire de fastidio—. Pero, claro, y no se ofenda, esos apellidos que parecen sacados de un tebeo, del *Pulgarcito*, o el *DDT*, son capaces de echar para atrás al lector más curtido y al crítico con mayores tragaderas, ambos por separado o juntos a la vez.

Y a pesar de que desde su infancia, cuajada de los más chuscos motes, siempre ha estado acomplejado por su nombre, Lafcadio insiste:

—Pero, ¿no me dirá usted que *Siempre septentrión* no se ha vendido aceptablemente?

Y Garriga, que maldice para sus adentros el fatal momento en que, aconsejado por el becario lector con una flamante licenciatura de Hispánicas en el bolsillo —por fortuna puesto ya de patitas en la calle —, tuvo la osadía de recomendarle la obra de marras, le desengaña:

—No sé qué es lo que usted considera *aceptablemente*— responde Garriga y acto seguido llama por el interfono a la señorita Pilarín de administración para que le traiga el listado de ventas, implacable barómetro de la atmósfera literaria siempre amenazada por la borrasca, vinculada estrechamente a los resultados mercantiles de la empresa que, al margen de toda consideración artística, es lo que cuenta, en definitiva.

Entre tanto, mientras aguardan los resultados, especie de sentencia de muerte que ha acabado con tantas carreras en ciernes, Lafcadio recuerda a Garriga las magníficas críticas de las que ha sido

objeto *Siempre septentrión* que ha logrado tres elogiosas reseñas en el *Eco de Baracaldo*, el suplemento literario de *El Heraldo de Mieres* y *La Voz de Astorga* aunque en honor a la verdad, reconoce, ésta no debería tenerse en cuenta pues su primo Julio trabaja para el rotativo maragato. Pese a ello, como puede comprobarse en estadillo que la pizpireta Pilarín acaba de depositar sobre la mesa, las ventas finales no auguran nada bueno porque en él aparecen 983 ejemplares en poder de la distribuidora que sumados a otros tantos que, amortajados en esos ataúdes de madera de pino, vulgo palets, en ese roñoso almacén de la editorial atiborrado de devoluciones hasta el techo, aguardan su turno para ser convertidos en pulpa de papel y montase en la noria que los transformará de nuevo en libros y así sucesivamente, hechas las correspondientes cuentas arrojan una hipotética venta de 206 ejemplares.

—Algo más bien escaso —sentencia un Garriga benevolente.

De modo que, por el momento, ni pensar en que Lafcadio protagonice esa nueva aventura que en forma de original de 483 folios a doble espacio acaba de poner con cierta timidez sobre la atiborrada mesa de Garriga, porque antes de leerlo —ni soñar en dárselo a Lucianita la nueva becaria que también alardea de la correspondiente licenciatura en Hispánicas obtenida sin embargo en la Universidad Nacional de La Plata, algo que suscita sus recelos—, hechas las cuentas, aquel original supondría un volumen de unos doce pliegos de treinta y dos páginas o veinticuatro de dieciséis en 15x24, habitual formato de *Narrativa de hoy y de siempre,* colección emblemática de la casa en la que Lafcadio había pretendido colocar su nuevo manuscrito, representan un coste inasumible en estos malditos tiempos en que las novedades de los poderosos de siempre desplazan con brío fuera de las mesas de novedades de las librerías a cuantos osan disputar aunque sean las migajas del pastel editorial, ese que una vez cortado y repartido, al tratar de recomponerlo nos daría como resultado otro pastel el doble de grande, gráfico ejemplo con el que los economistas ilustran lo que ha dado en llamarse inflación, fenómeno que se observa en todos los sectores del constreñido mercado general y del que por consiguiente el libro tampoco se escapa.

Pero Lafcadio no está dispuesto a esperar porque suspira por alcanzar, si no dinero —su sueldo como funcionario del catastro del que vive con su familia sin mayores estrecheces, le es transferido puntualmente cada final de mes— cuando menos, la gloria, el público reconocimiento como tantos otros figurones —se dice— que escalan los puestos de los superventas con menores méritos, siempre literarios se supone, que él. Pero, claro, Lafcadio también ha de reconocer que

ni es la princesa del pueblo de turno, cuyas triviales memorias carecen del mínimo interés siempre literario, ni ese simpático omnipresente contertulio televisivo que vive de los lugares comunes que divulga a través de ese endiablado ventanuco catódico por donde, sazonado con un inmisericorde aluvión de publicidad, se cuela tanta bazofia en casa del sufrido espectador y que luego, incomprensiblemente, arrasa en las librerías. Lafcadio, se dice, es un verdadero escritor al que no le importa alimentarse de pan con lágrimas —es un hablar— siempre que pueda dar rienda suelta a sus ideas, a sus errores. Cosa bien distinta sería alimentar a su familia, pero el arte está por encima de esas nimiedades.

—¿Y si cambiase de nombre?

La propuesta coge por sorpresa a Garriga que aún se halla enfrascado en el cálculo mental del coste de *El canto del disector*, título provisional con el que Lafcadio ha bautizado su nueva obra —según él, muy en la línea del laureado Gustavo Matamala a quien admira a la par que envidia sin reservas—, dramatización de la vida de Gedeón Rocamadur, un modesto taxidermista de provincias que sueña con encargos de mayor enjundia: elefantes, tigres, leones, osos, pero que se ve obligado miserablemente a satisfacer la demanda de los cazadores de su comarca que sólo le traen roñosos ejemplares menores: liebres, ardillas, tejones, ginetas, garduñas, comadrejas, y otras alimañas, hasta que un buen día un misterioso parroquiano acude a su gabinete con la embajada de disecar a un pariente fallecido en extrañas circunstancias, momento en el que el protagonista se ve acuciado por una crisis de conciencia de espeluznantes consecuencias pues, tentado por un desafío más que empresa, Gedeón acepta, sin embargo, el siniestro encargo tal que Mozart, como reza esa espuria leyenda, aceptara el encargo del *Réquiem* que le hiciera un agorero personaje supuesto mensajero de su muerte.

—¿Un seudónimo? —tercia Garriga—. Pues no es mala idea.

Y envalentonado al calibrar el hambre de gloria de Lafcadio, el astuto Garriga enseña sus cartas:

—Lo malo es que no están los tiempos para aventuras. Un libro de las características del suyo requiere una considerable inversión lo que comporta un riesgo tremendo que el editor, es decir nosotros, y que dadas las circunstancias, no podemos asumir sin ayuda. Hoy en día es preciso que un autor de sus pretensiones, o sea usted, se implique en la aventura de una manera más tangible. Lo que me lleva a preguntarle si ha considerado alguna vez la posibilidad de compartir

el riesgo editorial. Sin ambages, en una palabra, si pudiésemos contar con su contribución pecuniaria no tendríamos ningún reparo en embarcarnos en la empresa, ya que si usted cree en su obra ¿porque usted cree en su obra, verdad?, ¿supongo que no le importará correr con nosotros el coste de la edición?

Atónito en su sillón, Lafcadio duda de haber escuchado correctamente.

—Otros muchos lo hicieron —prosigue impertérrito Garriga— y otros muchos lo hacen. Piense que hoy en día con eso de la autoedición no pocos autores costean sus libros sin avergonzarse de ello. Nosotros, yo —corrige— le ofrezco la posibilidad de publicar al amparo de un sello editorial de reconocido prestigio como el nuestro. Sólo hay que echar un vistazo a la lista de nuestros autores, algunos de ellos superventas como usted bien sabe.

Sí, los superventas de los que alardea Garriga —supone Lafcadio —, deben ser ese bosque de libros de autoayuda, cocina o manualidades entre los que, cual sabrosos níscalos, se esconden los títulos de la colección *Narrativa de hoy y de siempre*, con los que el editor pretende prestigiar su amplio catálogo general, en el que conviven *Jaque a la ruleta y al blackjack* del Profesor Farancio —uno de los seudónimos que utiliza el a su vez autor de *La ludopatía, cómo combatirla*— con clásicos de la talla de *Las tribulaciones del joven Werther* y otros títulos análogos que ni devengan derechos de autor, ni cuya traducción hay que sufragar si se recurre a esas viejas ediciones publicadas hace años —*Austral* es una mina—, a los que se agregan alevosamente —no es cuestión de que se les vea el plumero— algunos autores recién llegados por si sonase la flauta.

Pero a tenor de lo expuesto, como se desprende de los resultados de *Siempre septentrión*, la flauta Lafcadio no ha sonado, pues para que suene se impone un gran despliegue entre los medios informativos lo que supone unos gastos que, de entrada, Garriga no está dispuesto a asumir. Sin embargo, la que sí ha sonado es otra flauta: la del encantador de serpientes del hábil editor que ha subyugado a Lafcadio, niño de Hamelin, quien en su empeño por darse a conocer comienza a hacer cuentas por ver si con la paga doble de Navidad —caso de que no se la congele la codiciosa administración autonómica empeñada en perpetuarse caiga quien caiga a excepción de los miembros del partido reinante—, alcanzaría para participar en la edición de su *El canto del disector*, obra en la que confluyen todas las virtudes habidas y por haber para que incluso, posteriormente, dada la atmósfera ominosa en la que transcurre el relato, bien pudiera llevarse

a la pantalla de la mano de uno de esos especialistas del moderno cine de terror que pululan por el país, cuyos sustanciosos resultados en taquilla los han consagrado como dignos epígonos de la inolvidable a la vez que modélica Hammer.

—En fin, señor Compostizo, usted tiene la palabra —la voz de Garriga le devuelve a la realidad.

Y seducido por el mefistofélico editor, Lafcadio muerde el anzuelo con una candidez más propia de Margarita que de Fausto.

—Bueno, ¿y en caso de aceptar su propuesta, de cuánto estaríamos hablando?

Ahora Garriga que, además de flautista, es un consumado pescador, felicitándose por su captura le dará sedal y, aflojando y recogiendo, llevará a Lafcadio a esas aguas calmas donde le aguarda el cada día mayor salabre de los autores contribuyentes que él amablemente denomina asociados. Después, sólo hará falta desescamarlo, echarlo a la sartén y buen provecho: el que va a sacar de esta componenda.

—No se preocupe por la cuestión crematística, seguro que nos pondremos de acuerdo —el rostro súbitamente alelado de Lafcadio así lo confirma—, pero, para saber del mal que hemos de morir, en un par de días le podré dar cuatro números.

Lafcadio ha pasado cuarenta y ocho horas en ascuas a la espera de la llamada de Garriga entreteniéndose en repasar la amplia lista de aquellos de sus predecesores que, antes de hacerse un nombre, se vieron obligados a sufragar alguna de sus propias obras entre ellos, a bote pronto, le vienen a la memoria plumas de la talla de Poe, Alejandro Dumas, Mark Twain, Hemingway, Arcadio Ginastera, Dostoievski, Proust que, tal como apuntó Garriga, apostaron pecuniariamente por sus obras, y con Garriga coincide en que quién si no él es el más indicado para creer en el éxito de *El canto del disector* cuyo título definitivamente ha decidido cambiar por *El canto del taxidermista*, no vaya a ser que la crítica le tache de pedante, el peor baldón con el que puede infamarse a un autor, pues la pedantería, hija bastarda de la erudición, ahuyenta al lector como los crucifijos a los vampiros, como el agua fría a los gatos escaldados. Una vez decidido el nuevo título, esa lista de ilustres resulta un argumento de peso para cerrar el trato y zanjar el asunto, en suma, qué remedio, contribuirá al pago de la edición.

La cifra no le ha parecido exorbitante teniendo en cuenta de que el libro —echemos la casa por la ventana— va a publicarse en tapa dura, seña que prestigia toda obra, desde un manual de fontanería para el hogar hasta un poemario suajili, de modo que, si no le alcanza con la paga extra —llegue o no llegue—, recurrirá a un minicrédito, para un supuesto arreglo del cuarto de baño, que el Sabadell no va a negarle habida cuenta que es en esa entidad donde tiene domiciliada la nómina lo que aporta ciertas ventajas.

—¿Y la tirada? —inquiere Lafcadio a quien los dedos se le hacen huéspedes.

—La suficiente para cubrir el mercado con decoro.

El proverbial hermetismo de Garriga resulta asaz ambiguo para que Lafcadio le cuestione acerca del cuánto decoro es necesario para cubrir un mercado siempre caprichoso donde aún los más consagrados, aún con más laureles que Apolo, a veces pinchan estrepitosamente.

—Hemos de conquistar las capitales de la lectura, porque no tiene ningún sentido cubrir ciertas plazas de provincias cuyas devoluciones son escandalosas. Eso de que los libros hagan un estéril viaje de ida y vuelta a nuestro almacén —vía distribuidor— no resulta rentable.

Y como parte implicada económicamente en la aventura, Lafcadio, que ahora se juega sus cuartos, ha de reconocer que ese viaje no tiene objeto. Mejor sólo las capitales de la lectura —mas ¿cuáles?—, con sus grandes librerías donde hay tanto para escoger que el lector afligido por una apabullante oferta se marea al saltar de título en título como un mono en un tiovivo, mientras, precavido, calcula el monto de la compra que desearía efectuar descartando a esos autores sobre los que no tiene noticias hayan recibido, o no, un galardón como reza el texto de la solapa prevista para *El canto del taxidermista* «una angustiosa narración que pone al descubierto la sordidez de los recovecos del alma humana acuciada ante el dilema ético de acceder a plasmar sus sueños u observar las estrictas normas impuestas por la sociedad postmoderna». Eso de postmoderno, no sabe exactamente a santo de qué viene, pero suena bien porque, postmoderna o no, la sociedad tiene sus normas, surgidas de la imitación simiesca, al margen de la belleza o la virtud perseguida desde tiempos inmemoriales.

—Además —agrega Garriga— Lucianita, nuestra flamante becaria conoce algunos compañeros de estudios, ahora colocados en varias

revistas literarias, que van a servirnos de voceros de la buena nueva: el nacimiento de una reciente estrella en el firmamento de las letras patrias.

Aunque Lafcadio entiende que con dos libros rutilantes a cuestas no cabe novedad alguna, acepta sin reserva el conato de soflama de Garriga —por aquello que decíamos de la vanidad— que interrumpe para indagar hasta dónde pueden alcanzar las gestiones de la, hasta el momento desconocida, becaria a la que Garriga que, como no le paga un duro, ha ascendido a jefa del departamento de promoción y prensa que compagina voluntariosa con sus tareas como lectora editorial.

Gracias a los oficios de Lucianita, sostiene Garriga, a buen seguro algo han de publicar en *El cuervo*, respetada publicación que dirige la aclamada Carlota Barril, pues la atmósfera gótica de *El canto del taxidermista*, ha de interesar a esos discípulos de Ann Radcliffe que integran el consejo de redacción. También podemos contar con *Inquietudes* que, sin tener nada que ver con Alan Rudolph, coquetea con esa literatura de impronta cinematográfica que caracteriza su novela y *Bilitis* publicación feminista donde Lucianita colabora con cierta asiduidad y cuya directora no para de tirarle los tejos. Revistas de escasísima difusión pero de probada solvencia entre los bastidores literarios. Lafcadio se pregunta por qué no recurrió a ellas cuando Garriga le publicó *Siempre septentrión*, pero resulta obvio que por aquel entonces Lucianita no trabajaba para la casa, sino otro gallo le hubiese cantado.

Se discute lo del seudónimo, cuestión que queda descartada por si alguien ya hubiera leído a Lafcadio Compostizo Carrasquilla y en el mejor de los casos tuviese ganas de repetir.

—Pero rebajaremos el tono —sugiere Garriga.

De modo que la novela irá firmada por Lafcadio C. Carrasquilla, algo que al autor cofinanciante no le parece mal del todo porque, aparte del desaparecido Lafcadio Hearn, pocos Lafcadios, o ninguno, son los que en estos momentos pululan por el mundo de las letras de modo que toda confusión resulta imposible.

Por fin se decide la fecha.

—Saldrá en septiembre, porque si lo colocamos entre el aluvión de ediciones del día de Sant Jordi y las ligeras novedades de verano, me temo que el libro va a perderse en la jungla de la oferta editorial, claro —sentencia Garriga ducho conocedor de los hábitos de compra

del público lector anestesiado por las recomendaciones televisivas al uso en tales fechas.

Pero en el ínterin, durante esa angustiosa espera de verano mientras *El canto del taxidermista*, ya impreso y a buen recaudo en el almacén, aguarda su puesta de largo en librerías y establecimientos del ramo, la cruel parca caprichosa, que diría aquel, ha venido a segar la dilatada existencia del eximio Gustavo Matamala —a quien Lafcadio imita con descaro—, gloria imperecedera de las letras hispanas que hay que reeditar a toda prisa antes de que se enfríe el ilustre cadáver y antes de que los media dejen de pregonar mañana tarde noche y pasado mañana las excelencias de su enrevesada, empero, pulida prosa por donde no pocos se han perdido. No hay otra, sobre los anaqueles de las librerías, florecerán con ímpetu primaveral las reediciones —en rústica y tapa dura— de la dilatada obra de Matamala, escritor asaz prolífico como proclaman los más de cuarenta volúmenes que cuenta en su haber aunque pocos se hayan atrevido con todos ellos, de modo que, quién va a advertir la sutil presencia de un Lafcadio C. Carrasquilla. Pues en honor a la verdad, prácticamente nadie.

—Habrá que esperar a que la tormenta Matamala amaine —espeta Garriga al compungido Lafcadio a quien, como la paga extra ha sido aplazada indefinidamente, los plazos del crédito concedido por el Sabadell comienzan a vencer inexorables mermando sus haberes a tal punto que ha tenido que suprimir, entre otras cosas, el reconfortante vermut con el que junto a sus compañeros de negociado cotidianamente se regalaba al salir del negociado.

—Pero si el libro ya está impreso y encuadernado —protesta Lafcadio.

—Bien, si usted pretende suicidarse.

Y Lafcadio recuerda que ahora en calidad de copartícipe, cualquier libro invendido es un doble agravio económico pues no sólo no va a percibir derechos sobre él, sino tampoco el beneficio editorial correspondiente y decide que el suicidio, sea del tipo que sea, no es la opción, ya que la gloria hay que cobrarla en vida. De modo que tendrá que aguardar hasta Navidades época en que todos cuantos carecen de imaginación recurren al libro como regalo de prestigio dando por sentado que el destinatario es una persona ilustrada.

Sin embargo, en vísperas de las fiestas navideñas cuando por la megafonía de los grandes almacenes irrumpen machaconamente los

insoportables villancicos, momento en que los dos mil ejemplares de la primera edición de *El canto del taxidermista* estaban ya flejados en sus palets y cargados en la camioneta para ser entregados a la distribuidora, surgió el conflicto.

Alertado por la señorita Pilarín, Garriga comprobó que Librasa no había satisfecho la correspondiente liquidación de ventas mensuales, funesta señal de alarma que suele ser siempre el primer síntoma de la insolvencia de toda distribuidora editorial, en este caso la de sus libros. De modo que, «detengan la entrega», el escamado editor decide no suministrar más producto —infame apelativo que reciben los libros en la jerga de distribución— a Librasa hasta que no se esclarezca el tema pagos pues no es la primera vez que Garriga ha sido víctima de una suspensión de pagos extrañamente conocida a su vez como concurso de acreedores como si a los acreedores fueran a darles un premio. Así, como medida cautelar, descargado de nuevo de la camioneta, *El canto del taxidermista* y sus mil novecientos noventa y nueve hermanos gemelos pasan a engrosar las existencias del almacén junto a sus compañeros de *Narrativa de hoy y de siempre* y no pocas devoluciones de, entre otros, *¿Como ganar a la primitiva*? del Profesor Farancio que a buenas horas iba a seguir emborronando cuartillas de haber surtido efecto sus consejos.

Derrotado en el sofá, absorto en el telediario en el que, pese a los meses transcurridos, un peripuesto locutor prosigue perorando sobre la figura del llorado Matamala de quien dice acaba de descubrirse un postrer original, su última novela, que se disputan su habitual editor, que alega haberle dado un sustancioso adelanto a cuenta de los derechos de la edición, y los herederos del finado que niegan la existencia de un contrato en exclusiva, Lafcadio se pregunta cuándo Garriga dará luz verde al *El canto del taxidermista*, cuyo parto público le reconcome. Ha sido un rosario de inconvenientes los que mantienen su obra varada en el almacén, el último de ellos no entregar el producto —ya se ha contagiado— a la distribuidora, oportuna medida cautelar que razonablemente se ve obligado a compartir con Garriga. Ensimismado, Lafcadio escucha el trajín de fondo de su mujer en la cocina, mientras su hija de escasos siete años da los toques finales a un modesto belén cuyas figuritas no han podido ser renovadas pues hay que atender a las primeras necesidades y más este año en que la paga extra está en el limbo invertida en expectativas de gloria. Al parecer falta un buen rato para la cena y Lafcadio, harto de contemplar cómo las alimañas se disputan los despojos del finado Matamala, se dirige a ese cuartito donde su mujer le ha permitido que ponga el ordenador y sus libros.

Hacinados por orden alfabético Lafcadio repasa los títulos de los lomos abarquillados rememorando el contenido de los mismos preguntándose si un día, por fin, *El canto del taxidermista* de los cojones, será expuesto a la picota pública de la crítica, ya que le parece gafado tal vez porque no debiera haber tenido que aceptar la proposición de Garriga —a quien vendió su alma— y de lo que en su fuero interno se avergüenza porque como la mies, los editores son más de los que parecen, casi si se me apura, más que los bíblicos jornaleros, y porque el editor ha de ir a lo suyo y el escritor otro tanto, mal que le pese, por muchas puertas a las que haya de llamar, por muchas puertas que se le cierren.

¿Qué nuevo contratiempo va a tener que soportar ahora? porque hasta que no pague la distribuidora, Garriga se niega a efectuar la entrega, a pesar de que Lafcadio en definitiva haya corrido con todos los gastos. Cuántas noches en vela desperdiciadas ¿eso cómo se paga? Sin embargo, si todo hombre mata lo que más quiere, si el pastor Erostrato alcanzó la gloria al incendiar el templo de Artemisa, con los libros durmiendo en el almacén, ¿no es la gloria lo que él ansía?, muera pues yo con los filisteos, mis libros puñeteros. Una lata de petróleo ha de bastarle, y todo arderá como una monumental falla así que, bien mirado, quién podrá evitar hablar del desastre, de la pérdida —¿irreparable?— de *El canto del taxidermista* esa «angustiosa narración que pone al descubierto la sordidez de los recovecos del alma humana acuciada ante el dilema ético de acceder a plasmar sus sueños u observar las estrictas normas impuestas por una sociedad postmoderna». De modo que, a la postre, tal vez su decisión resulte beneficiosa y armado con un bidoncito de petróleo toma el camino del almacén, pues la aseguradora ha de correr con los gastos.

¿Y la gloria? La gloria la dejaremos para mejor ocasión.

Los adioses

Para Benjamín Fontvella, musicólogo a su pesar

Antes de partir, Rodolfo pensó que tenía que comenzar por bendecir cada punto de la rosa de los vientos, las virtudes teologales, los jinetes de la Apocalipsis, con San Juan y Blasco Ibáñez, las plagas de Egipto, los mosqueteros de Luis XIII que eran tres pero fueron cuatro, los hexagramas del *I Ching*, que encierran la sabiduría del mundo, los palos de la baraja, las seis esposas del rey Enrique, los pecados capitales, en especial la lujuria que no es un pecado sino un apetito natural, las estaciones de *Il cimento dell'armonia e dell'inventione*, a pesar de que prefiere la austeridad de Bach —la voz de dios—, los elementos y los seres elementales: silfos, gnomos, salamandras y náyades, los meses del año, los apóstoles y las tribus de Israel, los sephirots, los cien mil hijos de San Luis, los siete infantes de Lara, los clavos de Cristo y todo cuanto tuviera un número natural, todo eso y muchas cosas más que se quedarían en el tintero, por no alargar la lista, y comenzar la narración como Buck Mulligan, que unos confundían con un saxofonista y otros con un héroe de los tebeos de oeste irlandés si lo hubiera, como los caballistas de Ford, o los tristes muertos de Huston que se fueron como tantos otros sin hacer ruido, porque la muerte molesta a los demás, a los que se quedan, que se sienten un poco culpables por seguir en vida y a los que Rodolfo veía desfilar en silencio desde que tenía uso de razón, las sombras de sus abuelos tan lejanas que no las recordaba, las de sus padres, y las de los conocidos a quienes se les acabó la cuerda antes de tiempo, y recordaba sus gestos, sus dichos y sus dejes, por eso quería perpetuarlos de la única manera que sabía hacerlo, si algún día se terciaba, dejándoles encerrados en el papel en lugar de en sus ataúdes donde, mientras unos ya serían polvo, otros conservarían parte de sus despojos y otros, según el tiempo transcurrido, estarían secos como el bacalao islandés, por ello, antes de comenzar el desfile macabro, esas danzas de la muerte particulares, convenía bendecir todas esas cosas y muchas más, como las once mil vírgenes de Santa Úrsula que Jardiel pusiera en duda, o los ciento veinte días en (de) Sodoma, ese catálogo inconcluso de ensoñaciones desquiciadas, o las veinte mil leguas de viaje submarino, por no hablar de las siete semanas en globo o las mil y una noches y el 32566, número que le brindó un más que importante pellizco en el sorteo de Navidad que le iba a permitir —pensaba— vivir holgadamente y dedicarse cuando le viniera en gana —porque nunca se debe hacer lo que no apetece en especial a partir de una edad, esa edad— visitar museos y ciudades o ciertos museos en ciertas ciudades, y auditorios y ciudades o ciertos auditorios de ciertas

ciudades, a no perderse ninguna película de las que en su día su tía le había privado al obligarle a llevar casi una vida de eremita, desde los *Siete samuráis* hasta *2046*, que siempre confunde con la novela de Bolaño, pasando por *Tres lanceros bengalíes*, *Quintet* y *Las tres noches de Eva*, *Hace un millón de años*, *Los cien caballeros* —que alguien le dijo había sido rodada en Monells, en el Empordá—, *Los tres caballeros* —noventa y siete menos—, los *5.000 dedos del doctor T*, y respeta los títulos en castellano para no liarla, para entenderse, pues su inglés es sumamente precario en una palabra: algo que le resulta más fácil porque en su anomia crónica confunde a veces los títulos y los contenidos, los directores y los actores, también los nombres de sus amantes por lo cual, años más tarde, al desechar sus proyectos viajeros adoptó la solución radical de llamarlas a todas María, como la protagonista de *Metrópolis* cuya sensual imagen serpentina en el Yoshiwara despertaba sus acalladas pasiones, o *Simplemente María* tal que la radionovela que escuchaba Adela, aquella presunta pueblerina que venía a coser a casa de sus padres cuyos efluvios aún recuerda: un olor fuerte chotuno que evidenciaba su precaria higiene o la no menos precaria instalación sanitaria de su domicilio, que consintió perderse con aquel acomodador del cine Infanta, cercano al domicilio paterno, donde años más tarde ubicarían la Filmoteca Nacional ¿de Cataluña?, pues no, o no recuerda aquella época en que *nacional* no era un término ambiguo ni despectivo, que años más tarde entrañaría un cúmulo de frustraciones que no hacen al caso.

Una vez benditas todas esas cosas, se le antojaba que debía entrar en harina, del mismo costal de siempre, ese costal rezurcido por donde se escapaban las semillas de tantas ideas de tantos viajes, que quisiera conservar frescas en la nevera del tiempo, ese armario gélido e inhóspito, como la estepa siberiana, donde un presunto enano convenientemente abrigado como el gnomo David de la televisión, apagaba la luz al cerrarse la puerta y no había forma de pillarle por mucho que cerrase y abriese la misma casi instantáneamente lo que acababa por hacerle dudar de su existencia, la del enano, y de tantas otras cosas más que decían haber encendido galaxias tras el oportuno fiat lux del big bang, en el que a veces creía y otras no, como le dijo aquel cura que le ocurría a Teresa de Jesús que, aunque creyera a ratos y a ratos no, acabó en los altares, ad majorem gloriam de quién se le quedó con su brazo como macabro pisapapeles trofeo de aquella escabechina sin sentido que hace tanto tiempo duró tanto tiempo, demasiado tiempo de desgaste como para ser olvidada, como el hambre de una población que veía impotente cómo caían del cielo inmisericordes aquellos regalos que reventaban en confeti de metralla como en un fin de año, fin de vida para quienes les tocaba la china


que maldita la gracia les hacía, es de suponer.

Así el 32566 —¡trescientos millones de pesetas! dijeron los niños de San Ildefonso— de un plumazo le había solucionado la existencia y Rodolfo ya no precisaba peregrinar a diario al bufete del señor Alzina donde hacía cinco años había conseguido un puesto para ejercer de pasante con la carrera, tras múltiples convocatorias, por fin acabada, que ahora con sus flamantes ciento veinte millones —en un momento de inspiración había comprado cuatro décimos—, de qué iba a pasar a máquina aquellas incomprensibles demandas, aquellos enrevesados contratos donde la parte contratante de la primera parte sería considerada como la parte contratante de la primera parte y la segunda parte, etcétera, hasta que se acababan las partes, si es que había más de una parte, como no fueran las partes nobles de los demandados, de los querellantes, de fiscales, defensores y jueces en caso de que por razones de género las tuviesen, o que ya fueran nobles en su conjunto porque el Todopoderoso, en su infinita omnisciencia, había escogido a aquel único espermatozoide bendiciéndolo en el momento de la fecundación y, por la gracia de dios, aquello había salido como había salido, en todo caso mejor que cualquier caso, mejor que cualquier demanda donde perdían todos menos los letrados y sus señorías a quienes el asunto por lo general les importaba un bledo con la cabeza puesta como andaban por lo habitual en lo que hoy les pondrían a la hora del almuerzo, o si su esposa —caso de tenerla— permitiría ser zarandeada hasta el paroxismo del orgasmo momento en el que el tropel de espermatozoides plebeyos, no bendecidos por la providencia, acabasen estrellándose contra una imprevista malla de látex para luego, debidamente amortajados, perderse en el sumidero del retrete y provocar, algunas veces, la inoportuna obstrucción del desagüe con lo que su señoría, mejor dicho la señora de su señoría —en caso de tenerla— debía acudir al fontanero y pasar el sofoco de ver cómo el susodicho extraía una goma sospechosamente rebosante de licor de vida, más o menos, por razones de abstinencia, y jurar que a partir de ahora, se quedase o no embarazada, lo harían al pelo a pesar de que, pongamos por caso, Ogino les había deparado un par de desagradables sorpresas, por suerte pese a ello, niña y niño —cristianados respectivamente bajo la advocación de la Virgen del Carmen, que la había preservado de las aguas del inodoro y san Ivo patrono de la abogacía—, o que él, su señoría, derramara sobre las sábanas —espera, espera un poco— que con un lavado quedan como nuevas y no había que poner cara de tonta ante el fontanero a la hora de abonar sus servicios.

Partiría al albur, eso sí, ligero de equipaje, partiría sin saber adónde, pero en tren para disfrutar del paisaje, sin colas, sin tarjetas de embarque, sin registros, sin cacheos, sin detectores de metales, ni

de líquidos, sin minúsculas maletas —que aunque el equipaje deba ser ligero cuando menos lo indispensablemente preciso ya abulta lo suyo — con esas ruedas horribles con las que los turistas atruenan el pavimento acanalado de Barcelona, su querida ciudad, partiría con la seguridad que da pisar el suelo, la madre tierra aunque sea sobre raíles y, pese a los accidentes ferroviarios, debidos a distracciones del maquinista, a la falta de señales, o señales inoperantes porque ciertos cucos venidos mayormente del Este han robado centenares de metros de cobre del circuito que malvendidos revenden a quienes se forran con el tejemaneje, pero próximo a las ventanas de emergencia que en el peor de los casos dan a un prado, tierra siempre firme, pero tierra al fin y no al mar que es el morir: esa tumba ignota donde, en lugar de gusanos, se te comen los escualos o te devoran esa especie de inofensivos pececillos roedores de los acuarios que te hacen la pedicura con inusitado entusiasmo y que, una vez acabados los pies, continúan con el resto; morir irremisiblemente como se sabe, pero antes un largo o corto, según se mire, viaje en picado de maldiciones, rogativas, propósitos de enmienda, o blasfemias en medio del general griterío del pasaje, hasta hundirse en esa tumba cuya losa de miles de toneladas de agua salada va a engullirte hasta el día en que el ángel toque la trompeta del juicio final para recuperar los restos diseminados por los cementerios o reintegrados, ardua tarea, del polvo grisáceo de las incineraciones.

Partir ¿pero cuándo?, antes, se decía, tendría que poner en orden todo ese rosario de desagradables cotidianidades: despedirse del señor Alzina, roñoso mister Scrooge, que a modo de aguinaldo gratificaba al personal del bufete en Navidades no con el anhelado sobre, sino con un lote maravilla que le preparaban, no en una empresa especializada, sino el colmadito cercano al bufete: una botella de sidra champaña El Escanciador, otra de ratafía Manolete de Badalona donde don Leocadio, casualmente, tenía un cliente que le hacía descuento, un paquete de barquillos y una barra de turrón El Topo de sucedáneo de almendra, más bien algarroba o bellota, y encima tenía que darle las gracias, él y los demás, y desearle una felices fiestas, en lugar de enviarlo al infierno de donde seguramente había escapado. Pero cuán dulce sería la venganza de abandonarlo con tantos expedientes, suplicatorios, contratos, demandas, requerimientos, monitorios, y algún acta, que yacían sobre su escritorio en espera del oportuno trámite y agregar que andaba en busca de un letrado que administrase su pequeña fortuna pero que, habida cuenta de que su especialidad, don Leocadio, es el Derecho Mercantil, no cabía encomendarle a él tan delicada misión, sería más conveniente, agregaría sin decirle a cuánto ascendían sus haberes, dirigirse a un especialista en Fiscal, ¿conoce

usted alguno de fiar, don Leocadio? y al avariento carcamal, a buen seguro se le revolvería las tripas de igual modo que a él se le revolvían al ingerir el mísero turrón y la sidra con los que durante cinco Navidades inexorablemente le había obsequiado.

Antes de su partida habían otras cosas que debía zanjar: poner fin a sus estériles relaciones con Catalina —no hubiese sido correcto dejarle una simple nota—, la profesora de piano que aquella infausta tarde se había sentado en la localidad aneja a la suya en el Palau empuñando el grueso urtext del *Oratorio de Navidad,* y mientras él, con el estómago revuelto a causa de las golosinas del lote navideño, pugnaba con los retortijones para evitar una inapropiada emisión de horrísonos gases que hubiera dado al traste con el debido recogimiento que la audición merecía, ella se pasó el concierto con la vista puesta en las páginas de la vetusta partitura con la que seguía con viva atención ese oratorio tan apropiado en vísperas de la Epifanía, y con la que acabó por intimar —que si Bach por aquí, que si Bach por allá— en un descanso, después de ir a soltar lastre a los servicios, y a la que había frecuentado con empecinada asiduidad, empeñado en tumbarla sobre el lecho, con escasos resultados, pues la joven pertenecía a esa casta de irreductibles vírgenes incapaces de ceder a sus naturales instintos hasta que el cura, o el funcionario de turno, santificara, o diera fe, de su matrimonio, un matrimonio que preludiaba una cadena de negativas como las que había soportado durante el demasiado largo tiempo en que duró aquella relación que se ahogaba en las rutinarias manipulaciones toleradas con manifiesta aversión por Catalina, eso sí, pero soportándolas para que no se escapara el mirlo blanco: un abogado y con colocación en aquellos tiempos de penurias laborales.

Sería oportuno ahora hablar de Catalina, la lánguida Catalina, que disfrutaba un pisito en el Ensanche, presidido por un Bösendorfer vertical y cuando Nuria, la veterinaria a quien había alquilado una habitación, se ausentaba los fines de semana para acudir a Olot de donde era oriunda, dejaba subir a Rodolfo para deleitarle con un mediocre repertorio machaconamente reiterado, sábado tras sábado, que incluía desde el preludio *La gota de agua* de Chopin hasta una gymnopédie, lo único de Satie que se sabía de memoria, para luego abordar algunas piezas, las más sencillas del Mozart de juventud incluida el *Ah!, vous dirais-je maman* y una exhibición de empalagosa sensibilidad en el *Für Elise,* pieza que a Rodolfo le resultaba atrozmente indigesta por haberla escuchado desde niño hasta la saciedad, y luego, extenuada, sentarse en el sofá del salón donde daba comienzo la tanda de toqueteos, hasta que Rodolfo, salido como un papión pero seguro de que ella, como de costumbre, no iba a transigir,

argumentaba que tenía que ir a cenar en casa de su tía Desideria, única familiar que le quedaba, para tomar el autobús e ir a calmar su calentura con las peripatéticas de la calle Robadors único lugar donde, hasta hacía bien poco, le alcanzaban sus escasos caudales.

Los domingos ya más sosegado, se levantaba tarde y se desayunaba en el bar de la esquina —café con leche corto de leche y un croissant— donde empalmaba hasta la hora del aperitivo —vermut de la casa con berberechos—, entretenido con los periódicos, el periódico: *La Vanguardia*, que el local ponía a la disposición de su clientela, para ponerse al corriente de las tonterías y desgracias que ocurrían en el mundo, algo que le traía sin cuidado, y después acudía a almorzar solo en una tabernita cercana donde los días de fiesta servían paella mixta en el menú, ya que durante la mañana Catalina andaba ocupada en una eterna gira por los ateneos de barrio donde lucía sus escasas dotes interpretativas ante un público de parcos conocimientos musicales a quien obsequiaba con el mismo —tal vez exclusivo— repertorio que creía dominar: su gota de agua, el Satie, su Mozart y su estomagante Beethoven, con los que, si bien no acrecentaba su peculio —le pagaban una auténtica miseria, pero luego la invitaban a comer—, lograba acrecentar su ego al recibir el breve homenaje de la concurrencia en forma de comedidos aplausos, otorgados más por compromiso que por convicción y que la hacían aparecer radiante por la tarde cuando Rodolfo, harto de recitales y de sesiones de sofá, pasaba a recogerla para ir a cualquier cine de sesión doble donde se sentaban en la últimas filas, ajenos a la película, y vuelta a empezar con los estériles magreos que acababan con un derrame cubierto por la astrosa gabardina con la que, hiciera buen o mal tiempo, cubría sus vergüenzas.

Catalina, se decía Rodolfo, era una estrecha de manual, una de esas señoritas de una familia venida a menos a quien sus padres, por completar su educación, habían obligado a hacer la carrera de piano, gracias a la cual malvivía con las clases que daba en una academia de Poble Sec y las lecciones particulares que impartía a otras señoritas cuyos padres, al igual que los suyos, opinaban que tocar el piano era chic, sin perder de vista que en caso de que las cosas vinieran mal dadas, las destinatarias de tales enseñanzas a su vez podrían dedicarse a dar clases de piano para ganarse honradamente el sustento y así la cadena profesora alumna profesora etcétera prosperaba en una progresión geométrica cuyo alcance resultaba imprevisible hasta el día en que todas las señoritas de la ciudad y las sucesoras de las mismas, supieran tocar, que no interpretar, aquel instrumento que tantos sacrificios costaba a sus ejecutantes, sin contar el coste de aquellas clases imprescindibles para el sustento de Catalina.

Pero su estrechez, se decía Rodolfo, no provenía de la saludable práctica del piano, su estrechez inculcada desde la cuna era vetusta y profunda como el abismo de Challenger, que en aquella casa se rezaba el rosario cada día y con las letanías marianas completas que loaban insistentemente la virginidad de las doncellas con harta reiteración: que si Virgo Potens, que si Virgo Fidelis, que si Sancta Virgo Virginum, práctica reforzada con una cristiana educación en el colegio de las Esclavas donde accedió a hacerse hija de María, por no quedar mal ni con la familia —tenía un tío arcipreste—, ni con su director espiritual, ni desentonar ante sus compañeras, algo que de bien poco iba a servirle cuando su padre hizo suspensión de pagos y, por vergüenza torera, en esos días en que la vergüenza, torera o no, era algo que pesaba mucho, fue a sepultarse solo en aquella pequeña propiedad cercana al Pirineo que había logrado salvar de la quema, acosado por el remordimiento del exceso de arrojo, o de impericia, en sus especulaciones financieras.

Incapaces de acompañarle al confín del mundo —le había dicho su mujer doña Lola—, donde la vida de sociedad era muy precaria, al ignorar que toda la ciudad, o sea la que contaba, iba a volverles la espalda, Catalina y su madre se refugiaron en aquel modesto pisito del Ensanche, herencia del padre de doña Lola y al que, gracias al régimen catalán de separación de bienes, los tenaces acreedores de su esposo no pudieron hincarle el diente, y tras la muerte de doña Lola, Catalina se vio obligada a compartir sin desprenderse, eso sí, del enorme Bösendorfer vestigio de la edad de oro en que ella era recibida por la buena sociedad barcelonesa, y sus recitales aplaudidos por la concurrencia que acudía a las fiestas de sus padres, reputadas como unas de las mejores de la ciudad, y cuya asistencia sólo obligaba a cambio de soportar las habilidades pianísticas de la nena, entre canapés de salmón ahumado y botellas de La Veuve Clicquot que los camareros descorchaban sin tasa y escanciaban sin tasa porque Beethoven les producía una sed acuciante propiciada por el salmón, siempre demasiado salado a juicio de doña Lola —parecen anchoas de la Escala—, y luego Catalina al concluir, avergonzada por los aplausos, hacía mutis tímidamente para retirarse a su alcoba y matar el resto de la velada enfrascándose en edificantes lecturas, casi siempre vidas de mártires, que las monjitas solían recomendar a sus pupilas, o aquellos poemas biempensantes que la abuelita Roser, la madre de su madre, en tiempos devoraba: las *Doloras* de Campoamor y las *Rimas* de Becquer que alternaba con el *Florita*, hasta que mecida por sus fantasías el sueño la vencía.

Tras la sesión cinematográfica, Rodolfo, obsequioso, convidaba a Catalina a Lezo para degustar, casi siempre, un suizo y unos melindros

de los que ella daba buena cuenta con pasmosa morosidad, pues los adoraba, para intentar prolongar aquellos últimos momentos de la tarde dominguera, y despedirse hasta el próximo sábado con un último achuchón en el portal —a aquellas horas la veterinaria olotina ya habría regresado—, pues durante la semana, en contadísimas ocasiones se encontraban, ya que él, de trabajo hasta los pelos con tantos encarguitos como los que el señor Alzina para quien los horarios no rezaban, le encomendaba siempre a última hora, y ella por su lado con tanta clase, llegaban a las tantas a sus respectivos hogares y cada uno por su cuenta, las más de las veces, caían rendidos en sus respectivos lechos salvo aquellas raras ocasiones en las que los de la academia donde daba clases regalaban a Catalina unas entradas para algún concierto de tarde de segunda fila, de esos en que es necesario maquillar la platea, al que acudían para romper la rutina de sus encuentros y hacerse la ilusión, en especial Catalina, de que su relación discurría por un sendero de rosas, ya que Rodolfo, que en una ocasión tuvo la osadía de proponerle que se fueran a vivir juntos a aquel piso —más bien cubículo— de Gràcia recibido en herencia de su padre al cumplir los veinticinco años y que su tía no había logrado escamotearle, se llevó un chasco monumental al recibir una tajante negativa como respuesta, comenzaba a estar hasta el moño, convencido de la sordidez de aquellos encuentros de los que salía derrotado por la no demasiada rigurosa castidad de su pareja que se dejaba hacer pero se empeñaba en no regalarle el caramelo definitivo de su virginidad encelofanada en unos principios tan apolillados como reaccionarios.

Si Catalina era una estrecha, su tía Desideria, hermana del que había sido su padre, era una arpía, eso sin contar que su hijo, el primo Juanito, tres años mayor que Rodolfo, se había empeñado en amargarle la existencia, cuando huérfano total, tita Desi se lo había llevado a casa por caridad para poder administrar esos supuestos escasos bienes de su padre, cuatro cuartos, decía ella quitándole importancia, pero cuartos al fin, so pretexto de que un Puigmal no podía ir a parar al orfanato —¡qué hubiesen dicho nuestras amistades!— para juntarse con los huérfanos de vaya usted a saber de quién, presuntamente hijos de delincuentes o de rojos, o de ambas cosas —¡oh terror!— a la vez, y en su empeño como administradora de sus haberes incluso se había visto obligada a darle una carrera —seguramente serían más de cuatro cuartos sospechaba Rodolfo— a base de hacerme pasar hambre y privaciones, a tal punto que jamás le dio ni un duro para ir al cine los domingos, mientras que el primo Juanito gozaba de los placeres de una vida muelle y consentida: que si helados, que si cocacolas, que si tebeos del Capitán Trueno, que si

futbolines y que si cine, sobre todo, cine los sábados y domingos al que él no podía asistir porque: tú, Rodolfito, tienes que estudiar mucho para hacerte un hombre de bien como tu padre, le mentía tita Desi, cuestión un tanto difusa porque Rodolfo no recordaba en especial las bondades de su padre y mucho menos las de su madre que los había abandonado en su niñez, harta, según le dijeron años más tarde, de las palizas que le propinaba su marido en unos días en que la violencia de género era sólo un concepto en la omnisciencia del Todopoderoso.

Pues sí, también de tita Desi quisiera despedirse y de paso a su vez del hijoputa de su primo Juanito, que cuando los domingos mientras él se dejaba los codos con el tostón del Derecho Civil, llegaba harto de cocacola a la que con los años en la Escuela de Aparejadores había aprendido a agregarle generosas dosis de ginebra, coñac, ron, o alcohol de quemar y con la boca pastosa comenzaba a alardear, como cuando eran niños, de la vidorra que se pegaba, ahora sí, por fin, había comprendido, a costa del dinero que sus padres le habían legado: su dinero, ya ves no, andaba tan desencaminado, se decía Rodolfo cuando un buen día vio a Juanito lucir un magnífico Baume et Mercier, idéntico al que según recordaba llevaba puesto su padre y presuntamente extraviado por la policía municipal cuando recogieron del pavimento el amasijo informe en que se había convertido al lanzarse al vacío desde el séptimo piso en que habitaban, presa de un delírium tremens de los que sufría habitualmente tras la inmoderada ingesta de absenta que, junto a las palizas recibidas, había provocado la huida de su madre: ese reloj era una simple muestra, pero una evidente prueba del expolio al que tita Desi sometió su patrimonio, recuerdos incluidos, que a la postre no era tan exiguo como le habían dado a entender, si no de qué aquella gorgona le hubiese costeado la carrera mientras Juanito holgazaneaba babeante balbuciendo incoherencias producto de las libaciones que él indirectamente le estaba sufragando, después de las intentonas por colocarse como aparejador en cualquier estudio de arquitectura del que le ponían de patitas en la calle en cuanto comprobaban que, debido al tembleque de la abstinencia matutina, era incapaz de sostener el tiralíneas sin ponerlo todo perdido de tinta china.

Y si con don Leocadio había sido moderadamente perverso al anunciar la buena nueva producto de la fortuita adquisición de cuatro décimos del 32566, con sus dickensianos parientes se había propuesto ser implacable, de modo que, y esta vez no era una excusa, tras el estéril sobo sabático con Catalina, en lugar de acudir a las putas del bar Arachu —ahora gracias a sus, de momento, secretos haberes ya no tenía que ir a desfogarse a la calle Robadors—, se presentaría en casa

de tita Desi a la que a buen seguro hallaría ocupada en combatir, demasiado tarde, mediante alguna infusión de camomila, o una tacita de caldo de pollo para templar el cuerpo, el feo vicio de Juanito —tal vez heredado por mímesis familiar de su tío—, al que encontraría como de costumbre con el cabello revuelto, mal afeitado, despatarrado sobre el sofá de la salita, vestido con un pijama remendado por cuya bragueta asomaba parte de su inerme virilidad, sumido en el paraíso de colores que le ofrecía la televisión sin comprender si lo que contemplaba era el telediario de la noche, o un programa de variedades —entre los cuales, fuera dicho de paso, no existía la menor diferencia—, con el aire ausente que adquieren todos los beodos a partir de la segunda copa, despreocupado de la realidad circundante, para eructar estentóreamente de vez en cuando y así acallar la cansina cháchara de los locutores de turno.

Calzada con unas horrendas zapatillas de fieltro de cuadros, tita Desi lucía una no menos horrenda bata floreada de baratillo por la que asomaba la puntilla de su camisón amarillento por el uso: había envejecido lo suyo durante aquellos años en que, después de entrar a trabajar con el señor Alzina e instalarse en su piso, Rodolfo había decidido no visitar nunca aquel cuchitril, donde Mustafá, un astroso perrillo de aguas grisáceo —¿o simplemente sucio?—, campaba por doquier haciendo sus necesidades donde le venía en ganas, pues ella no lo sacaba a pasear y Juanito tampoco, absorto como siempre estaba en lo que pusieran en la televisión —aunque de poco o nada se enterara— mientras de reojo vigilaba un descuido de su madre para saquear la alacena y ponerse tibio de vino de guisar ya que tita Desi, sabedora de la debilidad de su hijo —como ella decía—, practicaba la prudente política de no permitir la entrada en casa de ningún tipo de alcohol, incluido el de farmacia, por lo que Juanito, en cuanto se tita Desi se descuidaba, le vaciaba el bolso y echándose un gabán por encima del pijama, se precipitaba al bar de la esquina para ponerse morado de ginebra, coñac, ron o alcohol de quemar, ahora a palo seco —¿para qué malgastar en cocacola?—, mientras Mustafá engordaba a ojos vistas gracias a la falta de ejercicio y contribuía a que un insoportable hedor se hubiera adueñado de la casa y aunque el cotidiano contacto con el tufo deletéreo que desprendían las alfombras, como seña de identidad odorífera del domicilio pasaba inadvertido a sus moradores, la portera de la finca, por no acercarse al piso, se negaba a subir a recogerles la basura, único cometido que tita Desi había logrado imponer a su hijo que siempre esperaba hacerse con unas monedas para sacudirse a toda prisa un lingotazo en ese bar de la esquina que siempre está en todas las esquinas salvadas de la glotonería inmobiliaria del dúo dinámico: Porcioles & Nuñez y

Navarro.

En lugar del acostumbrado postre Rodolfo se presentaría —se presentó—, con un par de botellas: la de ratafía Manolete sobrante del lote navideño de Alzina a la que agregó una de bourbon, Fire Water —trademark— de una graduación suficiente para tumbar a un bisonte que, bien mirado ya se hallaba tumbado con los ojos inyectados de sangre de tanta televisión y que presuroso se incorporó al instante para improvisar un cansino trotecillo y comprobar el contenido del misterioso paquete que Rodolfo llevaba bajo el brazo, para descubrir que se trataba de un inesperado tesoro, y darle a su primo las más efusivas gracias por aquel detalle de inapreciable valor, que su madre, tita Desi, recibió con consternación haciendo amago de llevarse las botellas a la alacena pero de las cuales, carente de los oportunos reflejos debido a la edad, Juanito logró apoderarse y, en un abrir y cerrar de ojos, con manos temblorosas se sirvió el primer lingotazo de Fire Water sin tan siquiera por mera cortesía convidar a Rodolfo, que por cierto, no tenía ninguna intención de sumarse al copeo pues otras eran sus intenciones.

Antes de la cena, verdura refrita con sardinas y un entremés compuesto de huevo duro con migas de atún de lata en aceite de girasol cubierto por lo que la anfitriona se atrevió a calificar de mayonesa, gracias a las industrias de Juanito, la botella de bourbon ya se hallaba terciada y éste se había emperrado en ponderar la calidad de un producto, originalmente destinado al trueque con los indios de las praderas, como uno de los mejores elixires que había catado en la vida, mientras su conversación, más bien perorata, cambiaba aleatoriamente de tema: desde las obras de Vitrubio, Palladio y Puig i Cadafalch, a quienes consideraba sus maestros espirituales, hasta esos programas televisivos que constituían su alimento anímico como el insuperable, balbució, *Un, dos, tres*, con aquellas guapas azafatas a las que admiraba en secreto desde sus gafas hasta sus minifaldas, hasta *Estudio Estadio* que puntualmente le informaba de los eventos deportivos, en especial del campeonato de Liga, con el que en vano intentaba, semana tras semana, mediante la correspondiente quiniela, mejorar su precaria situación económica, para no tener que depender de las sisas que le hacía a su madre, y dedicarse a navegar a todo trapo, sin hacer escalas, por un mar de los más variados alcoholes de lujo, como ese Fire Water con el que su primo, el afortunado Rodolfo, les había obsequiado que, antes de llegar a los postres —un flan chino El Mandarín—, había finiquitado para comenzar —¿no eran los postres?— a atacar la botella de ratafía ante el estupor de su madre que suponía y acertaba que aquello no podía traer nada bueno.

En efecto, antes de que Rodolfo les comunicara la buena nueva de sus millones cuya cifra exacta, tal como había hecho con el señor Alzina, no iba a revelar para que la duda les corroyera más aún si cabía, Juanito se había emperrado en hacerles entonar a coro aquellas viejas cancioncillas que cantaban durante su infancia, desde el *Asturias patria querida*, canción convertida en incomprensible himno de comunidad autónoma, que no había atinado que la misma cumpliese, desde tiempos inmemoriales, como común tonada fin de juerga por una inmensa mayoría de los beodos del país, hasta el *Mambrú se fue a la guerra* de donde a ciencia cierta no se precisaba cuándo iba a regresar, si para la Pascua o para la Trinidad, y Rodolfo y tita Desi, sabedores del mal carácter que se apoderaba de Juanito en tales circunstancias, por evitar contrariarle, le siguieron la corriente sumándose al *Clavelitos*, de la que Juanito se sabía las estrofas completas por haber participado durante años en la estudiantina de la Escuela de Aparejadores donde, al carecer de los precisos rudimentos de solfeo, tocaba la pandereta y con cierto garbo daba brincos propios de un canguro; y luego *El cochecito, leré*, que desde al patio de luces de su casa oían cantar a las niñas de la portera y a sus amiguitas mientras saltaban a la comba, y así sucesivamente, hasta que a Juanito le dio por evocar épocas pretéritas cuando vivían juntos y proclamar que su primo era y sería su mejor amigo a pesar de no haberle permitido gozar de los placeres de una vida muelle y consentida: que si helados, que si cocacolas, que si tebeos del Capitán Trueno, que si futbolines y que si cine, mientras que Rodolfo se dejaba los codos con el Derecho Civil.

Al enterarse de la noticia —Rodolfo era millonario— a tita Desi le dio un patatús, y con la faz torcida por un amago hemipléjico, se desvaneció por suerte sobre la mullida alfombra, y mientras el fiel Mustafá acudía presuroso en auxilio de su dueña profiriendo quedos ladridos, Juanito entre tanto se precipitó a arrancarle del cuello la llave del botiquín, para intentar recuperarla con una cucharadita de Agua del Carmen con azúcar, y recuperarse él a su vez después de echarle un largo tiento que casi acaba la botella, Rodolfo impertérrito presenciaba la escena paladeándola con delectación: cuántas veces había soñado con castigar a la vieja, aunque por un instante se preguntó si en su sed de venganza no habría ido demasiado lejos, quiá, se dijo, al recordar el cúmulo de vejaciones y tantas servidumbres como las que había tenido que sufrir durante los años en que se vio obligado a vivir con esos mezquinos parientes que, a sus espaldas, dilapidaban sin miramientos la fortuna de su padre, aquella sombra desaparecida —la versión oficial fue que se había precipitado en el vacío al intentar desenrollar una persiana atascada dentro del

bombo— en aciagas circunstancias.

Según se enteraría a su tiempo —días después Juanito se lo había comunicado a duras penas por teléfono—, tita Desi había logrado salvar la piel, aunque, como era de prever la mantuvieron en UCI entre la vida y la muerte durante varias semanas, semanas en las cuales, como también era previsible, Rodolfo no se acercó a visitarla, sin embargo, en su fuero interno —pero muy en el fondo— se felicitó, pues aquella penitencia a su entender había resultado un tanto excesiva aunque se preguntaba si ello bastaría para hacerle olvidar todas las humillaciones a las que le habían sometido durante su adolescencia, pero ¿sería oportuno castigar a Catalina cuya sola culpa estribaba en la estrechez, en un obsesivo cumplimiento de esas reglas de la buena crianza que debían observar todas las señoritas, pianistas o no, reminiscencias de un pasado no muy lejano que tanto daño había hecho entre la población femenil?, de nuevo se replanteó si dejarle una nota de adiós, sin embargo, de nuevo consideró que aquello sería el colmo de vileza y que tal vez acabara por confirmar a la joven que sus intenciones, desde el primer día en el que la abordó en el bar del Palau en el descanso del *Oratorio* y la primera tarde en que Catalina, tras el recital de marras, accediera renuente a los sobos en el sofá, eran lo único que él perseguía, antesala de aquello con lo que jamás iba a transigir, y eso nunca, se dijo, porque en el fondo no deseaba que la joven creyera que ella llevaba la razón y se reafirmase en aquellos rancios principios que seguirían alzándose como una muralla entre ella y cuantos se le acercaran, aquellos que no supieran recoger la flor un tanto agostada tras el preceptivo matrimonio.

Entonces a Rodolfo se le ocurrió recurrir al viejo truco de la herencia fantasma, todo antes que confesarle que el hado, en forma de ciento veinte millones, había llamado a su puerta para, cual genio de lámpara oriental, concederle dentro de un orden, no tres, sino cuantos deseos pudiese costearse con aquella nada despreciable suma: las putas de Arachu, los aperitivos de ostras, nécoras y percebes en Carballeira, tan lejanos del dominical vermut con berberechos prontamente olvidado, sus paellas dominicales en el Siete Puertas regadas con Viña Tondonia porque a él el vino blanco, decía, y era cierto, le causaba una terrible acidez, los festejos taurinos en los que ocupaba una localidad de barrera de sombra con su Partagás 8-9-8 a los que acudía engañando a Catalina, miembro de la Sociedad Protectora de Animales, so pretexto de tener que concluir un urgente trabajo —ese señor Alzina, se excusaba, es un tirano— y luego como de costumbre llevarla directamente a Lezo donde, para no alertarla de su boyante situación, no le permitía repetir de melindros y al final despedirse con urgencias, obviar el sobo del portal y correr hacia el

Arachu donde era recibido con inusitada alegría por las chicas que alternaban en la barra al descorche en el que ha dado en llamarse el oficio más antiguo del mundo, en especial por Yoyobel, aquella ceceante venezolana, a la que tras varias catas había consagrado como favorita.

Pero algo tenía que hacer, o mejor, que decirle a Catalina, que las semanas corrían veloces en medio de tantas francachelas pues, como ahora se había despedido de Alzina, tenía todas las horas del día para dedicarse a recorrer las varias agencias de viajes de la ciudad para dar con la ruta más sugerente y hacer cábalas sobre los itinerarios ferroviarios más convenientes, y los cruceros más oportunos, al pensar que, de ese modo, aceleraría su decisión de irse y dejar atrás aquella vida sórdida que se había visto obligado a llevar, gracias a la cual le había cobrado grande inquina a la ciudad condal, capital de un principado inexistente y preñada de esas ínfulas cosmopolitas como no cejaban de repetir los prebostes municipales y los gerifaltes autonómicos en un intento por equipararla a un París, un Nueva York o un Londres que tenía intención de visitar vía Calais Dover en el ferry, dado su atávico pánico a los aviones.

Por fin, un domingo, tras la corrida de toros, y tomarse en el Sol y Sombra próximo al coso una copita de ojén para infundirse valor, se decidió, y en lugar de ir a Lezo como de costumbre, donde Catalina podía organizarle una trifulca similar a las que montaba cuando él intentaba sofaldarla para hallar el tesoro del Nibelungo inaccesible tras aquella maraña de combinación, que ya nadie usaba —eso daba una idea del talante de la pianista—, su faja de reglamento y aquellas bragas más bien pololos modelo de la desaparecida sección femenina del Frente de Juventudes, le sugirió que, dado que su compañera de piso solía regresar más tarde debido a la precaria puntualidad de los ferrocarriles regionales, pero siempre antes de que cerraran el portal, dispondrían de un cierto margen, ¿por qué no merendaban en casa de ella, donde estarían más tranquilos, una bandejita de dulces que él proveería?, por descontado Catalina aceptó pues para paliar su contumaz estrechez solía refugiarse en un persistente consumo de golosinas y ¿cómo comparar los melindros de Lezo con los dulces de Sacha que Rodolfo había anunciado iba a traerle? que acompañarían en lugar de con el tradicional chocolate desecho con una malvasía de Sitges guardada para las grandes solemnidades.

Catalina le abrió la puerta al primer timbrazo, llevaba ropa de andar por casa: un amplio jersey de shetland y una no menos amplia falda, tipo mesa camilla, que según su costumbre no alcanzaba ni a mostrar las rodillas, y tras un casto beso de circunstancias, Catalina

desapareció hacia el fondo rumbo a la cocina para desenvolver el paquetito, ansiosa por comprobar si entre el surtido de dulces encontraba aquellos tocinillos de cielo que le hacían perder el oremus: los dispuso sobre una descascarillada bandeja de porcelana de Sajonia, salvada de la debacle paterna junto a la botella de malvasía y sendas copitas minúsculas y regresó al salón donde Rodolfo la esperaba arrellanado en el sofá lo que le hizo suponer que, tras el sucinto refrigerio, Rodolfo volvería a la carga, pero sin preámbulo alguno su novio —como ella solía llamarlo para sus adentros— le anunció que no podría quedarse demasiado rato pues tenía que acabar de hacer las maletas: al día siguiente, mintió, debía dejar Barcelona, pues había recibido un telegrama urgente de Leguizamón y Asociados, una firma de abogados de Córdoba en la Argentina, en el que le informaban que en calidad de único heredero de los cuantiosos bienes de su tío Néstor, nombre supuesto, debía desplazarse hasta allí para hacerse cargo de la herencia.

—Y ¿cómo no me habías dicho nada?

—Es que recibí el telegrama ayer por la tarde.

—Vaya. Y ¿cómo es que nunca me habías hablado de tu tío Néstor?

—Por la misma razón que jamás te he hablado ni de mis padres, ni de mi tía Desideria, ni de ninguno de mis familiares.

Con su capacidad para la improvisación adquirida en el despacho se Alzina cuando éste le abroncaba por no tener lista tal o cual demanda, Rodolfo inventó sobre la marcha una lacrimógena historia de emigración, de familias dolorosamente separadas por la distancia y por los años, de tíos, en este caso tío abuelos, sin descendencia pero con el corazón puesto en sus parientes allá en la madre patria, mientras Catalina asentía con la incredulidad pintada en el rostro sin por ello dejar tranquilos los pastelillos.

Tras cruzar el charco huyendo de sus acreedores y no encontrar ocupación digna en Buenos Aires, tío Néstor, supuesto hermano de su abuelo paterno, un tarambana, como la mayoría de los miembros masculinos de su familia, de la que él constituía la rara excepción, que había arruinado todos cuantos negocios en los que se había embarcado, mintió Rodolfo, optó por dirigirse a provincias donde, se decía, el dinero crecía en los árboles, instalándose en Córdoba, para ver, como lógicamente los árboles continuaban sin dar nada como no fueran sus propios frutos y, en una primera época, se dedicó a buscar

oro en el Suquía, con nulos resultados, para acabar dedicándose a la pesca fluvial en ese río cuyo curso, no contaminado, le surtía de lampreas, chuchos pintados y otros especímenes autóctonos de la zona, para sobrevivir de ese modo con el producto de su trabajo, hasta que un buen día al lanzar la red dio con un cofre repleto de monedas de oro —piezas de a ocho— de la época de los conquistadores —ojo con las exageraciones, Rodolfo— bueno, había las suficientes para poder establecer una tienda de abarrotes, pulperías —aclaró, les dicen allí, para dar color local a su relato—, donde peso a peso reunió un capitalito que tuvo el buen criterio, por primera vez quizás única en su vida, de invertir en una compañía privada, británica, que gestionaba una de las líneas de ferrocarril más rentables de la república —aquí Rodolfo omitió detalles pues ni conocía Argentina ni su red ferroviaria —, cuyas acciones —aventuró— subieron como la espuma hasta que los astutos británicos vendieron en bloque sus empresas al gobierno, así las cosas, entre la guerra civil, la guerra mundial —segunda— y otras vicisitudes, la familia perdió la pista de tío Néstor que, vaya usted a saber cómo, ahora desde el pasado llamaba a mi puerta para que yo, su único pariente —mentía una vez más al olvidar a tita Desi y la joya de su hijo, pero qué más daba si todo era un cuento— me hiciera cargo de su cuantiosa fortuna, pero para ello debía personarme en Córdoba para tomar posesión de la misma.

La historia, advirtió Catalina, estaba plagada de lagunas temporales, pero no fue capaz de ponerla en tela de juicio con la vaga esperanza de que fuera cierta y de regreso de la Argentina, Rodolfo se casara con ella —¿no le había propuesto que se fueran a vivir juntos? —, sin sospechar cuán lejos se hallaban los propósitos de su novio, hasta que se hizo la luz y comprendió que antes de partir, a la usanza de las novias de los quintos que marchan a cumplir con sus deberes patrios fuera de su localidad de origen, según inveterada costumbre, se imponía un sumo sacrificio para sellar con un pacto de sangre, nunca mejor dicho, aquella relación, pues además las últimas semanas, desde el punto de vista carnal, se dijo, Rodolfo, siempre tan insistente al respecto parecía un tanto inapetente, un tanto descuidado, menos solícito, menos combativo, desahogado en suma gracias a las cada vez más frecuentes visitas que giraba al Arachu y bares aledaños de las que ella no tenía ni más remota idea.

Rodolfo se atragantó con un borracho de ron al ver a Catalina, roja como un tomate hasta la raíz del cabello, presentarse en la salita con un camisón —más bien saya— que aunque de austero corte monjil dejaba adivinar unas formas firmes y rotundas de *fausse maigre* para invitarle a pasar a su habitación, aquel santuario jamás hollado, cuajado de numerosos bibelots cuyo valor sentimental se le escapaba y

que una imagen de la Moreneta —enseguida cubierta recatadamente por Catalina con una especie de poncho andino—, presidía impertérrita, despatarrándose en muda invitación sobre su cama de soltera con el aire resignado que debían adoptar las mártires cristianas en el Coliseo, de cuyas vidas tanto había leído, a la espera del supremo sacrifico de su honra defendida machamartillo desde que en las Esclavas le habían inculcado que aquel tesoro debía preservarse para ofrecer al elegido por la providencia que debería convertirse en padre de sus hijos, cuestión que distaba no lo suficientemente como para que Rodolfo, cuyas artes amatorias habían progresado sensiblemente desde sus visitas a Arachu, se abalanzara sobre ella para proceder a demostrarle lo que se había perdido durante tantos años de sequía.

Así, enfrascados en una empresa que, insospechadamente, desgarrado el himen, pareció entusiasmar a la novicia Catalina, no advirtieron que el chasquido del llavín en la cerradura de la puerta principal anunciaba la inoportuna presencia de Nuria cuyo tren procedente de Olot, excepcionalmente, había llegado a su hora, para truncar su deseable intimidad en la cual Catalina, sin miramientos, gemía estentóreamente y profería algún que otro gritito al aceptar los embates de su caballero que arremetía sin contemplaciones para desquitarse de tantas negativas, de tantos toqueteos, de tantos magreos cuyo vergonzoso resultado acababa indefectiblemente sobre aquella gabardina de camuflaje que Rodolfo había desistido de llevar a la tintorería, un gasto inútil habida cuenta de que iban al cine cada semana.

Alarmada por los quejidos procedentes de la habitación de Catalina, una Nuria temblorosa como la gelatina avanzó a tientas por el angosto pasillo para dirigirse a la cocina en busca de algún utensilio con que defender a su compañera pues, al tanto de sus estrictas convicciones morales, sólo podía caberle en la cabeza que se tratara de un violador que la estuviera atacando, descartó una sartén de teflón cuyo peso no le pareció adecuado y en un cajón dio con un enorme rodillo de amasar olvidado hacía años pues ninguna de las dos sabían cocinar, y por ende menos amasar, por lo que desconocían la verdadera utilidad del instrumento que ahora, recuperado a medias el aplomo, al sopesarlo se le antojaba tan contundente como la clava de Hércules que en breves instantes iba a estampar con inusitada furia vengadora sobre el occipucio de aquel desconocido agresor —vaya usted a saber cómo había logrado penetrar en la vivienda con lo precavida y miedosa que era Catalina— del que, en la penumbra de la alcoba, sólo logró vislumbrar sus peludas nalgas que subían y bajaban rítmicamente como una bomba de extracción petrolera mientras una

Catalina, aterrorizada ¿gemía de dolor? o tal vez entregada ¿jadeaba de placer?, cuestión que Nuria fue incapaz de dilucidar pues ya se había hecho una composición de lugar, aunque errónea, de lo que allí sucedía y era demasiado tarde.

Al despertar en urgencias, Rodolfo apenas si recordaba lo ocurrido: una vaga sensación de alelamiento le embargaba, sólo sentía un punzante malestar en la base del cráneo objetivo del violento mamporro propinado por Nuria que le había dejado fuera de combate sobre una Catalina pataleantemente insatisfecha al inicio de una segunda ronda con la que esperaba desquitarse de sus años de abstinencia que ahora se le antojaban una de esas múltiples memeces de las que de golpe, al sentir invadidas sus entrañas de una mezcla de dolor y bienestar, había decidido prescindir incluso de la efigie de la imagen sacra que se enseñoreaba en su habitación, pues al parecer la pérdida de su honra había abierto un nuevo camino hacia el placentero éxtasis semejante al que experimentaba durante sus continuadas devociones marianas, análogo al que sentía en aquellos esporádicos conciertos a los que asistía con su novio —sí ahora más que nunca— Rodolfo, en los que la música elevaba su alma a las ignotas esferas de un placer seráfico, dispuesta a repetir la experiencia cuanto antes, felicitándose íntimamente pues ahora, una vez rendida, difícil era que Rodolfo emprendiese su proyectado, a la par que imprescindible, viaje a la Argentina, por ello, en cuanto estuviera medianamente establecido, le sugeriría que remitiese un telegrama a Leguizamón y Asociados para comunicarles el desdichado percance y excusar su presencia en Córdoba por obvios motivos de fuerza mayor hasta que le quitasen el incómodo collarín que colocado como tutor de sus resentidas cervicales debería llevar no menos de dos semanas largas.

Impedido como se hallaba, Rodolfo apenas rechistó pese a la imperiosa necesidad que sentía por partir cuanto antes a disfrutar de su fortuna por esos mundos de Dios y dejar atrás los vestigios de su cóncava existencia, ahora, ya que por fin, tras haber transigido, sentía una menor premura por desaparecer de la vida de Catalina que, sorprendentemente, tras su heroica decisión en la que supo suplir largamente con la intuición todo aquello que la vida a sus treinta años no le había enseñado, sufrió como una revelación y, en secreto, resolvió dejar los cines domingueros, las insípidas meriendas en Lezo e incluso sus reiterativos recitales sabáticos de los que, se dijo, el paciente Rodolfo debería estar hasta los pelos, para evitar el mugriento sofá y empujarlo directamente hacia la cama en donde, con objeto de recuperar los años perdidos con tantas ñoñerías y disparates, anhelaba sumirse sin recato alguno en la vorágine del desenfreno

sexual: un mundo de deleitosas posibilidades que se abría ante sus ojos después del accidente más cuando, para erigirse de nuevo en exclusiva dueña y señora de sus dominios, pues por más de mil excusas que recibiera, había puesto a Nuria de patitas en la calle y, aunque estuvo tentada por arrojarla al contenedor de residuos inorgánicos, haber donado la imagen de la Moreneta a la parroquia cercana donde iba a oír misa los domingos y dónde se había propuesto no volver jamás.

Incapaz de reaccionar, demasiado tarde, Rodolfo advirtió que la fortuna, magnánima en sus favores al premiarle con la lotería, ahora le había tendido una trampa, y como en una pegajosa tela de araña, urdida por los opiáceos suministrados para calmar sus dolores, se debatía entre sus más próximos recuerdos en los que confundía con alarmante frecuencia la realidad con la ensoñación: una Catalina que reclamaba impúdica más contundencia en sus embates, la colosal melopea de su primo Juanito y sus absurdos cánticos de exaltación etílica, Leguizamón y Asociados sorprendidos de que no se precipitara en pos de los millones legados por el difunto tío Néstor, la cara de estupor de don Leocadio compungido al ver escaparse de entre sus garras aquella fortuna, tita Desi babeante en pleno telele, Nuria deshaciéndose en disculpas con las manos ensangrentadas, Yoyobel de Arachu prestándose a sus fantasías más ocultas, los imposibles itinerarios de sus proyectados viajes que ahora debería posponer en espera de su definitivo restablecimiento que, le dijeron, iba para largo.

En los días en que por prescripción médica hubo de permanecer varado guardando cama en el hospital, que tampoco fueron tantos, Catalina, portadora de alguna golosina y un cúmulo de procaces insinuaciones —ya verás cuando te pongas bueno, cariño— no falló ni una tarde en sus visitas durante las cuales, en cuanto las enfermeras les dejaban a solas, aprovechaba para deslizar bajo la sábana una mano trémula para comprobar que el golpe no había afectado las facultades del paciente, lo cual, se mirara por donde se mirase, agradecía doblemente, ya que en honor la verdad Rodolfo no tenía demasiados amigos descontados los dos colegas, a los que resultaba difícil calificar como tales, que pechaban junto a él en el despacho de Alzina: Ernesto y Genaro, sendos mastuerzos cuyo objeto, en sus respectivas vidas, amén de hacer carrera en el foro, eran los aburridos eventos deportivos, en especial el fútbol, léase Barça, por el que manifestaban una unánime pasión y cuyas gestas balompédicas seguían devotamente a través de las páginas del *Sport* y a los que Rodolfo solía consultar cuando, con escasa fe, rellenaba la quiniela semanal, para los lunes convencerse de la poca exactitud de sus vaticinios, lo que le condujo a rememorar sus olvidados conocidos que

se dividían en dos: los compañeros del instituto y los colegas de la facultad a los que apenas frecuentaba obligado por su tía Desideria a dejarse los codos con el Aranzadi de Derecho Civil los domingos y festivos para que se hiciera un hombre de bien —de qué bien— como su padre, que menuda faena le había hecho, al dejarle solo frente a aquella arpía y su ignominiosa prole.

Fue entonces cuando con escasa suerte —no recordaba a ninguno en particular— se entretuvo en pasar revista a los difusos nombres ya sin rostro de sus numerosos condiscípulos, cosa comprensible porque en aquel instituto entraban y salían los alumnos como los usuarios de los transportes metropolitanos en las horas punta, entre los cuales la mayoría apenas merecían su interés: los recordaba en bloque como una masa vociferante dentro y fuera de las aulas que aterrorizaba al personal docente incapaz de gobernarles: ellos y ellas, por mantener, vaya usted a saber por qué, la apariencias, separados en dos frentes, los unos obsesionados por meterles mano, las otras por esquivarlos en público alevosamente —no fueran a hacerse ilusiones— para sacarlos de quicio con sus camisetas ajustadas, sus faldas exageradamente cortas, sus miradas cargadas de lascivia y todos al unísono en espera del fin de semana para dar rienda suelta a sus incipientes pasiones que hacían bullir su sangre adolescente gracias a las intuiciones respectivas de sus explícitos deseos, eran, pensaba Rodolfo condenado a penar en casa los fines de semana en compañía de los sobados Capitán Trueno que su primo ya había leído, un hatajo de memos rijosos al que bien hubiera deseado sumarse en sus excursiones a los cines y a las discotecas de tarde —algo muy difícil sin un duro en el bolsillo— donde, le decían, las chicas se tornaban más accesibles y, al amparo de la oportuna oscuridad que reinaba en aquellos antros, permitían algún revolcón en los sofás rinconeros, o ciertas concesiones más íntimas a pie firme en los servicios como tantas veces le habían contado para calentar su cabeza y causarle esa tremenda agitación que producen los sueños insatisfechos.

Tampoco en la facultad había logrado intimar con nadie: allí cada uno iba a lo suyo y lo suyo particular era intentar acabar cuanto antes la carrera para huir de casa de su tía y establecerse en aquel piso de Gràcia que no podía mantener, hasta que, después de varias ocupaciones eventuales muy mal retribuidas —buzonero de un supermercado, limpiacristales de rascacielos, y vendedor puerta a puerta de productos de limpieza para el hogar— entró en el bufete del avariento Alzina para comprobar que la soledad de su piso era no menos triste que su miserable existencia junto a aquellos detestables parientes de sainete, hasta que se topó con Catalina en el Palau y comenzó su sórdida relación con ella, pues por mucho que lo había

intentado, las mujeres, excepto las Marías mercenarias, huían de él como de la peste ya que con los escasos ingresos que le proporcionaba su trabajo, como partido no podía ofrecer gran cosa, pero se resignaba pues cuando menos le daban para llevar una vida decente, si tal podía considerarse, con sus vermuts, sus paellitas, sus visitas a Robadors sin las que difícilmente hubiera podido soportar el estricto régimen de abstinencia al que Catalina le tenía sometido.

Sin embargo, había una, hubo, una Menchu Risec, hija un acaudalado promotor de viviendas, en una época que éstas proliferaban por la ciudad a un ritmo frenético, a la que durante años Rodolfo estuvo contemplando embelesado desde la prudente distancia de los pupitres de la facultad con la certeza de que ella sería incapaz de descender desde su pedestal para confraternizar con la plebe a la que él pertenecía, al no poder, como tantos otros moscones, otro hatajo de memos que formaban parte de su séquito, invitarla siquiera a un mísero café a riesgo de desequilibrar su ajustado presupuesto y no poder tomar el autobús y tener que cubrir a pie la considerable distancia que separaba su domicilio en Gran Vía esquina Bruc —donde tita Desi le brindaba cama, más bien catre monacal, y comida, escasa como la de los galeotes—, de la facultad allá en los confines de la Diagonal, se resignaba a verla partir en algún coche de aquellos estudiantes más pudientes que siempre se brindaban a acompañarla, y se la imaginada entregándose en el asiento trasero de los mismos pues, según corría en boca de sus compañeros de facultad, la tal Menchu era en extremo permisiva, no en balde había cursado los últimos años de bachillerato en los Estados Unidos donde aquello de *the land of the free* se observaba en casi todos los ámbitos de la vida pero en particular en el concerniente a la promiscuidad entre hombres y mujeres como estaba prescrito por la constitución de ese país que defiende el logro de la felicidad personal de sus administrados aunque sea a base de orgasmos.

Sólo en una única ocasión pudo acercarse a ella durante el baile de tarde de la fiesta del paso de Ecuador de la facultad al que excepcionalmente pudo acudir al pretextar que debía asistir al seminario de Derecho Mercantil, lo que logró convencer a tita Desi siempre avizor del progreso de sus estudios para, envalentonado por un par de copas de Soberano, a pesar de que le temblaban la piernas y le sudaban la manos, se atreviera a sacarla a bailar, proposición inesperadamente aceptada por una Menchu que al parecer pretendía dar celos a su voluble acompañante de turno, un tío de quinto curso que, un tanto ahíto de los favores obtenidos en el interior de su Volkswagen cabrio, mariposeaba ostentosamente entre otras compañeras de curso, sin hacer caso de las miradas furibundas con las

que Menchu le apuñalaba mientras se apretujaba contra Rodolfo en un intento por demostrar al del cabrio que ella no era de su exclusiva propiedad: había otros, como aquel que, evidentemente salido, se frotaba contra sus muslos con el mismo descaro que lo hacen los perros en celo contra las piernas de las señoras, hasta que con tanto bailoteo y tantas vueltas, Menchu acabó por marearse y esfumarse hacia los lavabos de donde jamás iba a regresar pues al advertirlo mister cabrio salió en pos de ella, no fuera que a fin de cuentas se le acabase el chollo.

Con el pleno convencimiento de que aquel engorroso incidente, ahora recuperado en su confusa memoria estimulada por aquellos potentes fármacos que le suministraban para paliar el dolor, habría sido olvidado por Menchu, a excepción de cuando Catalina acudía a verlo para comprobar que no hubiese quedado inservible para las tareas de revancha a la que tenía planeado destinarle —a tal fin se había hecho con una serie de manuales y videos sobradamente explícitos acerca la cuestión, que ahora la tenía sobre ascuas—, Rodolfo ocupaba por completo las largas horas de su convalecencia entreteniéndose en urdir un plan con que desquitarse de aquellos malos tragos que involuntariamente la Risec le había hecho pasar, proponiéndose que ella fuera también a engrosar esa serie de vengativos adioses iniciados para romper con su vida anterior, seguro de que con sus millones daría con el camino indicado, consciente por otra parte de que no resultaría muy difícil localizarla ya que, si bien no la acaparaba, cuando menos era una asidua de la llamada prensa del corazón que Rodolfo socarronamente motejaba «del hígado», pues en su opinión hacía falta hígado para encandilarse con aquellas páginas de colorines que ponían al alcance de los mortales de infantería todas esos inconfesables sueños difícilmente alcanzables en sus mediocres existencias, salvo que se adentraran por los tenebrosos vericuetos de la política, siempre rentable o, como en su caso, el 32566, u otro, viniera a endulzarles la vida, cosa más bien poco probable.

Al concluir el obligado reposo y prescindir del agobiante collarín, Catalina, que por el momento no quería oír ni hablar, decía, de la herencia, ni de Córdoba, ni de Leguizamón y Asociados, con los que Rodolfo insistía con las escasas fuerzas que le quedaban tras el régimen de prestaciones a las que la joven le sometía en una incesante carrera por recuperar los años perdidos, a tal punto que en ocasiones le despertaba en medio de la noche para poner en práctica todas las fantasías vistas en aquellos ilustrativos manuales que había consultado durante la convalecencia de su novio, algo que a él parecía no desagradarle de todo ya que a la vuelta de una semana escasa,

Catalina había adquirido una destreza similar a la de su, por el momento, postergada Yoyobel, a tal punto que Rodolfo, sumido en una permanente confusión y flojera, apenas si se atrevía a salir a la calle, encerrado en el piso de la joven que, para disponer de más tiempo para dar rienda suelta a sus experimentos, había cancelado algunas de sus clases privadas y todos sus conciertos domingueros convencida de haber descubierto las Indias Occidentales de donde erróneamente suponía que procedía el *Kamasutra*, excelente catálogo en edición ilustrada que también adquirió con el resto de material didáctico destinado a hacer sus delicias y, presumiblemente, las de Rodolfo que, entre asalto y asalto, pugnaba por restablecer su mente trastocada aún por la medicación y aquel cambio tan radical en el comportamiento de la pianista a tal punto que diríase, cavilaba, que el garrotazo de la valerosa Nuria lo hubiera recibido ella trocando aquella estrechez que, ahora, a veces Rodolfo añoraba, por una incontenible lascivia que él no lograba mitigar pese a haberse sometido a una dieta de alimentos afrodisíacos, en especial mariscos acompañados por yemas de huevo con azúcar batidas con gaseosa, que según vox populi obraban el milagro de la resurrección de la carne

Esta vez, en un cúmulo de incorrección imperdonable, sin dejar ni una nota siquiera, Rodolfo aprovechó una de las clases privadas de esas que por compromiso Catalina no podía rechazar, y se escabulló por la puerta de la que ella había olvidado echar la llave, para precipitarse a la calle como un poseso en busca de un taxi, y de la libertad y dirigirse, había que obrar con presteza antes de que la pianista regresara y encontrase el nido vacío, a la agencia de detectives La Lupa Diligente, cuyo destacado anuncio, coronado por un inapropiado ojo inscrito en un triángulo equilátero de improcedentes reminiscencias bíblicas, empero toleradas por la laicidad reinante, destacaba entre las páginas amarillas de la guía telefónica de la ciudad, para ofrecer a sus usuarios seriedad, eficacia, discreción y resultados inmediatos y señalar las especialidades de la firma, entre otras, divorcios y localización de personas desparecidas, y Rodolfo al sopesar que, si bien Menchu no había desaparecido, esa opción era la que mejor encajaba en el cometido que pensaba encomendarles, franqueó con decisión la puerta de aquel despacho, sito en un discreto, cómo si no, ático de la calle Aribau cuya apariencia distaba mucho del dispendio que suponía el coste de media página vertical de publicidad en aquella socorrida publicación.

Le atendieron a cuerpo de rey, incluso le convidaron a un café —corto por favor— e insistieron en ofrecerle un cigarro que Rodolfo, esporádico fumador —de hecho sólo solía hacerlo al asistir a las

corridas de toros—, rechazó al ver que se trataba de un mediocre torcido de manufactura filipina, y mientras aguardaba ser recibido por el director de la agencia, a quien, según le dijeron, le gustaba despachar personalmente cada caso antes de encomendárselo a alguno de sus subalternos, se entretuvo en pasar revista a la cantidad de diplomas que ornaban las paredes del despacho y acreditaban los variados cursillos a los que don Armando Muñoz, titular de la licencia, había concurrido: gemología, balística, medicina forense, fotografía nocturna, submarinismo e incluso claqué, pues en cierta ocasión le había caído un caso en el que hubo de vigilar personalmente a una conocida vedette del Paralelo que con sus exuberantes atributos suplía con creces sus lamentables dotes canoras —ni falta que le hacía—, para lo cual hubo de camuflarse como boy en la superproducción *¡Vaya merengue!* —tres meses en cartel—, espectáculo del que fue despedido porque, si bien como detective era un hacha, como bailarín el tal Armando dejaba lo suyo que desear, un tanto disléxico como era, al confundir persistentemente el pie izquierdo con el derecho lo que lograba deslucir la coreografía del conjunto, pero que en su día le libró del servicio militar obligatorio.

Fue al grano:

—¿De modo, don Rodolfo, que usted pretende dar con el paradero de esa Menchu, supuestamente, Risec, porque vaya usted a saber si se ha casado y aún conserva el apellido de soltera?

—En efecto, Risec.

—¿Y cuántos años dice que hace que no la ve?

—Pues muchos, demasiados, porque ella abandonó la carrera en tercero.

—Entonces es de suponer que, al uso, tomase estado poco después de dejar sus estudios.

—Tal vez, aunque nada de ello se menciona al respecto cuando aparece en *Hola*.

—Quizás porque también se haya separado.

—Dios le oiga.

—¿Cómo?

—Cosas mías.

Para evitar a Catalina que a buen seguro, imaginaba, al descubrir su huida no tardaría en presentarse en su pisito de Gràcia, Rodolfo optó por cerrarlo no sin antes darle instrucciones al portero de que si preguntaban por él dijese que había salido de viaje, e ir a instalarse en un hotel modesto, pero muy aparente, de esos con servicio de televisión por cable y neverita en cada habitación, que tampoco era cuestión de despilfarrar su fortuna en gastos superfluos, más cuando el capricho de encontrar la Menchu, era de suponer, le iba a costar un pico considerable como dedujo por el adelanto a cuenta de la minuta que el tal Muñoz le solicitó antes de iniciar la investigación que se iba a emprender inmediatamente —exageró en tono marcial— por tierra, mar y aire, hasta dar con su paradero, pues las señas que podía aportar Rodolfo eran más bien escasas y confusas, no en balde los años habían pasado para correr una densa cortina de humo sobre las andanzas de la desaparecida, pero no obstante removería cielo y tierra —volvió a exagerar— para dar con la susodicha, añadió Muñoz, mientras contemplaba un ajado retrato arrancado hacía tiempo de una revista en el que supuestamente Menchu aparecía rodeada de un grupo de señoritas muy peripuestas acompañadas de un grupo de pollos de esmoquin —entre ellos creyó advertir a mister cabrio—, el día de su presentación en sociedad celebrada hacía muchos años en la masía que los Risec tenían en Llofriu, que Rodolfo conservaba como oro en paño en su billetero, como una reliquia en recuerdo de aquella la tarde memorable en que Menchu se le escapó tras bailar con ella.

Mientras Catalina, desecha en llanto, al haber descartado por improbable una hipotética abducción alienígena, tras hablar con el portero llegó a la conclusión de que su novio se había ido a la Argentina en pos de los caudales de tío Néstor, Rodolfo apenas si salía del hotel pendiente del teléfono como estaba a la espera de noticias de La Lupa mientras entretenía sus ocios con la televisión y el contenido de la neverita que consumía sin orden ni concierto, como iba a tener ocasión de comprobar en cuanto le presentaran la factura, sopesando cuál iba a ser su plan de acción, lo que iba a depender de muchos factores aleatorios, pues si estaba casada, la empresa iba a resultar más ardua siempre y cuando, habida cuenta de sus caprichosos devaneos en la facultad, el matrimonio no representara ningún escollo ni para él ni para ella, pues se había propuesto seducirla, si por el contrario continuaba soltera o se había separado —miel sobre hojuelas — la cuestión se le antojaba menos compleja, pues esperaba que Menchu continuase dedicándose sin demasiados miramientos al cambio compulsivo de acompañantes en una carrera cuya meta, pensaba Rodolfo, carecía de premio final ya que el premio final ella lo obtendría cuando, en calidad de única heredera, su padre dejara

definitivamente sus negocios inmobiliarios por causa de fuerza mayor, esa fuerza inexorable que pone fin a nuestras existencias.

Muñoz le entregó una abultada carpeta fruto de la investigación de los ires y venires de Menchu a lo largo de los años: como era de esperar, en cuanto dejó los estudios, convencida de que lo suyo no era el derecho, se casó con mister cabrio —a partir de ahora, Juanjo—, ¿y qué era lo suyo?, lo suyo era darse la vida padre a costa de la fortuna familiar de su marido como podía desprenderse del informe muy minucioso en el que detallaba continuos viajes de placer desde Berlín a Papeete o desde Barcelona a Buenos Aires —vaya, como tío Néstor—, donde Juanjo, por estrechar vínculos y acrecentar patrimonios había aceptado la propuesta de asociarse con su suegro el señor Risec para ampliar sus especulaciones inmobiliarias en la capital federal, en un país arruinado en el que, por cuatro cuartos, eran capaces de venderte hasta la Casa Rosada, o hipotecarla si se terciaba, con inquilino incluido, y también Nueva York, donde vivió una temporada, París, Roma, Santa Margherita, Rapallo, Posilipo, Mallorca, Menorca, Ibiza, Formentera y Cabrera, en unas permanentes vacaciones jalonadas por los continuos cuernos con que coronaba a Juanjo quien tolerante hacía la vista gorda porque —quid pro quo— como antaño se desquitaba con las otras compañeras del curso de la vida que, atraídas por el penetrante aroma de dólar que exhalaba, eran francamente más numerosas, más jugosas y más accesibles que las de la facultad convertidas ahora en un gentil recuerdo de la época en que conoció a Menchu a quien acabaría por enviar al freír espárragos —porque Juanjo, toleraba los cuernos pero no la publicidad— cuando un paparazzo la fotografió al salir del edificio Dakota muy amartelada del brazo de un famoso rockero a quien la prensa asediaba dado que existían insistentes rumores de que el susodicho sacrificaba en el altar de Ganímedes, algo muy novedoso en aquellos días, lo que no era cierto como podía comprobarse en aquella explícita instantánea.

Pero habían muchas más cosas: sus permanentes escándalos —después del divorcio ya nada podía detenerla, entre otras cuestiones porque había tomado medidas para no tener descendencia— que su padre tapaba como podía acallando a la prensa a base de talonario, su afición por la bebida que incrementaba su salacidad hasta lo inverosímil, decían que se tiraba todo cuanto se movía sin importar raza, religión, estado civil y sexo, sobre todo sexo, lo que le dio por coquetear con no pocas lesbianas de alta gama que la perseguían para ponerla en su galería de trofeos pues, en honor a la verdad, Menchu mantenía su magnético encanto que atraía por un igual a hombres y mujeres, y otras cosas más, cuestiones que iban enardeciendo a

Rodolfo a medida que se adentraba en aquel pormenorizado informe donde, amén de sus apetitos, se incluía una larga lista de amantes que se remontaba hasta mucho antes de que Juanjo la dejara y que Rodolfo no se detuvo a examinar en detalle por no desesperarse al fantasear con la oportunidad perdida la tarde del baile cuya indecisión, se culpaba, permitió que Juanjo se la llevara ante sus narices, sin dejar de preguntarse por otra parte qué hubiera hecho con Menchu en aquellos años de miseria, si ella le hubiera concedido sus favores.

No se le escapaba que aquella soñada situación jamás hubiera llegado a prosperar, supongamos, sin embargo, se decía, que prendada de mí, hubiese cedido a mis encantos, ¿cómo hubiese logrado mantener la llama surgida durante un simple baile que, a buen seguro, se hubiera extinguido a la mañana siguiente al primer alka-seltzer? ¿rodeándose de una aureola de misterioso malditismo como el Pijoaparte? ¿llevándola en autobús a bailes y verbenas populares? ¿a los autos de choque? ¿invitándola a las carreras de galgos habida cuenta que en el canódromo no había que pagar la entrada? ¿paseándola por el parque de la Tamarita para ludirla en los bancos, en espera de una entrega definitiva? ¿o a ver los títeres en el Turó Park?, no, ni tan siquiera podía llegar a costear esas económicas diversiones con tita Desi dueña de la bolsa que mantenía casi siempre cerrada por lo que no hubiese dudado en arramblar con los cuartos que sabía guardaba en una vieja lata de galletas Birba escondida en la alacena para que Juanito no diese con ellos, pero al calibrar el tren de vida de su amada reconocía que ese tesorillo no hubiera alcanzado para gran cosa, no obstante, ahora la situación había cambiado: ahora iba a los toros en barrera, ahora frecuentaba el Arachu, ahora se ponía de marisco y paella hasta el copete, sí, los tiempos habían cambiado y ahora sí podía cuando menos aspirar a llamar la atención de Menchu, nada más fácil, ahora sólo tenía que frecuentar sus dominios y que halagar sus gustos que venían acto seguido pormenorizados en el informe.

Continuaba viviendo en Barcelona en un piso de soltera, por así decirlo, situado en el Paseo Bonanova, en un exclusivo bloque de los construidos por su padre, faltaría más, desde donde se dirigía a pie tres veces por semana al Iradier para mantenerse en forma —pilates, piscina, sauna, masaje— y a su vez mantenerse informada de los últimos chismes de la ciudad, practicaba la equitación en el Polo, asistía a clases de tango, cursos de cocina creativa, jugaba a tenis en el Barcelona, tomaba el sol en una playa nudista de Sitges, asistía al Liceo para ver y hacerse ver —la ópera era lo de menos—, con regularidad visitaba a Madame Komorowska, vidente y polaca de

Mataró a quien, al igual que muchos otros jerarcas de la Generalitat, consultaba sus cuitas para seguir a rajatabla sus consejos que comparaba con los horóscopos de la prensa diaria, las noches en que salía cenaba en los restaurantes de moda para acabar la velada en alguna de las discotecas del momento, le pirraba la cocina japonesa, los vinos de Burdeos y de la Ribera del Duero, eso sí, el champán francés, qué otro si no, el whisky de Malta —de la isla claro, se dijo Rodolfo una nulidad en gastronomía—, los gintónics de Tanqueray, no fumaba, lo había dejado, pero al hacerlo tiraba de marihuana que le suministraba un viejo amigo venido a hippy en los setenta que alternaba Formentera con la ciudad condal, se vestía de Saint-Laurent, de Kenzo, o de cualquier otra firma que estuviera en el candelero, se calzaba con Manolos y sus bolsos eran de Hermès, Louis Vuitton y Chanel, acudía a todos cuantos desfiles de moda eran de obligaba asistencia, se desplazaba en un Cayenne turbo color cereza obsequio de Juanjo poco antes de la rotura, y su pasión por los viajes, según se desprendía del detallado informe, era notoria, en suma, un tren de vida sopesó Rodolfo en el que con facilidad podían diluirse sus millones si atinaba a hincarle el diente, pero a qué preocuparse, a qué ir tan lejos si su único propósito era despedirse de aquel fantasma del ayer que había permanecido agazapado en su memoria durante tantos años.

El primer paso antes de comenzar el asedio, consideró Rodolfo, era mejorar su aspecto algo desaliñado al que Catalina parecía no prestar excesiva importancia y desprenderse de su habitual vestuario, pues si pretendía coronar la cima debía despojarse de su ajuar de escalador de baratillo: trajes, americanas y pantalones, camisas, corbatas, zapatos y también calzoncillos, la mayoría aparentes aunque algo raídos que difícilmente soportaría el examen del ojo crítico de Menchu, acostumbrada, tal como se desprendía del dosier de La Lupa, a codearse y revolcarse con lo más elegante de lo más elegante, de modo que comenzó un periplo por el Paseo de Gracia en busca de sus nuevas galas, pero tras visitar un par de tiendas reconsideró con cautela sus propósitos al calibrar que tal vez su ritmo de compras —trajes, americanas y pantalones, camisas, corbatas, zapatos y también calzoncillos—— fuera excesivo para darle un simple adiós, pues qué iba a hacer con tanta ropa a la hora de partir ligero de equipaje como se había propuesto.

Llegó al hotel cargado de paquetes y en la habitación, ante la luna del armario, presa de una febril actividad, comenzó a probarse la ropa e intentar combinar adecuadamente americanas, corbatas, pantalones, pues lo trajes —serios al fin— era mejor dejarlos para sus salidas nocturnas si tal ocasión se presentaba, pero, claro, para que ésta se

presentarse era imprescindible salir al encuentro de Menchu, darse a conocer, ¿sin embargo, cómo, dónde? ¿abordándola cuando acudía a pie al Iradier? ¿apostándose a la puerta del Liceo cuando hubiera función? ¿acodándose en la barra del Dry Martini —que los de La Lupa habían consignado que frecuentaba— a la espera de que se le antojase un gintónic de Tanqueray a media tarde? ¿presentándose en el Polo o en el Barcelona a los que no podía acceder por carecer del imprescindible carnet de socio amén de que a él ni montar ni jugar al tenis le decían nada? y entonces dio con la solución más sencilla: apuntarse a las clases de tango donde Menchu acudía, democrático entretenimiento practicado por un amplio sector de la sociedad lo que le permitiría volver a tenerla entre sus brazos como esa tarde cuyo recuerdo martilleaba su memoria y le había impulsado a emprender aquella empresa, con la que pretendía romper con cuanto oliese a miseria vetusta compañera de viaje desde no hacía tanto, sí, clases de tango.

La escalera, siempre en penumbra aún con la luz encendida, era angosta y sus peldaños afilados por el uso cual navajas albaceteñas, en el rellano del entresuelo un letrero pobremente iluminado rezaba: Academia de Baile Carlos Alberto Mansilla, Diplomado en bailes de salón, un localucho situado en el centro de la ciudad donde los de La Lupa le informaron que Menchu, cuando estaba en la ciudad, iba a tomar clases para mantener frescos los conocimientos adquiridos durante sus largas estancias en Buenos Aires en tiempos de Juanjo.

—¿En qué puedo servirle?

—Desearía aprender el tango.

—¿Iniciación? ¿Avanzado? ¿Profesional?

De nuevo se planteaba otro dilema pues era de suponer que Menchu, cuando menos, asistiera a las clases avanzadas, de modo que, en un rasgo de osadía Rodolfo tuvo que inclinarse por aquella opción, pese a que jamás en su vida hubiera aprendido a dar un paso de baile sometido como estaba al férreo control de tita Desi, a no ser que pudiera entenderse por bailar las veces en que, en cuanto su tía abandonaba el cubil para dirigirse a sus quehaceres —el super, la pelu y el callista— olvidándose el llavín, él se escapara a saltar a la comba con las niñas de la portera, a riesgo de ser pescado infraganti por la guardiana del calabozo.

La sala estaba a media luz como oportunamente rezaba el viejo tango, las parejas evolucionaban a las órdenes de el del bisoñé, el

mismo que había atendido a Rodolfo y por descontado el mismísimo Carlos Alberto Mansilla, un porteño que llevaba cincuenta años en Barcelona luchando con denuedo por no perder su acento bonaerense clave, entre otras cosas, de su modus vivendi, pero de Menchu ni rastro, tal vez era demasiado pronto se consoló Rodolfo a quien momentáneamente le habían asignado como pareja a una imponente matrona crumbiana empeñada en ignorar que en el tango es el hombre quien lleva y que, sin miramientos, arrastraba a Rodolfo arriba y abajo de la pista de baile sin atender a las barridas, colgadas y sacadas de rigor para desesperación de don Mansilla, a la postre convencido que lo de avanzado era un farol que se había tirado el nuevo alumno que no alcanzaba ni el grado de aprendiz en la masonería tanguista del Gran Oriente Rioplatense, de la que él era gran maestre, y dirigiéndose con decisión al tocadiscos detuvo momentáneamente a la orquesta con lo que la matrona hizo lo propio y su pareja liberada de aquella opresión asfixiante pareció volver de muerte a vida al recuperar el aliento.

—¿Pero vos, por qué me dijiste avanzado si no sabés ni dar los ocho pasos? No podéis construir un galpón y comenzar por el tejado.

Bien cierto era, pero Rodolfo le recordó que había pagado avanzado y que avanzado se quedaría ya que si bien el tango le importaba un pepino —descubrió sus propósitos— su intención al inscribirse en la academia era darle una sorpresa a una vieja compañera de estudios.

—La pucha, y por qué no comenzó por eso.

El del bisoñé, ocasional Cupido, informó al recién rebajado a la categoría aprendiz que una de sus más aventajadas alumnas, la señorita Risec —apellido que pronunció con admirativo fervor—, llegaba más tarde, si es que llegaba, algo que Rodolfo ya había supuesto, y que entretanto para coger —don Mansilla empecinado dijo *agarrar*— el aire al asunto: el tango, podía seguir su aprendizaje en compañía de la enérgica morocha —dijo para afirmar su argentinidad —, siempre presta a estrujar a sus parejas: único objetivo según se desprendía de su enérgico comportamiento que le impelía a tomar clases de baile, argucia mediante la cual, aunque fuera por unos minutos a la semana, Margarita, delicado nombre floral por el que aquella mole humana atendía, se hacía la ilusión de sentirse amparada por los brazos de un hombre sin atinar que con ella los amparados eran sus sufridas parejas que por lo habitual eludían su compañía especialmente en verano, cuando sobre la ciudad cae ese insoportable manto de desagradable humedad pegajosa que la caracteriza y que

mantiene a sus habitantes durante todo el día como dentro de una monumental sauna.

Y, barrio plateado por la luna, por una cabeza, amores de estudiante, íncipit de los títulos más clásicos del repertorio que se mezclaban con otros más salaces, censurados tras el golpe de estado del general Uriburu cuyo origen —salvo el del bisoñé— desconocían los alumnos, mientras Rodolfo pugnaba por impedir el osuno abrazo de Margarita que parecía extasiada tarareando por lo bajini con los ojos entornados de satisfacción mientras volvía a arrastrar arriba y abajo de la sala a aquella víctima que don Mansilla le había graciosamente ofrendado —tenía que cuidar al alumnado— y los minutos se deslizaban perezosos hasta alcanzar la hora de finalizar la clase sin que Menchu hubiese hecho acto de presencia porque llegaba más tarde si es que llegaba y quedaba claro que aquella tarde no iba a llegar.

Sin embargo, dado que la Academia de Baile Carlos Alberto Mansilla etcétera era el único lugar donde tenía posibilidades de reencontrar a Menchu, Rodolfo, jugándose la vida al esquivar los bordes filosos de los puñeteros escalones, regresaba un día tras otro con la esperanza latiendo en su corazón sin que el desaliento hiciera mella en su confuso ánimo ya que no era cuestión de abandonar su objetivo escurridizo como un congrio, no obstante, recapacitaba ¿y si, precisamente ahora que se había decidido a abordarla, el hado caprichoso le había vuelto o no la espalda? por ello no cejaba en sus visitas a aquel templo del tango, porque ¿y si Menchu se hallara de viaje?, pues cuántas veces la había llamado a su casa —el teléfono se lo dieron en La Lupa— para cerciorarse, y se topaba con el aquel impersonal mensaje del contestador telefónico que invariablemente repetía: «hola, soy Menchu, ahora no estoy en casa, deja tu mensaje» a lo que él hacía oídos sordos porque una respuesta del estilo «hola Menchu, me gustaría verte, soy Rodolfo Puigmal, aquel compañero que la tarde del baile de la fiesta de paso del Ecuador estuvo bailando contigo hasta que mister cabrio —bueno quiero decir Juanjo, diría— desapareció contigo para perderte por siempre jamás», se le antojaba tan largo como confuso, pese a ello, por el momento, al no dar con ella en la academia, se acostumbró a llamarla lo menos tres veces al día para escuchar su voz que sonaba medio interesada y medio displicente, como habituada a que todo bicho viviente anduviera tras de ella para rendirle pleitesía.

Los días transcurrían planos como lenguados y, amodorrado entre sesiones maratonianas de televisión regadas con los productos alcohólicos de la neverita, en cuanto llegaba la tarde, como un

autómata, Rodolfo se acercaba a la academia para recibir las clases de don Mansilla y los achuchones de Margarita, a los que había llegado a acostumbrarse a tal punto que incluso los recibía con cierta creciente delectación ya que la tanguista, a pesar del volumen que desplazaba, gozaba de ese encanto dionisíaco de las esculturas de Botero, en especial cuando, al trazar las figuras a las que el tango obliga, lo zarandeaba y le metía su poderoso muslo —derecho o izquierdo según procediera— entre las piernas, lo que habida cuenta de que por el momento había dejado de frecuentar a la extenuante Catalina, causaba en Rodolfo una enhiesta satisfacción de bienestar que no podía pasar inadvertida por su pareja de baile consciente de que la provocaba adrede, sin embargo, al concluir las lecciones como avergonzados por sus escarceos cada uno tiraba por su lado, Margarita a tomar el metro hacia su ignoto domicilio en el Guinardó donde, se decía en la academia, regentaba un salón de quiromasaje y Rodolfo rumbo a Arachu a desahogarse con Yoyobel.

Y por fin un buen día, cuando Margarita una vez más embestía impetuosa al atribulado Rodolfo, cuyas esperanzas de ver a Menchu iban diluyéndose con el paso de las tardes y de los tangos, se abrió la puerta del salón y envuelta en una mística aureola propia de una aparición celeste, la sala se llenó de luz con la ansiada presencia de Menchu que, pañuelo al cuello, siempre ataviada de acuerdo con las ocasión, lucía un ajustado body negro y estrecha falda a juego con la clásica raja por la que, embutido en una media de malla también negra, aparecía un sugerente muslo cargado de promesas, cuya contemplación hizo que Rodolfo perdiera el paso para ser arrollado por su pareja con tan mala fortuna que ambos vinieron a dar contra el suelo donde costó dios y ayuda que fueran izados por el resto de bailarines operación a la que Menchu se sumó gentilmente, sin advertir que el desdichado que pugnada por liberarse de su aplastante pareja no era otro que Rodolfo Puigmal, aquel compañero que la tarde del baile de la fiesta de paso del Ecuador estuvo bailando con ella hasta que Juanjo la acompañó a los lavabos y, una vez recuperada tras copiosas abluciones, la acompañó a su casa no sin antes dar un rodeo hasta el castillo de Montjuïc donde, según costumbre, acabó poseyéndola en el asiento trasero de su Volkswagen cabrio, cuya tapicería, víctima inocente de los interruptus clamaba cuando menos por una limpieza a fondo o si no su oportuna sustitución.

No le reconoció, perdona, no te había reconocido, chico —le dijo Menchu—, pero si tú eres aquél que en el seminario de Mercantil me lanzaba continuamente lánguidas miradas de cordero degollado, aquel que con un pestazo a coñac barato difícil de olvidar me sacaste a bailar cuando el paso del Ecuador, que, por cierto, no te ofendas, te

sudaban la manos de nervios ¿acierto? —buena memoria—: ¿acabaste la carrera?, ¿qué ha sido de tu vida?, ¿te casaste? ¿a qué te dedicas?, preguntas que acorralan a Rodolfo incapaz de articular ni una sílaba alelado como anda en la contemplación de ese bello rostro de labios carnosos, libres de bótox, que enmarca la corta melena castaña estilo Louise Brooks de su interlocutora, sin dar crédito a tenerla sentada frente a sí en ese barucho cercano a la academia donde tras el incidente, después de liberarlo de la asfixiante mole de Margarita, con su legendario desparpajo, Menchu se ha empeñado en invitarle a una copa para que se recuperase del susto, brindar por el reencuentro, y hablar como si tal cosa, como si en la facultad hubiesen sido íntimos, y comprobar que para ella los años parecen no haber transcurrido: firmes los senos, prietas las nalgas, turbadoras las piernas, gracias al permanente ejercicio que, según el informe de La Lupa, por lo visto se han abierto generosas en demasiadas ocasiones, y Rodolfo extasiado en la contemplación de ese cúmulo de prodigios recupera de golpe su fe en el hado dispuesto a no perder la oportunidad que de nuevo le brinda ya que a Menchu se le ha calentado la cabeza con tanta de ginebra de garrafón, no había Tanqueray, y no paraba de cogerle la mano en tono confidencial para insistir que le dé noticias de sus andanzas que qué le iba a contar de Alzina o de tita Desi y Juanito, o de Catalina, cúspides a su pesar de la opaca existencia que arrastra: esos años de obligadas privaciones que han marcado su vida, para despojarle de sus sueños diríase ahora recuperados.

Pues yo, ya ves: dejé la carrera para casarme con aquel chico de la facultad, Juanjo ¿recuerdas? —le orienta como si Rodolfo no estuviera al tanto—, pero acabé divorciándome porque no había reparado en sus celos enfermizos, Juanjo era un moro —miente—, un coñazo, que si de dónde vienes, que si a dónde vas, un calvario, de cuatro años, demasiado tiempo perdido en dar explicaciones, y viajar arriba y abajo —aquí enumera los lugares donde ha vivido— como si huyésemos tal vez de nosotros mismos, hasta que recalamos en Nueva York, la capital del mundo, donde me sentía menos atosigada por su dichosa obsesión de inmiscuirse en mis asuntos, privados —añadió—, y tras el divorcio regresé a Barcelona donde me mantengo en dique seco, sin ataduras permanentes, libre de ir y venir donde me plazca sin tener que justificarme ante nadie: ahora soy libre de nuevo por fin, libre de tomarme una copa con un viejo amigo —el estupor de Rodolfo iba en aumento— y recordar los tiempos dorados de la juventud —aquí hace una pausa para pedir otra copa y con la voz un tanto tomada por la ginebra, se enzarza en una serie de consideraciones para llegar a la conclusión de que en el fondo—: mi vida sentimental ha sido un fracaso estrepitoso, por suerte mis padres

se portan muy bien conmigo, si no fuera por ellos, porque el canalla de Juanjo, arguyendo no sé qué historia de infidelidad —la del rockero, supone Rodolfo— consiguió salirse de rositas y librarse de pasarme una pensión, merecida aunque sólo fuera por haber tenido que soportar aquel incordio, su inquisitivo comportamiento y sus continuos líos de faldas: sus cambiantes secretarias y aquellas buscavidas que le asediaban porque Juanjo, todo hay que reconocerlo, era muy bien parecido y en la cama —y en los asientos traseros de su cabrio— era un dios, ante las que yo con mi acostumbrado fair play hacía la vista gorda y —añadió— me desquitaba, qué menos, para que sus sospechas, a la postre, cobrasen fundamento.

La confesión de Menchu a grandes rasgos concordaba con el informe de La Lupa para poner los dientes cada vez más largos a Rodolfo que ahora, frente a ella, absorto en la contemplación de su sueño materializado al fin, dudaba de sus primigenias intenciones: seducción y abandono, pues, se decía ¿por qué no gozar de aquel festival de mujer con la que tantas veces había soñado? total, los barcos esperan, los trenes esperan y Menchu, cada vez más cálida en la distancia corta, se diría que también esperaba a que él iniciase el cortejo: total, no vendría de uno más, y Rodolfo aceptó el reto cuando ella al volver a cogerle la mano, la asió con fuerza sin permitir que ella la retirase y se la llevó a los labios fervorosamente como quien besa una reliquia para implorar un milagro y advertir que ella recibía el homenaje con notable satisfacción a pesar de que como antaño sus manos sudaran por la emoción y los nervios acumulados desde la tarde en que ella desapareció rumbo a los lavabos escoltada por el solícito Juanjo, para no volver jamás.

Pero había vuelto y a juzgar por el interés que Menchu manifestaba el asunto a todas luces prometía: ella, después del beso, había retirado su elegante mano ornada por un sobrio solitario —¿regalo de Juanjo o de sus padres?— para llevársela a su vez a los labios y pasar la rosada punta de su glotona lengua sobre la húmeda huella que Rodolfo, como el cerco que deja un vaso helado sobre una mesa, había estampado en su mano, evidente indicio de lo que podría llegar a hacer en la intimidad Menchu de presentarse el momento tanto tiempo anhelado que él se empeñaría en propiciar a toda prisa por lo que, pese a que ella dijo que invitaba, Rodolfo adelantándose llamó al único camarero del local entretenido en la barra en echarle los tejos a una espléndida quinceañera, para que ipso facto le trajese la cuenta y ya en el taxi —Menchu nunca utilizaba el Cayenne cuando bajaba al centro y Rodolfo, pese a su reciente fortuna, había desistido de comprar un coche porque lo consideraba una servidumbre en aquella ciudad trampa donde no había ni un palmo libre para poder

dejarlo como no fuera aforando— decidirían donde iba a concluir el encuentro, porque se sobreentendía que la cosa no iba a acabar allí más cuando en la proximidad del asiento trasero del taxi —qué hechizo ejercían los asientos traseros sobre Menchu—, aunque espacio había de sobras, para dejar al descubierto sus intenciones, ella se aproximó tanto a Rodolfo que acorralado súbitamente le invadió el temor de no estar a la altura de las circunstancias al llegar, si llegaba, el soñado a la par que temido momento de la verdad.

Pese a estar seguro de que tras recalar en varios bares de moda donde Menchu mientras tanto —besos y abrazos— no paraba de saludar a todo bicho, escalaba las cimas del más agudo etilismo, por fin llegaron a buen puerto pero al despertarse la mañana siguiente Rodolfo confuso fue incapaz de reconocer el lugar —estaba convencido de que habían ido a su hotel— pero de pronto recordó cómo ella había insistido en tomar la última —¿aún más?— en su casa donde, dijo, podremos ponernos más cómodos, lo que evidenció al despojarse de sus galas de tanguista para aparecer enfundada en un cómodo batín y desplomarse junto a él en el sofá donde petrificado de asombro Rodolfo había asistido al cambio de vestuario de Menchu que por descuido, o adrede, había dejado la puerta de su habitación lo suficientemente entreabierta para ofrecer el magnífico espectáculo de su rotundo cuerpo desnudo en una incitante sugerencia, como para conceder licencia para dar inicio a los prolegómenos de la segunda parte de aquella velada que prometía compensar con creces su interminable espera, sin embargo, cuando osado su mano trémula se dispuso a escalar por aquel muslo atezado que afloraba de su sucinto batín, advirtió que Menchu había reclinado sumisa su cabeza sobre el respaldo del sofá para quedarse frita como un niño de pecho tras el biberón al dulce compás de unos leves gruñidos que emitía rítmicamente.

Ahora lo recordaba todo y armándose de valor tras un titánico esfuerzo, Rodolfo logró cargar con aquel cuerpo liviano que el sueño había trocado en mercurio y a tientas, medio a rastras, intentó esquivar una serie de pequeños muebles de dudosa utilidad —la mesita de té frente al sofá, con la que topó dándose un golpe en la espinilla, un revistero, un escabel, otro golpe en la misma espinilla, un pebetero y otros cachivaches— sembrados por doquier que como en una carrera de obstáculos jalonaban el amplio salón, consiguió trasladarla a lo que no podía ser más que su alcoba: una suite lujosamente decorada presidida por una cama monumental sobre la que depositó los restos del naufragio mientras maldecía su negra suerte al contemplar cómo del techo pendía un enorme espejo como esos de los meublés donde acudía con Yoyobel y otras Marías, cuyas

deliciosas multiplicaciones estimulaban las industrias de los yacientes, algo que no iba a poder comprobar de momento con una Menchu fuera de combate a la que, para no sucumbir ante la tentación, desistió de despojar del batín para que una vez desnuda durmiese más a gusto pues toda perspectiva de gozar de sus incuestionables encantos se había ahogado en un mar de gintónics y él, mal le pesara, no dejaba de ser un caballero lo cual, bien mirado, siempre es una lata, y por un instante tuvo la sensación de haber hecho el primo como durante el resto de su vida y se dispuso a regresar al hotel.

No hubo forma de dar con las llaves del piso, tampoco se atrevió a despertar a la bella durmiente —si no había hecho por acometerla ¿ahora para qué?— y en principio pensó en acurrucarse a su lado, maldormir un rato, aguardar a que se espabilara y escapar de aquella lujosa jaula donde por causas ajenas a su voluntad había quedado atrapado, pero fue en vano porque Menchu se había espatarrado sobre el lecho, sin dejar ni el más mínimo resquicio donde tumbarse y ahora mostraba sus atributos en todo su esplendor —su pecho enhiesto afloraba desafiante por la apertura del batín— lo que, por un momento, hizo que reconsiderara sus buenos propósitos y le asaltó la duda como en los dibujos animados: por un lado el Rodolfo demonio de lujuria, con cuernos, rabo y tridente, le decía «no seas idiota, chúpale las tetas, tíratela», por otro el Rodolfo ángel de castidad, con sus alitas y su aureola luminiscente insistía «compórtate, respétala», ¿qué hacer, tirársela o respetarla cuando los indicios recabados en su excursión nocturna no dejaban lugar a duda sobre las intenciones de Menchu? y enfrascado en sopesar la disyuntiva abandonó la habitación y tomó asiento de nuevo en el sofá para quedarse al punto profundamente dormido hasta que a la mañana siguiente al regresar al mundo vigil tardó lo suyo en reconocer el lugar en donde se hallaba, pues él hubiera jurado que habían ido a su hotel.

Menchu seguía dormida mientras Rodolfo deambulaba por el piso como un león enjaulado —la puerta de servicio al lado del office también estaba cerrada—: no le quedaría más remedio que esperar a que la durmiente despertara de motu proprio, tal vez un beso la desencantara, se dijo, pero no, no quería ser tachado de impertinente ni de aprovechado, no quería perder los puntos ganados la noche anterior, puntos que le conducirían a perpetrar su, ahora cada vez más confusa, misión, mejor esperaría, total eran la once dadas y era previsible que en breve se hartase de dormir pero, al entrar de nuevo en la alcoba de Menchu, comprobó que continuaba pesadamente dormida, sin embargo, ahora había adoptado un posición fetal junto a un borde de la cama y rendido como estaba —desmadejado en el sofá había adoptado una mala postura y sentía el cuerpo entumecido—

decidió acostarse a su lado para descansar un rato en condiciones, cerró los ojos —una inclemente luz se filtraba por las rendijas de una persiana mal encajada— no sin antes dirigir la mirada hacia arriba y recrearse unos instantes en las imágenes que le devolvía el espejo del techo.

Súbitamente despertó erecto, de nuevo sacudido por una sensación placentera, ¿dónde se hallaba? ¿cuánto tiempo había transcurrido?, a horcajadas, alguien que piadosamente suponía había logrado bajar la persiana herméticamente, oculto parcialmente por la penumbra, cabalgaba sobre él con inusitado brío, sin embargo, no pudo vislumbrar su rostro, alzó la vista pero el espejo no devolvía la doble imagen: no había espejo, desorientado alargó la mano hacia el interruptor para desenmascarar a quien le ofrecía sus húmedos encantos, pero no lograba dar con él, algo del todo punto inútil porque de repente comprendió que no se hallaba en su hotel, ni en casa de Menchu, e instintivamente Rodolfo se dio la vuelta y de manera mecánica continuó moviéndose y jadeando hasta que, coreado por una serie de profundos gemidos, se dejó ir como de costumbre para derramar todas sus frustraciones y toda su rabia sobre Catalina, prometiéndose a un tiempo olvidar, sus fantasías, sus millones, sus Marías, sus parientes y a esa difusa Menchu que, como tantos otros, entendía, sólo eran una sarta de quimeras borrosas e irrecuperables y regresar resignado a la realidad para desistir del resto de sus proyectados adioses pues, intuyó, ya no eran necesarios.

La prima Adelina

Para Cecilio, l'Hardi

Su madre quiso ponerle Adela a secas, pero al caer en que el diminutivo, Adelita, siempre les traería a la cabeza el homónimo corrido revolucionario mexicano que Nat King Cole, en un español de pacotilla, había popularizado hasta el hastío, su padre, acérrimo admirador de Beethoven, sugirió Adelaida. Camino de la parroquia para concertar la fecha del bautizo, de mutuo acuerdo, sin embargo optaron por un tercero, un tanto cursi eso sí, pero como le hacía tanta ilusión a la abuela —de tan avanzada edad, la pobre— a la cual en el momento más inoportuno, podía darle el definitivo telele, decidieron darle gusto a la buena mujer y cristianar a la recién nacida como Adelina. La abuela sentía predilección por aquel nombre pues el padre de la buena señora, gran aficionado al belcantismo, en vida siempre andaba elogiando los méritos de Adelina Patti, aquella prima donna madrileña que, durante el último cuarto del siglo xix se había enseñoreado sobre los escenarios de los más destacados coliseos del orbe y que él, en su juventud, había tenido ocasión de oír en El Real en una *Lucia* de libro. Así que, aunque un tanto traído por los pelos, la neonata recibió inmutable las aguas bautismales bajo la advocación de aquella santa benedictina francesa, tras lo cual, dócil cual inocente cervatilla, con el transcurso del tiempo Adelina comenzó a crecer en edad, sabiduría y gracia delante de Dios y el público en general, sobre todo ante el masculino, debido a que sus innegables atributos físicos, que corrían parejos a su preclara inteligencia, convirtiéndola en la excepción viviente de esa regla que sentencia que la belleza mal casa con el caletre.

Con los años Adelina, cuando alcanzó la edad del pavo, se convirtió en el oscuro objeto de los imprecisos deseos de los compañeros de clase de Monchito, su primo secretamente enamorado de la joven con el cual los domingos por la tarde acudía a las sesiones cinematográficas del cine del Virtelia, colegio en el que Monchito cursaba tercero de bachillerato, donde Adelina —morena, metro setenta y tres, ojos verdes y busto generosamente desafiante y dos años mayor que él— causaba furor entre la muchachada, habitualmente salida. No obstante, para evitar ciertas enojosas contingencias, Monchito, que actuaba en su doble calidad de privilegiado pariente y sufrido carabina, tras situar a su prima en cualquier butaca aneja al pasillo, tomaba asiento a su lado con lo que, ángel custodio de castidad, prudentemente evitaba que algún moscón de aviesas intenciones pudiera situarse al lado de Adelina para

intimar, precaución un tanto inútil pues ella, hija ejemplar de María, jamás hasta el momento se hubiese prestado a aceptar cualquier furtivo intento por estrechar relaciones con los compañeros de su primo posiblemente porque, habida cuenta de sus firmes convicciones cristianas, sospechaba que aún no era la hora de que el príncipe encantador, padre de sus hijos, aún no había llegado o porque, tal vez, dada la escasa información de la que disponía en torno al universo masculino y de lo que bajo sus pantalones se ocultaba, un temor indescriptible a que los pecados de pensamiento se convirtiese en pecados de obra, se apoderaba de ella.

Luego por lo habitual, al concluir la fatigosa doble sesión cinematográfica, Adelina, acompañada siempre por Monchito, acudía a casa de su amiguita Lolín Fraile, compañera de curso en las Damas Negras, hermana mayor de una numerosa familia, cuyos padres tenían a bien reunir a los amiguitos de sus hijos en unas meriendas dominicales con baile que se prolongaban hasta las nueve de la noche, oportuno momento en que los invitados abandonaban la fiestecita para llegar a cenar a sus respectivos domicilios antes de que los portales cerraran, y en las que el alcohol, cerveza incluida, estaba proscrito. Era una sabia medida adoptada por el señor Fraile, conspicuo notario de la ciudad que, al recordar sus farras estudiantiles en las que algunos de sus avispados compañeros hacían correr el vino con el ánimo de doblegar la escasa voluntad de sus compañeras —más bien pocas—, no estaba dispuesto que tales orgías se repitieran en el hogar de un ferviente militante de Acción Católica, institución a la que se había afiliado al acabar la guerra, con el fin de hacerse perdonar sus pasadas simpatías republicanas.

Y en uno de esos pudibundos guateques tutelados por los señores Fraile que, atrincherados en el cuarto de estar, sorpresivamente por turnos hacían acto de presencia en el salón de baile ubicado en el comedor de la casa, donde se había corrido hasta la pared la pesada mesa que presidía la estancia, para evitar que las parejitas, en especial los chicos, se propasasen, fue donde Adelina lo conoció.

Su fama le precedía, Félix, en boca de todas, el apuesto capitán del primer equipo de balonmano del colegio San Miguel, institución docente regentada por los padres misioneros del Sagrado Corazón, defensores a ultranza de las actividades deportivas como paliativo a los naturales impulsos propios de la adolescencia, medida adoptada unánimemente por todos los colegios religiosos de la época en observancia del *mens sana*, irrumpió en la sala con el paso decidido de los triunfadores. Al punto Adelina, por lo habitual un tanto in albis en cuestiones de índole sentimental, producto de su inexperiencia y falta

de interés en aquellas cuestiones, como hechizada reconoció en Félix a uno de esos príncipes, sino encantados, cuando menos encantadores que por lo general protagonizaban las portadas de la colección *Azucena,* que Adelina, para sumergirse en un universo de fantasía, atesoraba semana tras semana, cuya gallardía corría pareja a la pureza de sus intenciones, algo que distaba mucho del comportamiento de Félix que, en cuanto tuvo ocasión de sacarla a bailar, evidenció no estar dispuesto a respetar las distancias acostumbradas impuestas por la decencia que debía caracterizar a un hogar cristiano tal que el de los Fraile. Pese a ello y aunque advertida en numerosas ocasiones por su director espiritual sobre los turbios propósitos de ciertos jóvenes calaveras que pretendían sorprender la pureza de las siervas de María, Adelina, venciendo sus atávicos temores e impelida por un impulso interior jamás experimentado —¿tal vez había llegado la hora?—, atraída como el hierro por la magnetita, se dejó atenazar por los robustos brazos del osado paladín y, presa de un místico arrobamiento se dejó mecer, mejilla contra mejilla, al son de aquella almibarada canción que, interpretada por aquel famoso quinteto vocal estadounidense situado el primero de la lista de éxitos del momento desde hacía varias semanas, emergía del afónico altavoz del tocadiscos portátil que los Reyes Magos habían traído a Lolín las pasadas Navidades. *Only you,* proclamaban con convicción melifluos los intérpretes y aunque Adelina no sabía ni papa de inglés —las Damas Negras, para hacer patria sólo impartían como lengua moderna opcional el francés— intuía que aquellos versos albergaban un contenido incuestionablemente romántico a juzgar por todo cuanto experimentaba de cintura para abajo algo análogo, según podía advertir, a lo que le ocurría a Félix que no paraba de moverse para situarse en una posición estratégica más cómoda o, cuando menos, más placentera, hasta que, surgido de las tinieblas del pasillo, el sigiloso padre de Lolín sin temor a rayar el disco, rassss, con un autoritario tirón puso fin al *Only you* para anunciar tonante acto seguido que aquella no era una música de baile adecuada para jóvenes cristianos —¿qué otra cosa podían ser sino los amigos de su hija?—, lo que al punto provocó la brusca separación de nuestra pareja protagonista y de otras que análogamente andaban empeñadas en similares empresas que de cristianos todo lo que se quisiera, ¡qué remedio!, pero de lelos nada.

Para evitar la previsible filípica del señor Fraile que, siempre muy a tono con su apellido, se atribuía la centinela del obligado decoro que debían observar los amigos de su hija, Félix se excusó atropelladamente —sus padres tenían invitados a cenar y le esperaban pronto en casa— e hizo mutis sin tan siquiera despedirse de una

azorada Adelina colorada hasta la raíz del cabello, bajo la mirada acusadora del señor Fraile y de su primo Monchito que tanto se esforzaba por defender su virtud o por lo menos su buen nombre pues, a la sazón, en cuanto a una joven le colgaban el sambenito *calentorra* —cosa que inesperadamente se había puesto en evidencia durante el dichoso *Only you*— resultaba prácticamente imposible sacudírselo de encima. Ejemplos de ello los había a cientos, razonaba Monchito, sin ir más lejos en su propia familia el de tía Ignacia, hermana de su padre y del propio padre de Adelina, sobre cuya existencia se alzaba un tupido cortinón de silencio. Tía Ignacia, enfermera voluntaria del ejército republicano tras saltar alocadamente de catre en catre para dar ánimo a sus camaradas, cuando en el 38 desmovilizaron a las brigadas internacionales, en el colmo de su desfachatez, había huido a los Estados Unidos con un saxofonista de la orquesta de Paul Whiteman, negro, para más inri y a la sazón miembro de la Abraham Lincoln, lo que daba pie a que Monchito, siempre tan imaginativo, especulara con la posibilidad de tener un primo como Fray Escoba, pero americano.

¿Y si Adelina —se preguntaba Monchito consternado—, hubiese heredado el fogoso temperamento de su pariente condenada al ostracismo por sus hermanos? Porque desde que tenía uso de razón Monchito consideraba a su prima como una novia secreta de su exclusiva propiedad, en especial desde que la belleza de la joven había eclosionado con radiante esplendor como una mañana de mayo, momento en que sus compañeros del Virtelia se lo habían advertido insinuantes al decir que estaba muy buena y blandir aquello de «a la prima se la arrima, que está muy buena» como insinuando que tan sólo él podía disfrutar de los privilegios que le otorgaba la proximidad del parentesco. No, no podía ser que tantas horas de custodia y dedicación se esfumasen ante la aparición de aquel tal Félix, a quien comenzó a odiar de inmediato, cuyas torvas intenciones saltaban a la vista.

Ya en la calle sumido en el silencio del reproche, Monchito como de costumbre se dispone a acompañar a Adelina a su casa, cuando, surgido se las sombras de un portal cercano, como don Diego de la Vega, el Zorro, se perfila la silueta de su reciente pareja de baile que, dando pruebas de inusitado desparpajo les alcanza en la esquina de la calle y ante la sorpresa de Adelina y la consternación de Monchito que, a pesar de lo ocurrido, se mantiene firme en su justificable debilidad hacia su prima, Félix se sitúa entre ambos, para convertirse en la voz cantante del terceto a quien Adelina escucha embobada y Monchito no sin un creciente resquemor.

—Menuda monserga la del papá de Lolín —espeta Félix sin ambages a modo de saludo. Y prosigue—. A mí me habían dicho que en casa Fraile las fiestas eran otra cosa.

Información que como Félix había tenido ocasión de comprobar no era fidedigna ya fuera porque su fuente, Poblaciones, portero de su equipo de balonmano, era un embustero de siete suelas, o porque, según había precisado, estuvo en una de aquellas reuniones una tarde en que los señores Fraile, contra su voluntad, tuvieron que dejar solos a los chicos para acudir a escape al Clínico donde habían internado de urgencias a una hermana de la mamá de Lolín a causa de un ataque de peritonitis, en el que —se enteró más tarde— un poco más y deja el pellejo. Luego Poblaciones, había añadido, que aquella misma tarde él en persona en un acto de audacia para abolir la ley seca, tras previa colecta entre el elenco masculino, había acudido a la bodega de la esquina para hacerse con una botella de coñac Tres Cepas con que reforzar los sosos refrescos de cola servidos con objeto de hacer pasar los empalagosos brioches rellenos de porciones el Caserío con los que habitualmente obsequiaban en aquellas fiestecitas. También le contó a Félix que, llegado el momento, oportunamente una mano anónima atenuó las luces del comedor para que sumidos en discreta penumbra, los invitados pudieran manifestar libremente sus respectivas preferencias, pero no supo decirle si fue a causa del Tres Cepas, o de un calentón al uso largamente reprimido, que la anfitriona de la casa acabó dándole el pico con aparatosa voluntad que manifestó en el momento en que Lolín abrió su boquita de piñón, como cuando iba al dentista para que le ajustaran los brackets, para permitir que Poblaciones con su lengua vorazmente vibrátil hollara aquella ignota cavidad.

A la vista de lo ocurrido hacía escasos minutos, Félix recapacitó acerca las posibilidades que Adelina —¿la habría ilustrado Lolín al respecto?— podía ofrecerle, sin saber que las asiduas lectoras de *Azucena* carecían de la información requerida para dar el mal llamado *beso francés* —como si sólo los vecinos del cercano país supieran qué hacer con la lengua en semejantes circunstancias— y más aún cuando en el cine del Virtelia en los momentos cruciales el proyeccionista, instruido por el director del centro, para general rechifla y pataleo del público, mediante una cartulina, velaba ciertas escenas subidas de tono.

Dispuesto a no soltar la presa, Félix comenzó a perorar sobre los inconvenientes de esas reuniones organizadas bajo la tutela paterna que a su entender eran un engorro.

—Es como si no tuviesen confianza en la juventud, pero —agregó— hay otros lugares donde los jóvenes podemos expresar nuestros sentimientos en libertad.

Monchito lamentó que Félix, por el momento, no fuera más explícito y Adelina, de súbito interesada en todo cuanto concerniera a su ocasional galán, indagó.

—¿Y qué lugares son esos?

Con grácil verbo, Félix dio cuenta de algunos locales en donde los domingos por la mañana se organizaban los llamados bailes de juventud en los que los adultos estaban mal vistos. Eran aquellas matinales del San Carlos en Mayor de Gracia, por ejemplo, en las que, so pretexto de acudir a escuchar los conjuntos *modernos* —pequeños grupos que florecían en los barrios más populares de la ciudad a la sombra de la moda roquera importada del Reino Unido con ínfulas contestatarias—, se permitía el acceso a los mayores de dieciocho años norma que se aplicaba con notable laxitud de modo que, a riesgo de la consabida multa de gubernativa y riesgo de cierre del local, allí se colaba un amplio abanico de pipiolas de diverso pelaje excluidas las *calcetineras*, cuestión que las chicas enmendaban con rapidez quitándose los calcetines para esconderlos en sus bolsos y dar la apariencia de que ya habían alcanzado la relativa condición mujeril que conferían el uso de las medias.

—¿Y desde qué hora hasta qué hora? —indagó Adelina repentinamente impelida por aquel inexplicable sentimiento que tiraba de ella hacia Félix, con una candidez propia de su conflictiva edad y que había dado al traste con una conducta hasta el momento intachable.

A medida de que avanzaban hacia su domicilio, la joven iba urdiendo un plan. El domingo siguiente, a la salida de misa de once y media de San Antonio, les diría a sus papás que tenía que ir a casa de Lolín para repasar cierto inexistente examen de Ciencias y acudiría al recóndito San Carlos «donde los jóvenes podemos expresar nuestros sentimientos en libertad», aunque no tenía muy claro qué clase de sentimientos eran aquellos que no era capaz de compartir ni con su amiga del alma Lolín ni, por descontado, con su director espiritual que a buen seguro iba a contribuir a confundirla más aún si cabía, ni cómo debía expresarlos. Quedaba, sin embargo, otra cuestión ¿cómo lograr hacer partícipe a Félix de sus secretos planes? porque si ella deseaba ir al San Carlos era principalmente para encontrarse a solas con él, por así decirlo, pero, sobre todo sin la rémora del metomentodo de su primo Monchito, siempre pegado a sus faldas coartando cualquier amago de espontaneidad.

No por descabellado el plan de Adelina tenía alguna oportunidad de éxito. Que lo tuvo. Así, antes de llegar a su casa fingió un irreprimible ataque de sed —¿serán los brioches con El Caserío? se dijo Félix— y pidió que se detuviesen en un bar para pedir un vaso de agua, que en aquel tiempo, en observancia de las obras de misericordia —en este caso corporales—, nadie era capaz de negarle a nadie, momento en que su adalid aprovechó para soplarse sin respirar una caña de Estrella —en efecto eran los brioches, se dijo—, mientras Monchito se mineralizaba absorto en las luces de un millón donde un sujeto clavado a Fred Astaire gracias a un flexible juego de caderas no paraba de sacar partidas gratis. Fue entonces cuando Adelina se dirigió al fondo a la derecha siguiendo la indicaciones del de la barra en busca de los servicios donde sobre un trozo de la hoja parroquial de la semana garabateó su nombre y número de teléfono con intención de dársela disimuladamente a Félix al despedirse en el portal de su casa con un tímido apretón de manos.

Al siguiente domingo, debidamente instruida por Félix, no bien hubo concluido la misa, cuando sus padres pusieron rumbo al acostumbrado aperitivo dominical, Adelina, hecha un brazo de mar, tomó un taxi donde inmediatamente se despojó del estigma infantil de sus blancos calcetines tirándolos por la ventanilla para dirigirse a la

puerta del San Carlos lugar en que Félix le había dicho que la aguardaría.

Y allí estaba. Lucía una estudiada sonrisa a lo James Dean, anzuelo que tantos éxitos había cosechado, pero su atuendo —ajustados tejanos Blue Colorado adquiridos de contrabando en un barucho de la Barceloneta, cazadora de cuero negro bajo la que se ocultaba una camisa de cuadros a lo leñador canadiense y bambas— distaba mucho del más formal con que recordaba haberle visto en casa Fraile y, sin saber qué decirle, Adelina le siguió hasta el acceso al local donde un grupito de jóvenes ataviados de idéntica guisa hacía cola junto a un grupo de chicas sin calcetines, uniformemente desgreñadas —diríase que se habían despeinado concienzudamente—, pintarrajeadas cual comanches en pie de guerra y vestidas de forma estrafalaria como si hubiesen entrado a saco en los baúles de sus respectivas abuelas.

En la sala, casi a oscuras, presidida por una alta tarima donde un grupo musical se desgañitaba sumergido en un mar de decibelios, las parejas apretujadas como en una pista de autos de choque se abrían camino hacia el escenario a codazos y empellones y daban saltos como posesas. Por fortuna, pensó Adelina, aquel pandemónium concluyó entre estruendoso redobles de batería para dar paso a una selección de lentos enlatados, que lograron sacar a Félix de su mutismo.

—¿Quieres bailar, Ade?

Aunque sorprendida por el cariñoso alias, ella que consideraba que Adelina ya era suficiente diminutivo, la joven se dejó arrastrar a la pista donde derritiéndose esperaba que su pareja retomase el asunto bruscamente interrumpido en la fiesta de Lolín en el punto donde lo habían dejado, como así hizo, porque, sin andarse por la ramas Félix, dueño de la situación desde que Adelina le había pasado su número de teléfono, la atrajo contra sí con decisión para poner su mejilla contra la de ella mientras volvía a embestirla corajudo por debajo de la cintura. Aunque alarmada por aquella ola de virilidad, en un intento por comprobar cuáles eran sus imprecisos sentimientos, Adelina se dejó hacer hasta que, agobiada por aquel filete serpenteante y baboso que Félix le había introducido repentinamente en la boca, sintió un sofocón tal que creyó perder el mundo de vista mientras un insistente temblor de piernas la sacudía hasta la coronilla para alertarla de que sólo Félix, sin duda alguna, estaba destinado por la divina providencia como futuro padre de sus hijos.

Por la tarde, cuando Monchito puntualmente se presentó en casa

de sus tíos a recogerla para llevarla al cine, Adelina ahíta de besos y ludimientos tras la intensa sesión matinal, con el pensamiento acaparado por Félix, incapaz de soportar el ahora evidente asedio de su primo, se encerró en su habitación pretextando una inoportuna migraña. Tras aquel chasco morrocotudo Monchito, no demasiado conforme con lo que intuía no podía ser más que una excusa, tras despedirse de sus tíos, volvió grupa y ya en la calle, dispuesto a corroborar la veracidad de la historia, se cobijó al amparo de un puesto de periódicos cercano. Durante aquella larga media hora de espera, Monchito tuvo sobrado tiempo para reflexionar sobre su falta de coraje. Habiéndola, como la había, tenido a tiro durante más de dos años de sesiones cinematográficas y también en julio y agosto cuando veraneaban juntos en el enorme caserón de sus abuelos donde en vacaciones se reunía la familia al completo, había desperdiciado tontamente todas cuantas ocasiones le brindaba la proximidad para profundizar en su relación con ella. Pero, se consolaba, la consanguinidad le impedía evidenciar sus sentimientos, porque bien sabido era que los hijos habidos entre primos salían tontos. Y en estas andaba cuando en el portal hizo aparición su desdeñosa prima más fresca que una lechuga para disipar sus dudas respecto a la inoportuna migraña.

Adelina echó a andar con cierta premura y su primo tras de ella a una prudente distancia hasta que coronaron el barucho donde la anterior semana se habían detenido en cuya puerta, no cabía esperar otra, la aguardaba aquel dichoso Félix que se había cruzado en sus vidas para echar por tierra sus callados anhelos.

Paseando embobados cual dos besugos, cogidos de la mano al poco Adelina y Félix se metieron en un cine seguidos por Monchito que, en la oscuridad de la sala tardó lo suyo en localizarlos en la ignominiosa fila de los mancos donde, presa de una insana mezcla de repugnancia, envidia y cachondez, comprobó el lote que se estaban dando. Sin poder soportar la manifiesta exhibición de besos y arrumacos que Adelina prodigaba y de los cuales él se consideraba único merecedor, Monchito abandonó la sala antes de acabar la primera película pues, si a media cinta la pareja había llegado a tal extremo, no quería ni imaginarse en qué andarían cuando acabase la sesión que, por ende, en aquellos cines de barrio era continua.

Tampoco se pasaron por casa Fraile —¿para qué soportar el coñazo del padre o la madre de Lolín, con lo bien que estamos aquí dedicándonos a lo nuestro? argumentó Félix con picardía— a la que Monchito, sin embargo, acudió por rutina en busca de consuelo para evocar tantas y tantas tardes blancas en las que, sin atreverse a

manifestar sus sentimientos, había bailado castamente con su prima, ahora en brazos, o vete tú a saber qué, de aquel maldito cabronazo cuyas evidentes intenciones eran pasar el rato con Adelina y exprimirla como a un limón. Solo en un rincón, Monchito continuaba compadeciéndose mientras las parejitas, hartas de brioches al Caserío y refrescos flatulentos, para hacer la digestión bailaban un repertorio de pasodobles, guarachas, valses y cristianos cha-cha-cha programados por el señor Fraile con los éxitos de su vetusta discoteca de 78 rpm. cuando, de repente, Lolín, eterna anfitriona, que velaba para que sus invitados se lo pasaran lo mejor posible, interrumpió sus fúnebres pensamientos para interesarse por Adelina.

—¿Cómo es que no ha venido?

Con mucho gusto, Monchito vengativo le hubiera contestado que andaba dándose el lote con aquel hijoputa a quien en mala hora había invitado la semana anterior, sin embargo, incapaz de reconocer su fracaso, pretextó que Adelina había tenido que acompañar a sus papás a una merienda de compromiso, y Lolín que desde hacía tiempo intuía la debilidad que el joven profesaba hacia su prima, movida por un caritativo impulso de solidaridad le sacó a bailar *El manisero*, una pegadiza guaracha que nadie tenía ni idea como se bailaba y que a duras penas acometieron con voluntarioso empecinamiento enlazados en un abrazo más casto que Genoveva de Brabante gracias al cual Monchito se animó un pelín mientras cavilaba cómo escarmentar a su veleidosa prima y habida cuenta de que la venganza, según dicen, es un plato que debe comerse frío, decidió esperar a que se presentase la ocasión propicia.

Suspendidas las sesiones cinematográficas del Virtelia por causas de fuerza mayor para consternación de Monchito, que Adelina sustituyó por otras más estimulantes en los cines de barrio tras las cuales dosificaba con tiento la asistencia a los guateques de los Fraile para no levantar las sospechas de sus padres por una parte y por otra por no toparse con su primo, al que esquivaba descaradamente, a la joven no le quedó otro remedio que confesarle a Lolín que andaba tonteando con Félix sin especificar, no obstante, que nivel había alcanzado el tonteo y no revelarle que, además de los consabidos besos con lengua, ya habían alcanzado la siguiente etapa de furibundos toqueteos que la dejaban exhausta, con los pechos doloridos de tanto magreo, y a Félix, aunque ella lo ignoraba, al borde del derrame. Contra todo pronóstico, Lolín, no puso el grito en el cielo pues ella había hecho también sus pinitos con Poblaciones al que añoraba ya que la familia del pollo se había ido a vivir a Mataró lo que dificultaba sus regulares encuentros. Hechas esas respectivas

confidencias advirtieron que su relación había superado el estadio de la simple amistad para reforzarse con el nudo de complicidad pues ambas, en calidad de hijas de María, tenían el deber de mantenerse alejadas de los pecados de la carne, esgrimidos en aquella época desde el púlpito y en el confesionario para mantener a la grey sumida en ese sentimiento de culpabilidad y temor de Dios con el cual evitar cualquier tipo de experimentación empírica fuese de la índole que fuera, pero muy en especial en el dominio de la carne

Y así las cosas, Adelina, envalentonada al comprobar que no era la única, acudía domingo tras domingo al San Carlos para confirmar que existían —Félix dixit— otros lugares donde los jóvenes podían expresar sus sentimientos en completa libertad, lo que, sea dicho de paso, le costaba un dineral en calcetines ante el comprensible alarma de la sirvienta a la hora de la colada y de la mamá de la susodicha que tenía que reponerlos, ajenas al hecho de que Monchito, infatigable como Juan Centella, había descubierto en qué empleaba las mañanas dominicales su inalcanzable prima dejándose sobar como las tardes en los cines por la bestia negra de Félix el innombrable, mientras, atento a la maniobra, siguiéndola a hurtadillas, como aquel sabio calderoniano que recogía las hierbas de aquel otro que tan pobre y mísero estaba, se dedicó a coleccionar los calcetines que Adelina arrojaba por la ventanilla del taxi de turno para, insidioso, regalárselos todos juntos en un manojo dentro de una cesta de mimbre ante de toda la parentela en aquel aciago día de Navidad en el que, en casa de sus abuelos, se descubrió el pastel.

Gestas cinegéticas

Para José Ilario, epicúreo

Para contrarrestar las múltiples anécdotas de aquellas cacerías a las que Pablo acudía para oficiar una onerosa ceremonia de derroche ritual de exclusividad en esos días en que los safaris fotográficos eran considerados un entretenimiento infantil, para mariquitas, si se me apura, Hugo tímidamente se puso a contar su experiencia durante el viaje París-Le Bourget, Londres-Heathrow, cuanto le tocó viajar con un numeroso grupo de hooligans que regresaba a Inglaterra tras la victoria de su equipo en el Torneo de las Cinco Naciones que no dejaron de beber durante los apenas cuarenta minutos de trayecto. Parecía como si quisieran llevarse puesto todo el alcohol que, en cumplimiento de la estricta legislación británica —un litro de alcohol, un litro de vino y doscientos cigarrillos por viajero—, no les dejarían pasar por la aduana.

En el pasillo las diligentes azafatas no daban abasto para servir cerveza tras cerveza, ginebra —sola o humillada con agua tónica— tras ginebra, whisky tras whisky, en el aire libres de impuestos, bebidas gran parte de las cuales derramaban debido al leve pero característico traqueteo producido por las turbulencias que siempre se originan al cruzar el canal, razón por la que, mediado el viaje, la cabina del pasaje exhalaba un rancio tufillo similar al que desprenden la mayoría de pubs del Reino Unido, producto de la concertación etílica acumulada sobre las vetustas moquetas, roñosas de por sí, donde a sus anchas se multiplican ácaros alcohólicos, ya que es de sobras conocido el respeto que siente el pueblo británico por la tradición —¿quién va a cambiar una alfombra donde William Pitt, el joven, posó su pie pocos días antes de reemprender la guerra contra la Francia napoleónica?—, tradición que impide ser un tanto más escrupuloso en cuestiones de higiene y que permite a sus parroquianos embriagarse con ese tufo agrio difícilmente olvidable que bien pudiera explotarse en el mundo de la perfumería bajo el epígrafe Aromas del Támesis que, a buen seguro, adquirirían a galones todos los sufridos funcionarios de imperio para, en sus obligados destierros, mitigar la añoranza hogareña de sentarse a secar sus huesos junto a la estufa de carbón en una tarde lluviosa, en lugar de estar penando en esas horribles colonias donde el calor les aprieta con saña; porque bien diferente es viajar a la costa malagueña por mero placer y otra muy distinta servir a la patria en cumplimiento del deber en esas tierras a las que la civilización en forma de congelador a duras penas ha penetrado y adonde las bebidas, razonablemente frías, deben

consumirse casi a temperatura de ambiente.

Harto de tanto desbarajuste, para lograr hacer sentar al pasaje, todos de pie en el pasillo bebiendo como caballos, el piloto oportunamente inició un ligero picado y los hinchas cual trastabillantes ovejas regresaron a sus respectivas plazas, o tal vez a las que les caían más cerca, para amarrarse con el cinturón de seguridad fasten seat belt, pero, eso sí, sin dejar de beber ni un instante.

Pero cómo comparar ese rutinario viaje a Londres vía París, una lata porque no había podido tomar un vuelo directo desde Barcelona, para ir a negociar la compra de los derechos editoriales del último éxito de Penguin Books, con esos envidiables safaris de los que Pablo se vanagloria sin pudor en los que, previo pago de unos cientos de miles de pesetas, podía obtener la correspondiente licencia temporal de caza que le autorizaba a exterminar un lote maravilla de animales exóticos, por así decirlo, compuesto por una cebra, un búfalo y una gacela de Thompson —que él decía haber matado para proveer de carne a los indígenas de los aledaños—, el clásico león, casi siempre de roñosa melena, un tigre, pero ¡qué coño! ¿un tigre en África?, la piel del cual espatarrado lucía como alfombra de su imponente despacho sobre la Diagonal, donde su sillón oportunamente elevado, como un púlpito, se hallaba por encima de los silloncitos destinados a las visitas, para imponerse sicológicamente —decía—, sobre los clientes, proveedores y empleados que Pablo recibía siempre difuminado tras en humo de un Montecristo n.º1. Sin embargo, esa apolillada piel, la del tigre, salpicada de mataduras, bien pudiera haberla adquirido en Soler, el taxidermista de la Plaza Real, donde ya había pagado una cantidad disparatada por las peanas en las que le montó las defensas del no menos clásico elefante —incluido en el lote maravilla previo pago de un plus—, animal que en un futuro ignoto iba a motivar un soberano escándalo entre los ciudadanos del país aquel día aciago en que el monarca, ahora simplemente príncipe sucesor, en mala hora se aventuró en darle caza acompañado de su amante, para poder fotografiarse el muy merluzo junto al desdichado paquidermo al que había abatido con un Holland & Holland de igual calibre que el que utilizaba Pablo, quien a su vez se hacía acompañar a los safaris por Cordelia su secretaria inglesa para que entre otras cosas le sirviera de intérprete.

Todo ello resulta humillante para Hugo emperrado en proseguir con esas nimias anécdotas sobre aquellos viajes de escaso interés a la pesca del autor de éxito que interponía en un vergonzoso intento por paliar las magníficas hazañas africanas de un Pablo que ataviado al

más puro estilo del elegante Stewart Granger, o del más desaliñado de Clark Gable, deambulaba por el Serengueti en busca de la dudosa gloria cinegética que le iba a permitir codearse con los miembros del patriciado local y quién sabe si internacional. De ahí también lo de la secretaria que, sin llegar a la altura de la jugosa Ava Gardner, ni las un tanto cursis y, sin embargo, vistosas Deborah Kerr y Grace Kelly, encajaba muy bien su papel, porque como era bien sabido no había magnate que se preciara, que en mayor o menor medida, no dispusiese de un desahogo extramatrimonial tolerado generalmente por la abnegada esposa de turno, en este caso Elvira, que cada vez que Pablo se iba de safari aunque fuera a Venecia, París o Davos —donde, en secreto había adquirido un estudio para ir a esquiar— agarraba su VISA oro y se dedicaba a desvalijar vengativa las tiendas más caras de la ciudad, y así compensar lo que Pablo iba a gastarse con la otra de turno.

La otra, a la que Hugo y por descontado los demás amigos conocían sobradamente porque Pablo no hacía nada por ocultarla a los ojos del mundo, no estaba mal del todo, pero hubiera podido estar mucho mejor desde el punto de vista físico, algo primordial para la inmensa mayoría de maridos que se echan al monte y a poco que busquen suelen encontrar a la salida de los teatros de revista o en exclusivos bares de alterne, donde las cortesanas amparadas por la penumbra adquieren el aire de damas del gran mundo. Pero Pablo no, o no del todo exactamente, lo que Pablo, cuyos humildes orígenes pugnaba con denuedo por ocultar, buscaba era un desquite social, una amante chic y qué menos chic que aquella joven que atendía al nombre de Cordelia, inglesa de nacimiento pero educada en un exquisito internado en Suiza a la que había conocido durante un congreso de la Unión Europea del Seguro y de la que quedó prendado inmediatamente sobre todo al escuchar su nauseabundo acento español, que a él, surgido de una familia tan acomodada como desclasada, por contraste, se le antojó el no va más de la elegancia. Además de por su acento, todo hay que decirlo, Cordelia no pasaba desapercibida: altita, delgaducha, rubieja y de soberbias piernas como la mayoría de inglesas, Cordelia era una de ellas que se suscribieron un unánime acuerdo para mostrarlas con desparpajo desde que en la década de los sesenta Santa Mary Quant obrara el milagro de la ascención de las faldas hasta más allá de lo imaginable. Lo primordial, no obstante, era que con ella Pablo, para quien el inglés resultaba un insalvable escollo, podía transitar por el orbe civilizado y hacerse entender incluso en África donde la lengua de Byron había desplazado al suajili, mientras que Cordelia, y ahí estribaba su único engorro, en cuanto el sol rayara en el horizonte, no se hubiera encaramado al

habitual gintónic arguyendo que la quinina del agua tónica era el mejor remedio contra la temible malaria, y acabara refugiándose en un apenas comprensible spanglish que a ratos sacaba a Pablo de sus casillas.

Y mientras Hugo, por cambiar de sintonía se había emperrado en explicar cómo en un viaje a Berlín, como siempre por razones de trabajo —un agente libre les habló del descubrimiento de una novela perdida de Robert Musil que pronto iba a ser publicada en su lengua original pero cuyos derechos de traducción estaban en el aire—, en el bar del vestíbulo de un hotel en la Ku'damm cercano al Zoo donde le habían alojado —aunque austríaco el supuesto tenedor de los derechos hacía años vivía en la República Federal—, se topó con la que bien hubiera podido ser la doble de Marlene Dietrich en sus días de gloria, con quien acabó desordenando las sábanas de su habitación en un maratoniana tarde en la que la joven, sabedora de su parecido con la actriz, interpretó una retahíla de sus mejores papeles desde una procaz Lola hasta la veleidosa Concha Pérez, para poner al descubierto lo que von Sternberg en su época, por obvias razones de censura, no se había atrevido a mostrar en pantalla, y guardar silencio, no obstante, del hecho de que tras la función vespertina la joven le pasó factura por sus servicios algo que Hugo, tan listo él, seguro de sus dotes de conquistador, no había querido sospechar en un principio.

—¿No sería la típica buscona de hotel? —le interrumpe Pablo.

Sin embargo, Hugo, que después de haberse gastado la totalidad de sus dietas en aquel glorioso esparcimiento fuera de su alcance, humillado lo negó rotundamente, pues hacía tiempo que había borrado de su memoria el penoso desenlace de su aventura berlinesa, a la que debía sumarse el monumental chasco que se llevó al descubrir que la historia de la pretendida novela de Robert Musil era una burda patraña.

Y para aprovechar que el Pisuerga pasa por Berlín, Pablo se lanza a tumba abierta y continua la retahíla de sus aventuras africanas capaces de ensombrecer a sus supuestas historias de alcoba que siempre exagera, porque en ese terreno, sostiene, ha cobrado aún más pieles que las obtenidas en sus safaris: pieles de turgentes modelos de larguísimas piernas conseguidas a base de invitaciones a navegar en su yate un fin de semana cualquiera; pieles alangostadas obtenidas a base de paella y sangría en la playa de Las Salinas entre un elenco de foráneas, con más hambre que vergüenza; pieles de medias virtudes deslumbradas con alguna chuchería de Puig Doria, lo suficientemente aparente para doblegar voluntades, pero no tan costosas como para

que destacasen en los extractos de la tarjeta de crédito de su empresa de la que, a pesar del ser el dueño, es decir el accionista mayoritario y presidente del consejo, no quería dejar rastros en la contabilidad; pieles baratas —que lo caro siempre sale barato— de profesionales de altos vuelos, como la del hotel de Berlín de Hugo, y pieles cuya enumeración debe suspender por cortesía pues súbitamente, en el bar donde se hallan, acaba de irrumpir Cordelia con una enorme bolsa de la peletería Frouchtman, capaz de hacer olvidar las piernas que deliberadamente asoman bajo su escasa falda, y que preludia otro de esos desmedidos dispendios de los que no se priva en calidad de secretaria particular con derecho a ciertas gabelas.

La delicadeza de Hugo que, sin embargo, no le impide regodearse con descaro en la contemplación de las extremidades inferiores que Cordelia cruza y descruza caprichosamente, le obliga a su vez a abandonar el terreno, y rebajar el tono confidencial que había adquirido la conversación, porque aunque se le ocurre que Cordelia no deja de ser una piel, tal vez de mayor duración y mayor coste, no queda bien hablar de ciertas cuestiones en su presencia aunque Pablo fuera quien hubiera comenzado a dar rienda suelta a su imaginación.

Y la llegada de Cordelia acaba con el intercambio de estampas galantes y anécdotas viajeras con las que han matado un rato en espera del resto del grupo que Pablo ha convocado para ir a cenar a ese restaurante que acaban de inaugurar donde te cobran hasta por darte las buenas noches, cavila Hugo, un tanto harto de la bochornosa generosidad de Pablo que, a buen seguro, acabará por sufragar la cena al argüir alguna imprevista celebración porque hoy, qué casualidad, ha firmado un convenio de colaboración con aquellos recalcitrantes suizos con quienes inició negociaciones durante el Congreso de la Unión Europea del Seguro justo el año en que conoció a Cordelia del que ya van para tres.

—¿Verdad, cariño? —se dirige a Cordelia mientras, en prevención, le toma la mano derecha para impedir que su segundo gintónic llegue a su destino, con lo que la aludida hace un ambiguo mohín de aprobación al no poder apoderarse de la bebida, que Hugo interpreta como de fastidio, cuando irrumpen el resto de los convidados, Marta y Ramón y Julia y Enrique que han venido en un mismo coche porque en el centro no hay quien encuentre un hueco libre para aparcar.

La cena transcurrió como de costumbre y, como de costumbre, Pablo prosiguió dando pelos y señales de sus viajes y, tras abandonar la sabana de Tanzania, echando mano de una guía Stendhal, se

adentró en la bella Italia país cuyas principales capitales conocía sobradamente pero en especial Florencia con mención obligada a I Uffici; Siena donde por poco le pilla el Palio; Roma, la inmortal, con la preceptiva visita al Coliseo, la excursión nocturna a las murallas de Villa Borghese a ver a las gordas peripatéticas fellinianas, el aperitivo en Via Veneto y, ¿cómo no?, el Vaticano —aquí se extendió un pelín evocando la capilla de Miguel Ángel—; Bolonia y su universidad capaz de eclipsar a su deliciosa mortadela; Pisa con la tópica fotografía de su torre tomada con la cámara inclinada lo que da la sensación de estar erguida, lo que provocó un bostezo de la dulce Cordelia; Milán a la que cuando acudía, tras cenar en Savini, no podía dejar de asistir a La Scala, porque Pablo es un gran aficionado al verismo alguna de cuyas más celebradas arias, aunque su italiano catalanizado dejaba bastante que desear, se atrevía a canturrear para dar fe; Venecia, cayó en el tópico al evocar sus canales, y ahí Hugo, sin arredrarse, intervino, porque en cierta ocasión, sin ser tan gran aficionado como Pablo, había asistido a la representación de una *Gerusalemme* en La Fenice, en la que milagrosamente Giacomo Aragall no había suspendido por indisposición, lo que no logró distraer la atención de los comensales que embelesados escuchaban perorar a Pablo pendientes de que fuera a pedir la cuenta, como así hizo. Cordelia, compañera de viaje en la mayoría de esas excursiones a las que Pablo recurría para escabullirse de una tediosa Elvira, con la que rutinariamente se había casado en cuanto finalizó la carrera de Derecho, asentía sin demasiado entusiasmo porque en su calidad de secretaria personal de don Pablo se veía obligada a tomar nota mental de cuanto surgiera de la boca de su jefe para evitar situaciones engorrosas pues con tanta ginebra como había trasegado no prestaba la requerida atención. Hugo la veía, como en la mayoría de ocasiones, al borde del bostezo, aburrida, sin atreverse a intervenir demasiado pues ella, además consciente de que su español en cuanto a pronunciación se hallaba a la altura de los ridículos doblajes del desaparecido Stan Laurel, sólo abría la boca para decir lo justo.

Ensimismada de nuevo como en tantas ocasiones, Cordelia andaba preguntándose si valía la pena ser la *novia* de Pablo, como él solía presentarla en público con toda la desfachatez del mundo, pues a pesar de que Pablo, en especial cuando, presa de un súbito ataque de lascivia, se ponía cariñoso, le daba su palabra de que en cuanto su hijo, Pablito que acababa de cumplir ocho años, fuera un poquito mayor iba a separarse de Elvira. Sin embargo, sus promesas se diluían como la nieve en primavera en cuanto Pablo descargaba y acto seguido se quedaba como un tronco, momento en que Cordelia pensaba en dejar correr su relación, lo que descartaba casi

inmediatamente por no renunciar a sus prebendas que eran considerables, como ese abrigo de Herminia Frouchtman que acababa de adquirir hacía escasas horas y que no quiso guardar en el maletero de su escarabajo porque dudaba de las medidas de seguridad del garaje donde lo había estacionado.

¿Qué iba a hacer si dejaba a Pablo? Mejor no pensar en ello porque la magnífica educación recibida en Suiza no iba a servirle de gran cosa habida cuenta de su expediente académico: las cuatro reglas, tenis, equitación, y tres de idiomas, inglés, español, y un francés que no había tenido más remedio que aprender porque el internado se hallaba en Lausanne. Pero, por el contrario, ¿qué iba a ser de ella si a Pablo le daba por abandonarla? Porque caprichoso como era, en uno de los congresos a los que acudía para darse pisto, bien pudiera encontrar una nueva secretaria bilingüe seguramente mejor dotada en otros aspectos. Lo más prudente sería continuar sangrándole, lenta pero persistentemente, como solía hacer hasta la fecha, tal vez con ello pudiera hacerse un cojincito para la lejana pero inexorable madurez: el día en que Pablito estuviera en tercero de carrera, lo más probable de Derecho porque Pablo, abogado, era un rancio observador de las tradiciones familiares a pesar de que su padre, dios lo tuviera en su gloria, no había concluido siquiera el bachillerato, porque estaba segura que tras la de Pablito seguirían otras excusas ya que Pablo, entre Tanzania y Davos, o entre Venecia y Albacete, siempre acababa por recalar en el domicilio conyugal, donde ya fuera por costumbre, o por rijosidad, acababa acostándose con Elvira, que eso de los vínculos matrimoniales, decía Pablo, tira lo suyo.

Hay que continuar, se decía Cordelia, es el único camino sembrado, eso sí, por las espinas de los rosales marchitos por donde no hace tanto transitaba. Sólo que, las más de las noches, en que Pablo se veía obligado a acudir a casa, su casa, la casa de Elvira y Pablito, para cumplir como padre ejemplar ante un niño cada día más preguntón que no lograba entender las largas ausencias de su papá —ora en Jauja ora en Babia— y de paso a su vez, como la cabra tira al monte, más si el monte le resulta cómodamente familiar, cumplir con su mujer de aún muy buen ver y Cordelia mientras tanto, sola en el piso que Pablo, epígono de la más rancia tradición burguesa catalana, le había puesto, volvía a las preguntas de siempre, y para ahuyentarlas recurría a los destilados que le producían un agradable estado de embotamiento que a la postre la predisponían al autoconsuelo, lo que la hacía añorar aquellos días en que Pablo no la dejaba en paz ni a sol ni a sombra, aquellos días dorados en que no se quedaba dormido como un tronco después de satisfacerla. ¿Necesitaba tal vez algún

consuelo más consistente que el que obtenía por sus propios medios? Era algo que no podía descartar.

Tal vez porque la ginebra había obrado su prodigioso efecto desinhibidor, la revoloteadora mirada de Cordelia fue a posarse sobre Hugo, ese pelagatos, como Pablo no dudaba en llamarle cuando estaban a solas, incomprensible amigo de infancia de su novio, un don nadie con la cabeza llena de libros por leer, o por escribir, que, tras acabar Filosofía y Letras, había ido a dar con sus huesos en una editorial de pretendido renombre donde le explotaban inmisericordemente enviándole como chico de los recados al extranjero —como hablaba inglés y francés— a enmendar los desaguisados que sus superiores, especialistas en la adquisición de derechos al buen tun-tun, cometían sin sonrojarse. Cordelia tenía entendido que Hugo había estado casado unos cinco años con una chica muy mona —según Pablo— hasta que, harta de penurias, le dejó por un tal Jacinto, un fabricante de bestsellers —varios premios, medallas y notables ingresos— al que conoció justamente en el cóctel de presentación de uno de aquellos libros que se vendían como el pan caliente gracias a las industrias de Hugo. A la vista del resultado de su matrimonio a Hugo, que por lo habitual acudía más solo que la una a todas cuantas reuniones organizaba Pablo que eran muchas, para intentar recuperar a su esposa a la que no había renunciado del todo, sólo le cabían dos alternativas: o ponerse a escribir literatura infantil para adultos como Jacinto, su rival, o mantenerse prudentemente alejado de cuanto pudiera suponer una relación estable de la que había salido tan malparado, y por lo visto parecía haber optado por la segunda ya que en cuanto a la primera, su sano amor por la literatura se lo impedía. Pues bien, esa noche, ese Hugo ignorado desprendía un aura resplandeciente como Cordelia jamás había advertido, a tal punto que comenzó a acariciar la idea de que tal vez Hugo se prestara a consolarla: esa vieja historia del mejor amigo del novio —por llamar a Pablo de algún modo— que acababa liándose con la novia —en este caso ella—. Así que durante la cena en cuanto Pablo permitía que Hugo metiera baza para contar alguna banalidad, Cordelia, al quite, le reía cualquier ocurrencia, tuviese o no tuviese gracia, a tal punto que Hugo se sorprendió de aquel despliegue de amabilidad tan poco frecuente en ella pues, como correspondía a su estatus de favorita de su amigo, por lo habitual le deparaba una cortés indiferencia. ¿Obedecería aquel cambio a su inmoderada afición etílica? ¿Cuántos gintónics llevaba encima? Sin embargo, se dijo Hugo, tal vez tras esa desacostumbrada actitud igual se escondía algún oculto propósito, y se empeñó en averiguarlo.

Las averiguaciones de Hugo no tardaron en dar fruto. Un buen día

en que había quedado con Pablo a la hora del aperitivo en el bar de siempre, se sorprendió al ver aparecer a Cordelia antes que a su amigo, cosa poco habitual en ella pues, a pesar de la exquisita puntualidad de la que suelen hacer gala la mayoría de los ingleses, aclimatada al país como estaba, solía llegar tarde casi siempre. Lucía un tres cuartos de lince, seguramente el capturado en la peletería Frouchtman, por el que asomaban sus deliciosas piernas. Tras los besos fraternales de rigor, Cordelia se quitó abrigo para mostrar que su falda —tenía que ser más corta para que no asomase— en cuanto a largo hacía juego y tomó asiento junto a Hugo arrinconándole en el sofá mientras con aire indiferente preguntaba por qué aún no había llegado Pablo. Al consultar su reloj Hugo, un tanto azorado —jamás había estado tan cerca de ella ni de sus suculentos muslos a la vista tras un esplendoroso y, quizás deliberado, cruce de piernas—, señaló que habían quedado a las ocho y que aún faltaba un cuarto de hora, algo que, supuso, seguramente ella no debía ignorar. Quince escasos minutos sobraron para que Cordelia, cada vez más próxima, le pusiera al corriente sobre el asunto: tenía en casa una valiosa edición príncipe de los ocho volúmenes en octavo de las obras de Shakespeare de Samuel Johnson, que su padre, inveterado bardófilo, le había legado, y le rogaba que se pasara por su casa a la hora inocente del café, cuando Pablo obligatoriamente estaría en el despacho, para aconsejarla ya que, aun reconociendo que en España resultaría difícil de colocarlos, quería desprenderse de ellos, pues ocupan demasiado espacio y no tengo intención de releerlos, dijo subrayando el re. Ese era el cebo, Cordelia sabía que Hugo, amante de las ediciones de coleccionista, no rechazaría la invitación aunque sólo fuera por el placer de contemplar aquellos libros.

—Pero por favor no se lo digas a Pablo, porque con el dinero que saque, para su cumpleaños, pienso regalarle ese Patek Philippe que le hace tanta ilusión, añadió.

No dilataron su encuentro, y a la tarde siguiente Hugo se inventó una reunión fuera de la editorial que le permitiría acudir a la cita donde Cordelia le esperaba con los libros y quién sabe si algo más ya que desde la noche de la cena no había parado de darle vueltas a la dudosa actitud de la inglesa que, a la vista de su acoso sobre el sofá, sólo podía obedecer a un súbito interés por su persona incubado tal vez durante tiempo tras la máscara de indiferencia que en público le deparaba.

Al abrirse la puerta ya no le cupo la menor duda, Cordelia le aguardaba embutida en un breve albornoz so pretexto de que había tenido que darse una ducha rápida pues, en lugar de almorzar, había

ido al Polo a montar un rato, sin embargo, ¿quién iba a aparecer de esa guisa para recibir visitas por mucha confianza que hubiera? y ¿por qué sus cabellos no estaban mojados? Ella le rogó que pasara, le mostró los libros, por cierto tan interesantes como su cuerpo desnudo que no tardó en desvelar, en el más absoluto de los silencios, al despojarse del albornoz con un impaciente ademán, para ofrecérselo sobre un amplio canapé del salón donde Hugo, tras larga abstinencia, la honró cumplidamente admirado de sus propias posibilidades. Luego, tras despedirse con un profundo beso con el que Cordelia, diríase, pretendió sorberle el alma, Hugo, bastante confuso pero satisfecho, abandonó el apartamento y, como era previsible, olvidó aquellos volúmenes subterfugio que debía haberse llevado para hacerlos tasar.

Desde aquella tarde las visitas a la hora del café se sucedieron con la suficiente regularidad como para convertirse en una habitual costumbre que se repetía como una ceremonia: Cordelia, siempre recién salida de la ducha con el cabello seco, le recibía en albornoz, después le mostraba aquellas vetustas ediciones, ahora encima de la cabecera de su cama —a qué perderse en prolegómenos— colocadas como dioses tutelares de sus encuentros y luego procedían con el entusiasmo que propiciaba la complicidad de una asidua relación.

Paulatinamente, Cordelia abandonó el gintónic para recuperar una adolescente lozanía, algo que no dejó de sorprender a Pablo, empecinado Tartarín que en cuanto, por enésima ocasión, volvía a relatar sus gestas cinegéticas, ora en la jungla, ora en el lecho, se topaba con la sonrisa de Cheshire, entre enigmática y socarrona, de Hugo quien, para su coleto, había jurado jamás volver a sentirse apabullado ante hazañas tales, que las suyas con Cordelia superaban con creces a las de su amigo y sin pegar tiro alguno —era un decir— ni tener que sufragar ningún gasto, mientras Cordelia, bajo la mesa le dedicaba tenues a la par que insinuantes rodillazos.

Celsa y Mitus

Para Jaime Axel Ph.D.

Al acabar el curso, en espera de las notas finales antes de iniciar oficialmente el veraneo que solía coincidir con la verbena de San Juan, nos quedábamos unos días más en Barcelona no fuera que me hubiesen cateado alguna y tuviera que matricularme en una de esas academias de recuperación en las que te preparaban para la repesca de septiembre. En esos días, si lograba sacarle algún duro más a mi madre aprovechaba para ir a remojarme a Piscinas y Deportes, a una parada de tranvía desde casa porque, total, por lo que costaba el trayecto, quién era el guapo que iba a subirse a pie el empinado trecho de carretera de Sarriá con la inclemente solana que caía, cargado con la bolsa de deportes con la toalla de baño, la raqueta de tenis con su prensa y todo —que bien podía dejar en casa, pero ahí estaba y siempre olvidaba guardarla—, el meyba, las gafas de bucear, los patos y las cremas con las que mi madre quería que me embadurnase y que yo jamás usaba por lo que acababan en la basura.

Por lo habitual, en Piscinas coincidía con algún compañero del cole y un montón de conocidos a lo largo de las varias fiestas que los domingos por la tarde daban en sus casas las chicas en edad de merecer —¿merecer, qué?, yo ya les hubiera dado gustosamente lo que creía que se merecían—, y en pequeños antros sumergidos en algún sótano siempre al abrigo de la beneficiosa penumbra, donde iban las parejas a meterse mano con la excusa de bailar, inverosímiles lugares tales como peluquerías, tiendas de moda, algún almacén destartalado, o en casa de Pepo Martí cuando sus padres se iban a pasar el fin de semana a Vilassar de Mar y le dejaban dueño y señor de aquel enorme piso de Vía Layetana donde vivían. Piscinas era un lugar propicio para ensanchar el círculo de amistades que yo intentaba siempre que fueran femeninas aunque la mayoría eran unas estrechas que venían acompañadas por algún familiar y era muy difícil entrarlas allí bajo el ojo vigilante de sus mamás o de sus tatas, de modo que, harto de estrellarme contra sus evasivas, acababa por reunirme con el grupo de los chicos para charlar de las vacaciones ya encima.

Casi todos, si no les habían cateado, acudirían a las respectivas localidades donde sus familias veraneaban, unos al mar, otros a la montaña, y yo a la torre que mis padres tenían en Bellaterra, que muchos confundían con Inglaterra —qué más hubiese querido— y yo debía siempre aclarar el asunto, pues para ir allí bastaba con atravesar el Tibidabo por la Rabassada y no el canal de la Mancha. Por el

contrario, los suspendidos, hipotéticos repetidores del curso recién finiquitado, eran condenados todo el verano a las academias de recuperación o, si sus padres eran de posibles, a alguno de esos internados generalmente regentados por curas que hacían su agosto, nunca mejor dicho, a costa de los zopencos que ganduleaban dedicándose a calentar sus bancos a lo largo del curso. Resultaba tan curioso como sospechoso que en septiembre aprobaran hasta los más burros, para mí que existía alguna sutil conexión entre los colegios de invierno y los de verano del tipo yo le dejo a mi hijo aquí en su internado, lo que me cuesta un huevo, y ustedes me lo aprueban en septiembre. La típica transacción comercial acostumbrada entre la burguesía y el clero. Total, un asunto de pasta como tantos otros.

Las mañanas, entre chapuzón y chapuzón, transcurrían plácidamente mientras hacíamos planes, más o menos descabellados, para el largo verano tras el cual en septiembre volveríamos al redil con la nostalgia a cuestas si había suerte —que casi siempre la había porque con tanto tiempo libre y tanto calor las chicas con tantas hora libres, para no aburrirse, se tornaban más permisibles— de nuestros amores veraniegos que iban a hacernos soportable el siguiente curso. En ocasiones, aquellos escarceos por inercia se prolongaban durante el otoño y, si sobrevivían el invierno y la primavera, volvían a empalmarse con el siguiente verano y así sucesivamente, hasta llegar a la forzosa confirmación de un noviazgo, algo en lo que no tenía la menor intención de caer, pues tras el noviazgo, no cabía otra que el matrimonio que, a juzgar por el de mis padres, siempre a la gresca, era una perspectiva que no me seducía lo más mínimo.

Como casi siempre, me daban las dos y tenía que salir a escape hacia casa, donde, bronca segura —mi padre ya estaba a la mesa—. Mi madre, que llevaba las riendas del hogar con mano de hierro, me largaba una filípica de aquí te espero y me amenazaba con no volver a darme ni un duro extra para Piscinas, ni para nada, terrible proceder que se hubiese zanjado de haberme asignado una semanada más espléndida para que yo la administrase a mi antojo, pero mis padres partidarios de la estimulante truco de la zanahoria, si sacaba buenas notas, o el palo, si cateaba alguna asignatura, no querían, decían, malacostumbrarme. También, hay que reconocerlo, porque era un manirroto y me conocían. Así me tenían agarrado por la cartera obligado a mendigar —que si para el cine, que si para un libro, que si para esto que si para aquello etcétera— más a menudo de lo que yo deseaba. Por fortuna, sin embargo, mis abuelos en santos, Reyes y cumpleaños, eran lo suficientemente generosos para regalarme algún dinero que yo alargaba lo indecible —y luego decían que era un manirroto— y conseguía más mal que bien, ir tirando.

Y después de comer, cada día siesta, algo recomendable para evitar la chicharrina del mediodía, y luego, a eso de las seis, me acercaba al parque cercano a casa que, como refrescante mancha verde se abría sobre el mugroso empedrado de las calles adyacentes, en el que, por el modesto pago del alquiler de la silla podía participar en la variopinta tertulia que se organizaba cerca del estanque de medianas dimensiones situado al lado de una de las puertas de acceso de la zona noroeste que era uno de los mayores encantos del lugar. Sin embargo, yo por lo regular accedía por la entrada principal que al venir desde casa me caía más a mano, flanqueada a la derecha por un minúsculo quiosco de diarios, revistas, tebeos y novelitas de a duro y demás tonterías —incluso en carnaval tenían aquellas modestas caretas de cartón a las que invariablemente se les rompía la goma a los diez minutos—, y a la izquierda por el puesto de golosinas donde se podían encontrar desde darlings hasta las *paperinas* de chufas, altramuces o *torraos*, la regaliz en rama, y también cigarrillos —Bisonte y Chester— al por menor lo que me permitía llegar al corrillo fumando como una locomotora. Allí se charlaba sobre las más diversas cuestiones que comenzaran por donde comenzasen —como moscas revoloteando alrededor de un excremento— siempre acababan posándose en el único tema que acaparaba nuestra unánime atención: las chicas.

Estábamos, estaba, en aquella edad en que las chicas, esos seres insondables que nunca sabes por dónde te van a salir, parecían como rodeadas de un halo de misterio que, con el paso de los años nos percataríamos que imprimía carácter, por ello jamás acababa de disiparse, y que a muchos erróneamente les conduce a condenarlas a una generalización sin matices que les lleva a tajantes conclusiones del tipo «todas son iguales» o «existen dos clases; las señoras putas y las putas señoras» como decía el gracioso de Lamberto, un mastuerzo que iba al instituto, escuela de la vida, donde aprendía aquellas cosas, y que se jactaba de haber ido de putas. Sin embargo, en aquellos días despreocupados, ajenos a todo cinismo, se nos antojaba, se me antojaba, que el misterio envuelve al género femenino de muy diversas formas, lo cual no era óbice para que sintiéramos un vivo interés por ellas, tanto más cuando, gracias a las absurdas imposiciones consecuencia del vigente concordato con la Iglesia, en los colegios, para combatir la concupiscencia de los adolescentes, siempre salidos, se nos mantenía como a los conejos convenientemente separados por aquello de la yesca y la estopa que el diablo, que no tenía nada mejor en que matar sus eternas horas de aburrimiento, soplaba y la liaba como se había visto en tantas ocasiones. Sin ir más lejos, como en el reciente caso de Pituca Reyes y

Coque Costafreda, casados de penalti, un secreto a voces guardado celosamente por las familias de ambos contrayentes que, justo después de la boda, partirían rumbo a Mallorca, y no porque fuera un clásico destino para recién casados, sino porque el padre de Luis tenía abierta allí una sucursal de su negocio de transportes marítimos donde iba a ponerle a trabajar a fin de esconder oportunamente el feliz acontecimiento de la llegada de un nuevo miembro de la familia Costafreda y poder ocultar, la gente hacía sus cuentas, la fecha exacta del nacimiento del fruto de un momento, o varios, de calentón, para acallar tanto cotilleo sobre el orden que debía existir entre Pascuas y Ramos que la parejita acababa de saltarse a la torera. No todo el mundo, sin embargo, podía esconder aquellos deslices como, por ejemplo, la hija del colmadero de la esquina, la pobre Nati, que se casó por la iglesia, ¿cómo si no?, con aquel aprendiz de fontanero, enciendo un aparatoso bombo de seis meses que, durante el tiempo del embarazo, fue la comidilla del barrio.

Esas chafarderías, sin embargo, me la traían floja, lo que motivaba mi interés era lo que sucedía antes de tomar tan drásticas medidas, pues qué tendrían las chicas que nos hacía perder la cabeza que a su vez ellas también perdían. Se contaban historias, se especulaba porque nadie, a excepción de Lamberto, tenía una idea demasiado clara de lo que debía hacerse en el momento de la verdad. También se decía que el instinto supliría con creces la falta de experiencia ¿Quién no se había encontrado por la calle con alguna pareja de perros vagabundos haciéndolo? Sí, el instinto guiaría nuestros pasos a la hora de enfrentarse a las chicas, aquellos proyectos de mujer insondables.

Sentados en aquel corrillo, contemplábamos con curiosidad sus evoluciones. Paseaban como una falange macedónica, en grupos compactos para evitar dejar algún resquicio que nos hiciera más fácil abordarlas. No obstante, algunas más descaradas, por lo general las más niñas, separadas del rebaño, no dudaban en venir a exhibir sus encantos a nuestra vera para saltar a la comba o trepar a las paralelas, y mostrarnos sus encantadoras braguitas de algodón, lo que nos encandilaba, y suscitar algún que otro jugoso comentario que, no obstante, pronto quedaba ahogado entre las risotadas de los más mayores del grupito que, aunque en menor número, condescendían en compartir su escasa experiencia con nosotros. Porque los mayores, cuya diferencia de edad en aquellos días era mínima, a lo sumo un par de años, tampoco tenían demasiado clara la cuestión en unos tiempos en que la educación sentimental de la juventud dependía de una serie de confusas pistas obtenidas a base de las pocas novelas, consideradas aptas para mayores con reparos que por descuido la censura dejaba

escapar y que junto a algunas películas, para mayores con reparos, y ciertas revistas francesas, coladas de extranjis, también constituían las escasas fuentes de información de que disponíamos. Lejos de la explícita crudeza que la vida iba a desvelarnos, más que con una información fehaciente especulábamos con las insinuaciones, palabras cazadas al vuelo en algún involuntario descuido de quienes tenían encomendada la tutela de nuestra castidad, una incomprensible manía antinatural que les tenía obsesionados.

Aquella tarde, sentado en una silla al lado de Pepo, contemplábamos el desfile de bellezas de las cuales admirábamos en especial a las más creciditas, esas que ya usaban sostenes que debían contener aquellos magníficos pechos redondos cual jugosas naranjas y que las más flacas, aquellas que estaban como tablas de planchar, simulaban a base de algodón hidrófilo. ¿Has visto esa?, me preguntó Pepo. ¿Cuál? La de niqui verde, Mitus. A mí me desagradaba que me llamasen Mitus —de Jaime, Jaimito, Jaimitus, Mitus— apelativo por así decirlo cariñoso que empleaban mis padres haciéndome sentir un niñato, pero a Pepo, aunque no era de mi colegio y durante el curso sólo veía en los fines de semana, en especial cuando montaba una fiesta en su casa, no me quedaba otro remedio que consentírselo pues, desde hacía un par de años, habíamos entablado una estrecha amistad. Pepo penaba en los hermanos de la Bonanova, era un tío muy cachondo que había conocido en una fiesta de tarde en casa de los Permanyer, unos parientes lejanos de mi padre que tenían dos hijas a cual más plasta y a las que, en cumplimiento de mi deber, me vi obligado a sacar a bailar con cierto asco ya que ambas, vaya una desgracia, tenían un aliento nauseabundo que tiraba de espaldas. Huelen a cadáver, me señaló Pepo oportunamente, a esas no hay quien se las morree, comentario que selló nuestra incipiente amistad.

Sí la del niqui verde, insistió Pepo. Vaya, de dónde ha salido ese pedazo de tía. Se llama Celsa, prosiguió Pepo, la conozco de Vilassar, pero no hay que hacerse ilusiones, es una calientabraguetas de aúpa. Estigmático calificativo capaz de ahuyentar al más salido. Luego, para ilustrarme, me habló de la verbena de San Juan del año pasado en el casino de veraneantes en la cual, después de dejarse *arrambar* hasta ponerle a cien, cuando ya la creía en el bote, la tal Celsa no había consentido en que, pese a su insistencia, Pepo hiciese un aparte con ella y la llevara a dar una vuelta por el jardín, con el sano propósito de morreársela y meterle mano, si cupiera, y ver hasta dónde era capaz de dejarle llegar. No hubo tal, pues le soltó la manida excusa de no puedo, mis padres están ahí, un corte que resultó bastante embarazoso y Celsa se escabulló y fue a sentarse con el grupito de los mayores, es un decir porque a fin de cuentas aquellos pavos, que

aparentaban estar de vuelta de todo, andarían como mucho por el primer año de carrera y aunque era de suponer que a Celsa le hubiese quedado un mal sabor de boca con lo pesado que se puso Pepo con lo del paseíto, sin embargo, al verle se acercó tímidamente hacia nosotros para saludarle porque era muy educada como tuve ocasión de comprobar más adelante.

Esta es Celsa Fueyo, una amiga de Vilassar, presentó Pepo, y este es Mitus Rodés. Encantada, me soltó la chica displicente, que vista desde más cerca estaba como quería.

El jersey que llevaba parecía deliberadamente de una talla más pequeña, como esos que llevaban la Loren o la Lollobrigida, lo que resaltaba lo que tenía que resaltar, para poner en evidencia que de algodones nada —¿de dónde habría sacado aquellas magníficas tetas? —, en cuanto al resto no dejaba nada que desear. De rostro regular, grandes ojos marrones a juego con su media melena castaña, nariz respingona, Celsa era más bien altita y de piernas longuilíneas que arrancaban de un culito sugerente que unos ajustados vaqueros resaltaban. No era de extrañar que Pepo hubiera intentado llevársela al huerto, bueno, de paseo, y que se hubiera llevado un cabreo de muerte cuando ella se negó a pasear con él al abrigo de las miradas indiscretas de los restantes verbeneros. Era natural, pues, que durante el invierno no la hubiese invitado a sus orgías, como él llamaba a las fiestas clandestinas en casa de sus padres, pues tenía la impresión de que Celsa le iba a salir rana, es más, ya le había dado prueba de ello.

Un poco hartos como estábamos de aquella tertulia hoy bastante aburrida, cuando Celsa nos propuso que la acompañásemos, no dudamos ni un instante y deambulando por los senderos del parque la escoltamos en un largo paseo, como una pareja de la Guardia Civil, hacia la salida donde decía haber quedado con una compañera de clase. Entre tanto Celsa no dejó de parlotear ni un momento —que si su colegio, el mejor, que si la barca de su padre, la mejor de Vilassar, que, si después de mucho insistir, su madre, la mejor madre del mundo, había accedido a comprarle aquellos vaqueros aunque no estaba demasiado convencida de que fueran la prenda indicada para una señorita, pero en verano, al fin y al cabo podían tolerarse, pues muchas chicas los llevaban— daba la impresión de no querer que Pepo metiera baza en la conversación, más bien monólogo, y le lanzase ninguna indirecta acerca de lo sucedido el pasado verano. A mí tampoco me dejaba hablar de modo que, con tanta charla, los encantos de nuestra acompañante empezaron a difuminarse. Era un tostón viviente, parecía que hubiese comido lengua, y aunque a hurtadillas no paraba de echarme miradas y tropezarse conmigo, yo

rogaba por verla desaparecer cuanto antes. Por fin llegamos a la entrada del parque donde se había citado con su amiga que no tardó en llegar. Era un retaco de catálogo, una de esas feas escogidas para realzar la belleza de la reina de la fiesta, indudablemente Celsa. Así que allí se despidió el duelo. Pepo y yo nos acercamos a un bar que disponía de una máquina de millón changada con lo que nos forramos a sacar partidas gratis y Celsa y Nosequién, a lo suyo, tomaron un taxi.

A la tarde siguiente había quedado con Pepo en el parque. Traía noticias frescas. Resulta, me dijo, que Celsa le había telefoneado a la hora de cenar para invitarle a una fiestecita que daría por la tarde en el jardín de su casa de Pedralbes que tenía piscina y todo, subrayó, para celebrar que ha recibido ya sus notas y ha sacado, hay que joderse, seis matrículas de honor.

¡Cojones con la niña!, no sólo estaba buena sino que encima era de las que sacaban matrículas y todo. La pena es que cascaba unos rollos de aúpa. Pero, con todo, accedí a acompañar a Pepo ya que Celsa le había dicho textualmente, me dijo, que le *encantaría* que yo viniese, subrayándolo antes de colgar el teléfono. Una invitación, a saber por qué, en toda regla, porque yo, todo hay que decirlo, aparento más años de los que tengo y, la verdad como chico no estoy nada mal como Celsa posiblemente había advertido delatándose con sus insistentes miradas de la tarde anterior.

¿Celsa, Celsa, qué intenciones albergaba aquel monumento andante? De golpe me olvidé de sus rollos e intuí que podía sacar tajada.

Para ir a la fiesta cogimos un taxi que nos dejó en la Cruz de Pedralbes, vaya faena, pues el muy imbécil del taxista había perdido su indispensable Guía Urbana de Barcelona y no sabía dónde se encontraba la calle Orpí, ni Pepo tampoco lo recordaba, mejor dicho, no lo sabía ya que jamás había estado en casa de Celsa en Barcelona a la que al parecer sólo trataba durante el veraneo. Así que, a patita, nos adentramos en el laberinto de calles cercanas al monasterio para ver si dábamos con algún vecino que nos indicara la callecita de marras. Tarea inútil porque en aquella zona, y a aquella hora, daba la sensación de que un desastre nuclear hubiera acabado con sus habitantes. Sin embargo, de no muy lejos nos llegaba una musiquilla no demasiado buena pero tampoco demasiado hortera que anunciaba fiesta a la vista y hacia allí nos dirigimos.

Desde la puerta del jardín observamos un grupito que bailaban al compás de la música que nos había guiado hasta allí. Eran discos de

Renato Carosone, Marino Marini y otros plastas así, los típicos éxitos del verano, del verano de aquí, se entiende, porque en Italia habían pasado de moda hacía la tira, que el encargado de los discos mezclaba con algún rocanrol del no menos plasta Tommy Steel, nada que ver con la música que me gustaba, Louis Armstrong, Benny Goodman, Louis Prima o los hermanos Dorsey. Esos sí que eran la repera de músicos.

Nos abrió la puerta una sonriente sirvienta muy emperifollada con un ajustado uniforme negro, delantal blanco almidonado, cofia y todo. Era más o menos de nuestra edad, yo diría que un poco mayor y todo, y sin el uniforme hubiera estado lo sobradamente potable como para echarle los tejos. Nos soltó: ¿Son ustedes invitados de la señorita Celsa? Pues claro so mema, pensé, sino cómo nos hubiésemos atrevido a plantarnos allí donde Cristo dio las tres voces. Con todo, era bastante normal que tomase sus precauciones pues había cientos de gorrones dispuestos a colarse en las fiestas si daban de merendar y eran lo suficientemente concurridas para pasar desapercibidos, y ésta lo era como pudimos comprobar al pasar al jardín.

Había un montón de gente entre la cual Celsa se abrió paso para venir a darnos la bienvenida. Hola, Mitus, me estrechó la mano dejándola unos instantes asida a la mía y, prescindiendo de Pepo, me soltó, qué bien, por fin te has decidido.

Luego, al bailar con ella, me enteré de que Pepo, de entrada, le había dicho que igual yo no podría venir. Seguramente porque le molestaba que Celsa hubiese manifestado un aparente interés hacia mi persona al insistir en que yo viniese. Aunque calientabraguetas, Pepo parecía creer que Celsa era de su exclusiva propiedad, a fin de cuentas él la había visto primero y, a pesar del chasco que se llevó de la noche de San Juan, parecía no estar dispuesto a soltar aquella magnífica presa.

Pepo que, aunque insistente, no tenía un pelo de tonto, hizo mutis dejándonos solos para acercarse a la mesa de los refrescos y yo me quedé plantado delante de Celsa con cara de tonto mientras pedía al cielo que no me largara otro rollo similar al del día de nuestro primer encuentro. Pero no, en lugar de comenzar con su retahíla de memeces, enseguida me insinuó que quería bailar porque *Maruzzella* de Carosone, que a mí me daba cien patadas, era una canción que le gustaba mucho. Accedí, qué remedio, y me propuse guardar la distancia requerida para no caer en errores similares a los de mi amigo. La cogí por la cintura y nos pusimos a seguir la música, sorprendido de que a la primera de cambio Celsa plantificara sus

magníficas tetas contra mi pecho, intuí que para demostrar que lo que albergaba su jersey verde —ahora para recibir, se había puesto un vestidito de piqué blanco muy de niña bien— no era ningún espejismo. Sin embargo, mientras bailábamos, como me temía comenzó de nuevo a cotorrear. Otra vez, me dije, así que la llevé a mi terreno lanzándome a tumba abierta para dejar bien sentado cuáles eran mis gustos particulares.

Pues a mí, le dije, me gusta más la música americana, el jazz, y le recité algunos nombres de mis ídolos. También me gusta el cine, los bolos, las motos. Por cierto, mi padre me ha dicho que si apruebo este año, me regalará una Mobylette. Celsa encajó el primer asalto, la verdad un tanto breve pero lo suficientemente largo para dejar algunas cosas en claras. A mí, respondió, es que no sé quiénes son los músicos de los que me hablas. Donde estén los italianos. Y ahora en verano, proseguí sin hacerle caso, el tenis y la piscina. Y seguro que además también las chicas. A lo mejor tienes novia y todo, me dijo.

No comprendí a santo de qué venía aquella afirmación, a mi entender demasiado personal por parte de una chica con la que apenas si había cruzado, era un decir, media docena de palabras. Sí, había tenido algunas *novias* si como tales podían calificarse ciertos tonteos que no había pasado de hacer manitas en el cine y algún que otro beso de una monacal castidad, pero aquello me parecía que no era de su incumbencia aunque, sin embargo, tras su insistencia en invitarme, en sacarme a bailar y ahora al salirme con esas, me pareció intuir cuales eran sus intenciones tanto más cuando, calientabraguetas al fin, se me agarraba como un pulpo. Pero al recordar de nuevo la lamentable experiencia de Pepo yo fingía no darme cuenta cuando, sin dejarme responder me soltó: Pues si tanto te gusta la piscina te invito a bañarte en la nuestra. ¡Coño, menudo chollo! Era cuestión de no desaprovechar aquel mirlo blanco tan apetitoso a pesar de sus rollos.

Celsa prosiguió advirtiéndome de que la invitación se extendía por el breve período que mediaba desde aquella tarde y la víspera de San Juan, pues sus padres tenían planeado instalarse en Vilassar donde aquel año se encargaban de organizar una verbena en su casa. Luego puntualizó que por lo general las mañanas las pasaba sola o con alguna de sus amigas. Su padre, un famoso procurador de tribunales, debía acudir diariamente a los juzgados y su madre prefería ir a bañarse al Polo donde se encontraba con sus amigas para una sesión de despelleje de las ausentes.

Tras asegurarle que no tenía novia ni nada parecido pues, agregué insolente, soy un lobo solitario, cuando en realidad no era más que un

bobo solitario, Celsa lanzó un suspiro muy elocuente y se apretujó un poco más contra mí. A partir de ese instante, Celsa me pareció menos rollo de lo que creía y me dejé llevar por ella intentando que no se percatara del estado en que me había puesto con el permanente roce de sus pechos duros como melocotones de viña.

Entre baile y baile —más Carosone y más Marini, aderezados con algún Modugno de las narices y otras hierbas—, nuestra relación fue estrechándose hasta el punto de que casi meto la pata y caigo en el error de Pepo al proponer a Celsa si le aparecía dar una vuelta por el jardín —que era de suponer se sabía de memoria— cosa imposible además porque estaba lleno de invitados, de modo que nos acercamos a la mesa de los refrescos donde puede comprobar que Pepo había desaparecido. Estaría bailando por algún rincón mientras intentaba ganarse la vida con alguna despistada.

Tras sendas cocacolas —Celsa, dueña de la casa logró que el camarero reforzase el mío con ron, ella no podía hacerlo para evitar murmuraciones—, en calidad de anfitriona, Celsa se dedicó a interpretar su papel, su padre había aprovechado la fiesta para invitar a algunos hijos de sus clientes con los que tenía que hacer el paripé. Así me quedé solo allí plantado mientras buscaba a Pepo con la mirada. Nada, ni rastro, parecía habérsele tragado la tierra, sin embargo, mi mirada iba a posarse reiteradamente en Celsa que bailaba agarrada, me pareció, a unos y otros, lo que me sentó como un tiro. ¿Les estaría invitando también a su piscina?

La fiesta transcurría sin que pudiese meter baza, es decir, volver a bailar con Celsa dedicada a coquetear con sus invitados. El par de cubalibres que había soplado me ablandaron lo suficiente como para encontrarme de repente en brazos de aquella Nosequién de la otra tarde que se pegaba como una lapa, único argumento del que disponía para cazar a algún despistado con aire de cuantoantes, que no era mi caso, pero, sin embrago, yo me dejaba querer con una cierta sensación triunfal. Celsa me sacaba a bailar y me invitaba a su piscina, Nosequién también me sacaba mostrándose bien dispuesta. En fin, lo dicho, yo era el triunfador de la larga tarde de verano que comenzaba pausadamente a declinar, hasta que los invitados, y especialmente las invitadas, comenzaron de desfilar como podía advertirse por los numerosos huecos que comenzaban a surgir en la pista de baile que me devolvieron a los brazos de Celsa que me espetó con un tono de cierta recriminación, espero que te hayas divertido con Tota. De lo que deduje que la tal Tota, su amiga del alma, era nada menos que aquella cachonda de la Nosequién y enseguida salté, es que como tú andabas tan ocupada. Has de entender que era mi fiesta y tenía que

quedar bien con los invitados. Y entonces, fue como un chispazo, se abalanzó sobre mí para estamparme un breve beso en los labios.

¿Hacían falta más pistas?

Tuvimos que regresar a pie, por la zona no había ni un mal taxi que llevarnos a la boca. Que tal te ha ido, indagó Pepo. Y yo por no incordiar a mi amigo, que sabía que lo de Celsa podría haberle cabreado, y también porque soy un caballero, le respondía escuetamente que de perlas y añadí: y a ti, que no se te ha visto el pelo ¿qué tal? Entonces Pepo me lo explicó todo. Resulta que fingiendo buscar los servicios había acudido a Encarnita, la tata, ahora simplemente Encarnita ¿eh?, con la que si patatín, que si patatán, se había enrollado dándose un lote de aúpa hasta tal punto que había quedado para el jueves por la tarde, día en que la susodicha libraba, ocasión en la que esperaba llegar a mayores porque Encarnita sabía latín.

Pepo no dejaría nunca de sorprenderme.

Al día siguiente emplee el dinero que había sacado a mi madre para ir a Piscinas, en coger un taxi que me dejase en casa de Celsa. Me recibió Encarnita para obsequiarme con una sonrisa de complicidad e informarme que la señorita Celsa estaba en la piscina donde me dirigí presuroso con el corazón en un puño.

Celsa se hallaba sobre una tumbona protegida por una sombrilla ya que observaba una vieja costumbre heredada de su madre y no tomaba el sol pues el moreno, me dijo, hacía charnego, lo que no impedía que su dos piezas le permitiese lucir el ombligo, y realzar aquellas magníficas naranjas que tan intrigado me tenían porque además las dos piezas de su traje de baño, adquirido en París donde vivían exiliados unos parientes de su madre que solían visitar de ciento en viento, eran realmente pequeñas, a tal punto que podía contemplarse claramente la minúscula cicatriz de una apendicitis, buen trabajo, me dije. Sin levantarse me señaló —ven aquí Mitus— un hueco que había dejado a su lado seguramente adrede. Y yo, salido como un mono ante el inesperado espectáculo, obedecí hipnotizado por sus visibles encantos. Al poco comenzamos a tontear, besito va besito viene, pero nada de lengua, por lo que tuve que tirarme a la piscina para disimular lo que se había hecho descaradamente evidente. Celsa me siguió capuzándose con ese limpio estilo que sólo alcanzan quienes veranean cerca del mar y comenzaron las aguadillas y los jueguecitos subacuáticos aparentemente inocentes, donde mi mano tonta la agarraba por aquí y por allá sin parar de reír para

disimular mientras intentaba desabrocharle la parte superior del traje de baño, encantado pues Celsa no rehuía mis homenajes con lo que me puso de un cachondo de mucho cuidado. Luego, acorralada entre mis brazos y la escalera de la piscina se quedó mirándome a la espera de que fuese yo quien diera el primer paso y, cómo no, la besé en la boca con tenacidad hasta notar cómo su lengua afloraba decidida entre sus labios en busca de la mía.

Yo era un pardillo de esos que creía que los protagonistas en las películas se besaban juntando los labios, algo que no acababa de entender pues no veía placer alguno en eso de apretarse las bocas, pero Celsa, era evidente, había aprovechado fructíferamente sus estancias parisinas durante las cuales, por cierto, acudía al cine con harta frecuencia para aprender, porque allí en Francia no cortaban nada. Así, en un momento, perdí mi virginidad bucal con gran entusiasmo y profusión de babas. Luego perdería la otra, pero eso era una cuestión que ahora no venía a cuento. Celsa me había puesto en un estado tal que puse el meyba perdido pero por fortuna al hallarme en el agua pude disimularlo más bien que mal, el caso es no se dio cuenta de mi corrida ¿o sí? De nuevo en la tumbona un tanto apaciguado comenzaron otra vez los besitos, las carantoñas y las confidencias. Celsa me confesó abiertamente que la tarde del parque se había acercado a Pepo porque yo le había gustado que sino de qué, porque Pepo, perdona, por muy amigo tuyo que sea, no sabe cómo hay que tratar a las chicas. Ahí yo tenía mis serias dudas porque si no, no atinaba a comprender cómo se había dado el gran lote con la tal Encarnita que ahora justamente hacía su aparición para advertir que la señora no almorzaría, dijo textualmente, en el Polo como era su costumbre y había telefoneado para que advirtiesen a la cocinera que contaran con ella. Así que lo más prudente, tal como me dijo Celsa, sería que me largara, porque sus padres eran bastante mojigatos y era mejor no darles qué pensar. A continuación se puso de pie, se arregló la parte de arriba del biquini, me pidió que le diera mi número de teléfono —no era cuestión de usar a Pepo como mensajero— y me despidió diciéndome, pronto nos veremos, te llamaré.

En espera de la llamada de Celsa, aquella mañana no fui a Piscinas. Mi madre, que aguardaba mi sablazo, se extrañó mucho. Improvisé una excusa, le dije que me dolía la cabeza de modo que para disimular tuve que tragarme una aspirina que se empeñó en prepararme diluida en un vaso de agua con azúcar para disimular el mal gusto y que me produjo un sudor terrible. En vano aguardé hasta media mañana una llamada que no se produjo. Telefoneé a Pepo a ver si tenía el número de Celsa, vana intentona, uno de sus hermanos me dijo que se había ido a Piscinas con unos amigos de clase y, claro,

ahora, *enfermo* como estaba no podía fingir una milagrosa curación que mi madre no se hubiera tragado. Alrededor de las dos, al irnos a sentar a la mesa, sonó el teléfono. Era Celsa, para decirme que lo sentía muchísimo, pero su madre se había empeñado en llevarla de compras, pero que si me apetecía —pues claro que me apetecía—, aquella tarde podríamos vernos en el parque donde el otro día nos había encontrado.

Para evitar comentarios la esperé antes de llegar a las sillas oportunamente distanciado del grupo. Con media hora de retraso, tras fumarme tres Bisonte, no tenía para Chester, apareció Celsa radiante con su ajustado jersey pero en lugar de ir en vaqueros se había puesto una faldita amplia de cuadros a juego. Al reunirse conmigo no hubo ni un triste beso, no quería, dijo, dar el espectáculo, sin sospechar que Encarnita desde la ventana de su cuarto había espiado nuestros juegos acuáticos para ponerse presumiblemente cachonda y tocarse. Luego paseamos un rato cogidos tontamente de la mano y fuimos a sentarnos en un apartado banco al abrigo de miradas indiscretas y, en cuanto comprobamos que no transitaba nadie por el sendero, comenzamos la faena y nos morreamos como posesos, como si el mundo fuera a acabarse. Fue entonces cuando Celsa me preguntó por mis planes para aquel verano que iba a separarnos.

Desde Bellaterra a Vilassar no había ninguna combinación directa como yo no bajara a Barcelona con los Ferrocarriles Catalanes, y una vez allí tomara la RENFE a Vilassar, una difícil combinación. Entre achuchones y arrumacos planeamos el momento de volver a vernos porque Celsa, que aseguraba no poder pasarse sin verme, me soltó de repente que sus padres habían decidido subir al pueblo, dijo, pasado mañana para preparar la verbena. Maldije mi suerte pues aún no tenía mis notas y mi futuro incierto me impedía hacer planes a tan corto plazo. Sin embargo, aún nos quedaba mañana cuando, si su madre se iba al Polo a bañarse, podría pasarme por casa de Celsa a disfrutar de su piscina y otras cosas mucho más estimulantes.

Antes de cenar me llamó Comesaña, un zoquete de mi curso quien, sin saber por qué, sentía una gran admiración hacia mi persona, para decirme que esa tarde en el cole habían comenzado a repartir las notas y que él lo había aprobado todo. De ser así, si Comesaña había pasado curso, seguro que yo también. Sin embargo, no quise adelantar acontecimientos y no les dije nada a mis padres hasta no tener las notas en la mano. Las iría a recoger mañana a primerísima hora y enterarme de que las había aprobado todas, excepto gimnasia que, como era una maría, no contaba, más cuando mis padres sabían de mi afición por el tenis que suplía de sobras la

gimnasia. Feliz como unas Pascuas, al regresar a casa para comunicar el notición —la verdad es que había estado haciendo el vago todo el curso y no tenía demasiadas esperanzas— Paqui, la asistenta de casa, me dijo que mi madre había ido a la peluquería y papá, claro, en el despacho como siempre, de modo que mi repentina euforia se apagó pues ya no había razón para quedarse el Barcelona, y comencé a maldecir entre dientes al recordar que ello iba a privarme de mis citas cada vez más apasionantes con Celsa, quien al rato me llamó para decirme que su madre había decidido quedarse en la cama con las cortinas de su habitación echadas para mitigar una terrible jaqueca que se había presentado inoportunamente, pero que si quería podíamos vernos por la tarde para ir al cine, pues un cliente de su padre dueño de varias salas, le había regalado entradas para ver *Ben-Hur*, una de romanos recién estrenada en cinemascope. Acepté la invitación y, la verdad, es que metidos en el ajo, Celsa se había vuelto a poner su amplia faldita, apenas si nos enteramos de la peli durante la cual tuve que realizar grandes esfuerzos para que no se me fuera el santo al cielo y dar un espectáculo que me pusiera en evidencia.

Como las había sacado todas, mis padres, que no dieron ninguna importancia a lo de gimnasia, no pudieron negarme que subiera a Vilassar para la verbena que los Fueyo habían organizado. Al salir del cine urdimos un plan. Celsa me dio la idea. Que Pepo me invitase a su casa de Vilassar aunque para ello tuviera que invitarle también. Total, qué más daba uno que dos, así que llamé a Pepo para comunicarle mi plan. No hubo problemas, Pepo tenía tres hermanos y en su torre había espacio de sobras, sin embargo, no pudo menos que preguntarme qué había de lo mío con Celsa. Le respondí a la gallega con otra pregunta. ¿Y tú con Encarnita qué? Me dijo que nada porque el jueves por la tarde los padres de Celsa la habían retenido para que empaquetara un montón de cosas que necesitaban subir a Vilassar, pero en el fondo se alegró porque en la verbena suponía ya tendría ocasión de desquitarse, lo de Celsa era ya agua pasada, me dijo.

La víspera de la verbena después de comer, el señor Martí pasó por casa con su ranchera hasta los topes para recogerme, lo que aprovechó para conocer a mis padres quien agradecieron el detalle no sin antes hacerme las oportunas recomendaciones, pórtate bien y que si tal y que si cual, que aguanté pacientemente ya que mi padre, en un aparte, me metió en el bolsillo cuarenta duros para que quedase bien con mi amigo. Y, acto seguido, emprendimos el camino cuanto antes para evitar las dichosas colas del gentío que dejaba la ciudad rumbo a las numerosas verbenas de las poblaciones costeras para ponerse de champán, coca y petardos hasta el gorro como mandaba la tradición

Como tardábamos la tira y el hermano menor de Pepo no paró de berrear y decir que tenía sed, luego pipí y por último que se mareaba, el padre de Pepo tuvo que detenerse varias veces, comencé a ponerme nervioso, sin contar con el premio que esperaba recibir al final de la excursioncita que iba a compensarme de sobras por aquel coñazo. Para distraerme intenté dar conversación a Pepo, pero, claro, en el coche no podíamos hablar de ciertas cosas con su padre al volante —su madre había subido en tren dos días antes para abrir la casa—, así que tuve que improvisar preguntándole si había ido a ver *Ben-Hur* que tampoco había visto, por otras razones distintas a las mías, y a su vez no tenía intención de ir a ver porque le habían dicho que era un tostón bíblico de mucho cuidado y además estaba de curas hasta el moño.

Después de una cena de esas para salir del paso, un gazpacho y una tortilla de patatas que engullimos a toda prisa, el padre de Pepo nos largó un sermón que podía resumirse en cuatro palabras «ojo con las chicas». El señor Martí, gato viejo, sabía de lo que hablaba pero sus advertencias nos entraban por un oído y nos salían por el otro, aunque por educación, no era el caso de dejarle con la palabra en la boca, aguantamos el chaparrón de recomendaciones que, en cuanto amainó —al señor Martí se le acabó la cuerda enseguida— salimos disparados a casa de Celsa cercana a la de los Martí.

Durante el breve trayecto —¿no he dicho que Pepo no dejaría nunca de sorprenderme?— mi amigo con mucho misterio extrajo del bolsillo de su camisa un sospechoso sobrecito de reducidas dimensiones cuyo contenido me mostró con orgullo. Se trataba nada menos que de un preservativo, vamos, un condón, cuyo modo de empleo, intuido tras tantas tertulias en el parque, sin embargo, se me escapaba, porque en esas cuestiones yo andaba in albis. Pepo tenía la intención de estrenarlo con Encarnita porque como me había asegurado la chica sabía latín. También me ofreció otro, por si las moscas, pero yo no creía que hubiera ocasión de utilizarlo que, aunque Celsa tragara lo suyo, que tragaba, no me parecía que pudiese llegar a tanto que en su ambiente la mayoría de las chicas, si dejábamos aparte a la tontaina de Pituca Reyes, por muchas cochinadas que te hicieran y se dejasen hacer, defendían su honra —palabra que me hacía mucha gracia porque tenía un sabor rancio como en una obra de Calderón que nos habían obligado a leer en el colegio— como gatos panza arriba y, hasta la fecha, al meterle mano no me había permitido alcanzar aquella meta prohibida sobre la que tanto especulábamos en las tertulias del parque. Decían, los más espabilados, que era una cosa húmeda y calentita como una boca sin dientes y que las chicas sentían mucho gusto al meterles el dedo allí.

¿Fábulas? Para desvelar el misterio lo más seguro era zanjar la cuestión y acudir a una especialista en el tema, pero yo carecía de dinero y de valor para hacerlo como aquel Lamberto del parque que ya se había estrenado.

Desde la calle en el jardín podían verse esos farolillos chinos de papel que suelen colgarse en las verbenas para dar ambiente. Una cursilada, porque qué tenía que ver San Juan con el celeste imperio, otra cursilada que decían los enterados para referirse a la China. Celsa, que estaba tremendamente guapa con aquel traje sin hombros que llevaba, vino a recibirnos en persona pues a Encarnita le había dado permiso para ir a la verbena del casino del pueblo, con lo que Pepo puso cara de mi gozo en un pozo maldiciendo el dinero malgastado en sus, ahora en principio, inútiles condones, que el elenco femenino era el de las estrechas de la colonia de veraneantes a las que conocía de sobras, tanto como ellas a él y no tragaban. Nos condujo al fondo del jardín no sin antes presentarnos a sus sonrientes padres que desaparecieron enseguida para atender al sector carcamal de sus invitados, mientras Celsa, sin mayores preámbulos —sonaba oportunamente *Maruzzella*— me metía en la pista en busca de un rincón apartado de la vista de los mayores, para plantificar sus tetas sobre mi pecho y asegurarme que me había echado mucho de menos y, de ser cierto, me dije, qué va a ocurrir el resto del verano. Se me planteaba una angustiosa incógnita porque ya había quedado sobradamente claro que mis visitas a Vilassar, es decir a ella, iban a ser bien pocas con tanto lío ferroviario.

Después de bailar tres lentos, que aproveché para darle algún besito disimulado en los hombros, Celsa volvió a soltarme que debía atender a sus dichosos invitados y me dejó solo, es un decir porque Pepo se había quedado conmigo junto a un bufé repleto de cocas y el obligado champán de San Sadurní que los Fueyo, con ser todo lo pudientes que fueran, optaban por el champán catalán, más económico, que atacamos como si regresáramos de una expedición por el Sahara.

Aburrido de ver a Celsa pasar de unos brazos a otros, comencé a beber como un caballo, hasta advertir que el dichoso champán se me había subido a la cabeza y me sentí presa de una repentina euforia que me impulsaba a hacer el ganso de lo lindo bailando el rocanrol con Tota a la que, como la otra vez, saqué a bailar. Tota se puso a dar brincos con gran entusiasmo resignada a figurar como plato de segunda mesa, hasta que un nuevo *Maruzzella*, como por arte de encantamiento propició la aparición de Celsa que, sin duda, venía a reclamar sus derechos y, cocido como estaba la agarré con ímpetu por

la cintura, prescindí de padres, madres, invitados y toda la gaita y me puse a *arrambarla* con toda decisión, sin preocuparme del magnífico bulto que crecía bajo mis pantalones hasta el punto que fue Celsa, que pareció advertirlo, quien me propuso dar un paseo por la parte oscura del jardín donde los dichosos farolillos no alumbraban lo suficiente. Sin ser una esponja, Celsa había bebido lo bastante como para bajar la guardia y dejarse meter mano por todos los rincones de su espléndido cuerpo lo que justificaba diciendo que estaba piripi, otra cursilada a juego con los farolillos que me permitió alcanzar aquella húmeda región que hasta la fecha me había negado. Se puso como loca, como se dice, incapaz de controlarse hasta el punto que noté cómo su mano tropezaba, como quien no quiere, con el bulto de mis pantalones comenzando a acariciarme hasta que, sin poder aguantarme más, solté lastre poniéndole la falda perdida lo que fue el comienzo de una serie de maniobras que entre, estate quieto, Mitus, y cerrojazos de piernas cedió y culminamos el desastre final, mientras yo lamentaba haber rechazado el juicioso presente con que Pepo había querido darme atemorizado de que aquello pudiese traerme problemas.

Así perdí la virginidad algo que no pude decir de Celsa —con que calientabraguetas ¿eh?—. Parecía que sus viajes al extranjero le habían permitido perder la propia ya que no hubo ni sangre ni nada parecido, como me habían explicado. A hurtadillas entramos en la casa donde en el lavabo para invitados de la planta baja, nos compusimos la ropa y nos aseamos como pudimos sin parar de acometernos. Mi pecho batía como un tambor mientras contemplaba a Celsa cuyo rostro se había transfigurado hasta adquirir una inconmensurable aura de satisfacción que me hizo pensar en la cara que debía haber puesto Pituca Reyes el día de autos e intuí que aquel verano iba a ser pero que muy movido. Valía la pena ¿no?

* * *

Como ya se había acabado el cole, algunas tardes, harta de estar sola en casa, solía ir a pasear un ratito por el Turó Park y luego, casi cada día, quedaba con mi amiga Tota que vivía en Diagonal Infanta Carlota, cerca de allí, y nos íbamos a las granjas Balmoral o a alguna horchatería de Rambla Cataluña a charlar de nuestras cosas. Tota era mi mejor amiga, a ella podía contarle todos mis secretos, todo cuanto me sucedía que no era poco como lo que me había pasado recientemente la última vez que estuve con mamá en París y toda mi historia con Didier, aunque eso fueran cosas que no solían pregonarse porque, la verdad, en el fondo me daban bastante vergüenza que aquello me hubiese pasado con un francés, pero a Tota podía decírselo porque me constaba que me guardaría la confidencia como si se

tratase de un secreto de confesión. De modo que, tras un oportuno y largo preámbulo, tras hacerla jurar que no diría nada, se lo solté todo, bueno, todo no, y me quedé tan descansada como si me hubiera ido a confesar con el cura y todo, pero, claro, sin ni un padrenuestro de penitencia. Al principio parecía no dar crédito a sus oídos, pero enseguida se *acostumbró* a la idea incluso yo diría que me pareció que su admiración por mí había crecido junto una cierta pelusilla. La pobre Tota sentía adoración por mí porque como sabía que no era precisamente demasiado agraciada, el acompañarme le daba opción a conocer todos aquellos chicos que me iban detrás, que no eran pocos, y que no se hubiesen acercado a ella de no ser por mis encantos, que la verdad no estoy nada mal tal como veo en las miradas babosas que me dedican los chicos en especial cuando me pongo ese niqui verde que me compré a espaldas de mi madre, en las Galerías Lafayette del bulevar Haussmann cerca de casa de esos parientes cuya relación con mamá no acabo de entender, que mamá no hubiera dejado comprarme porque, la verdad, me viene demasiado ajustado. Tampoco entiendo, pero imagino, la impresión que puede causar ese niqui entre los hombres como no sea porque la verdad estoy, como dicen los chicos, bastante buena y con él les recuerdo a Gina Lollobrigida en esa película en que enamora a un sargento de carabineros, y no sé por qué digo que no entiendo, cuando en realidad sí lo entiendo por lo ocurrido con Didier porque además cuando un chico me gusta no soy capaz de contenerme. Es algo que me ocurre desde siempre y no tan sólo desde la adolescencia pues ya en la pubertad había experimentado esa sensación de desasosiego cuando me miraban haciéndome sentir desnuda y me ponía mentalmente como un tomate. ¡Menuda historia! Luego cuando me vino eso que inexorablemente ha de llegar a toda mujer me sentí como avergonzada. Ya era mujer con todo lo que eso comportaba, una responsabilidad a sumar a mis obligaciones como hija de Segundino Fueyo, siempre pendiente de su buen nombre y sus relaciones, que no hubiera visto con buenos ojos que acudiese a pasearme por el parque con la cantidad de gamberros que lo frecuentaban, esos chicos que me resultaban bastante más interesantes que esos hijos de sus clientes que mi padre invitaba a mis fiestas y con los que me obligaba a bailar, porque Celsa, me decía siempre, tú has de bailar con todos para respetar las normas de cortesía que a fin de cuentas eres la anfitriona. Y no debes mostrar interés por ninguno en particular hasta que no tengas novio. Así que en el parque me sentía de algún modo liberada de tantas normas gracias a las cuales me tocaba bailar para quedar bien con algunos callos, no como Didier, por ello siempre quedaba con Tota un poco más tarde con el fin de poder pasear, añorando a Didier, sus manos, sus besos, lo que me ponía un tanto triste, más bien melancólica, creo

que se dice. En mis paseos me cruzaba con un montón de chicas que deambulaban en grupo haciéndose las mataharis para lucirse ante los chicos, algo que me parecía patético, pues creo que ellos no les hacían ni el menor caso. Yo las esquivaba porque no iba a lucirme sino a disfrutar sola de mis pensamientos.

Una de esas tardes había quedado con Tota en la puerta principal del parque junto a un pequeño quiosco. Me había puesto mi flamante niqui verde porque como mi madre no estaba en casa —se había quedado a comer en el Polo con sus amigas de siempre para luego jugar al bridge—, no había nadie que me lo impidiera, ya que Encarnita la tata no tenía ni voz ni voto y es más, estaba segura de que, de haber podido, ella también se lo hubiese puesto, porque —yo la había espiado algunos domingos por la tarde cuando regresaba a casa— Encarnita se dejaba hacer por su acompañante de turno tal como yo me había dejado hacer por Didier y el niqui aquel era un imán que atraía a los chicos como la miel a las moscas. También me había puesto aquellos vaqueros que, tras mucho refunfuñar, mi madre había consentido en comprarme en Gonzalo Comella después de que la dependienta hubiese insistido en que aquello era la última moda y mi madre, que siempre quería estar a la última, aunque fuera por delegación, no pudo resistirse. Así hecha un brazo de mar cogí un taxi que me dejó delante de una de las puertas traseras del Turó, la que daba justo al lado del lago. Bajaría hasta la entrada principal caminando con calma pues aún faltaba un rato para mi consabido encuentro con Tota y allí en medio de un grupo de chicos vociferantes sentados en un extenso corrillo, advertí la desagradable presencia del pesado de Pepo Martí.

Pepo era un chico al que por suerte casi nunca veía en invierno, uno de esos conocidos del veraneo que vivía en una torre cercana a la de mis padres en Vilassar. Era un gamberro y un aprovechado, uno de esos sobre los que mi padre me decía, les das una mano y se toman el brazo, que el verano pasado en la verbena de San Juan me había sacado a bailar un lento y al que, por no montar un escándalo en presencia de la casi totalidad de la colonia de veraneantes, me vi obligada a dejar que se acercara más de la cuenta hasta que el muy imbécil —no sé qué se había creído—, me propuso que fuéramos a dar un paseo por el jardín donde estaríamos más *tranquilos*, a lo que me negué en redondo porque sus intenciones eran más que evidentes, así que le dejé plantado en la pista, justo cuando los del conjunto comenzaban a atacar, ya era mala pata, *Maruzzella*, mi canción favorita y me refugié en el grupito de los mayores.

Pepo me había visto y no me quedó más remedio que ir a

saludarle, porque el señor Martí era un saludado de mi padre. Sin embargo, no tuve ocasión de arrepentirme pues con él estaba otro chico. Se llamaba Mitus —qué nombre tan divertido— y era de un guapo que me recordó al James Dean de mis sueños, lo que hizo que me sintiese irresistiblemente atraída por él y dejase de pensar en Didier en un abrir y cerrar de ojos que a fin de cuentas hacía ya una semana que no recibía carta suya. Plantada en medio de los dos, sin saber qué decir, por salir del paso, me atreví a pedirles que me acompañasen hasta la entrada y sin saber muy bien porqué comencé a parlotear como una tonta diciéndoles un montón de bobadas sin dejar que Pepo metiera baza y se pusiera a hablar de Vilassar para que su amigo no fuera a figurarse algo de lo que —tampoco acababa de entenderlo— me sentía avergonzada, cuando lo lógico hubiese sido todo lo contrario, no fuese que Mitus se pensara que era una de esas chicas facilonas. Durante el paseo, sin embargo, intenté acercarme a Mitus, pero nerviosa como estaba no paraba de tropezar con él. Al llegar, Tota me esperaba con su cara de lela y enseguida cogimos un taxi para ir a Balmoral.

Estaba, he de reconocerlo, como aturdida. Aquel fortuito encuentro con Mitus me había abierto los ojos. A qué pensar en Didier, ante mi nuevo descubrimiento que tenía por cierto más a mano, lo que además podía ser una buena solución. Tota, que sabía de mi aventura parisina, no acababa de entender mi reacción.

No comprendía por qué después de ceder ahora me encaprichaba, dijo, de ese Mitus recién llegado a mi vida sentimental. Pero, claro, qué iba a entender Tota que, permanente ignorada por el elenco masculino en fiestas y fiestecitas, se había convertido en la clásica reprimida ejemplo viviente de lo que intentaban inculcarnos las monjas del colegio guardianas de nuestra virtud cuyos consejos de bien poco me habían valido. Cómo hubiera cambiado de modo de ser en caso de que alguno le hubiese hecho caso, ella siempre tan correcta en el vestir y en su comportamiento lo suficientemente pacato como para ahuyentar cualquier humano que llevase pantalones. Tuve que explicarle que los sentimientos surgían así de forma inesperada, eso que en las novelitas llaman el flechazo, aunque también, he de reconocer que yo era bastante dada a ello. Sin embargo, éramos amigas y no me atreví a echarle nada en cara, bastante cruz tenía con resultar tan poco atractiva, mejor dicho, agraciada como para pasarse las fiestas a cargo de los discos, así que cambié de tema para preguntarle si sabía algo de las notas que, me dijo, estarían al caer.

¡Seis matrículas de honor nada menos! Mis padres estaban encantados y para festejarlo me permitieron que diese una merienda

en el jardín de casa antes de subir a Vilassar. Una ocasión que ni pintada para volver a ver a Mitus. Lo malo era que no tenía su número. Sólo había un camino, usar a Pepo como mensajero. A la hora de cenar lo encontraría en su casa, así que tragándome mi orgullo le telefonee para invitarle y —ahora venía lo más difícil— sugerir que podía traer a su amigo como sin darle importancia para que no se escamase, algo que yo me temía pues a lo largo del invierno jamás me había invitado a aquellas fiestas que sabía organizaba en su casa cuando sus padres estaban fuera y en las que según se comentaba, apagaban las luces y otras cosas, fiestas a las que, por descontado, me hubiese negado a asistir. De entrada me dijo que no sabía si Mitus estaría libre —qué extraño, con el curso acabado—, pero los chicos son tan raros, o igual mis estúpidos parloteos le habían ahuyentado, así que por un momento me pasó por la cabeza pedirle el teléfono de Mitus pero no lo hice para no levantar sospechas, sin embargo, insistí haciéndome la desganada. Por fin me dijo, vale, pero no puedo garantizarte nada.

Estuve esperando el momento con impaciencia matando el tiempo en elegir qué ponerme para la fiesta, pensé que mi niqui con una faldita sería un gancho irresistible, pero mi madre me lo prohibió, es demasiado sugerente me dijo, parece que estés pidiendo guerra, *nena* —siempre me llamaba *nena* cuando quería dejarme en lo que ella consideraba que era mi sitio— y me obligó a ponerme aquel odioso vestido de piqué blanco, como de primera comunión, inspirado en el *Lana Lobell* que me había cosido la costurera de casa para ir a la boda del tarambana de mi primo Julio la pasada primavera. Con aquella facha me sentía un tanto ridícula, tan modosita, tan en mi papel de anfitriona, de niña bien de familia de Pedralbes, pero no había otro remedio, insistir hubiera resultado contraproducente. Hay momentos en que una debe saber plegar velas.

Les vi aparecer en la puerta del jardín. Pepo con su aire de perdonavidas y Mitus, mi Mitus, tan guapo como siempre, con aspecto de oveja camino del matadero. No me pude aguantar y me abrí paso entre los invitados para darle la bienvenida y para insinuarme, cuando nos las estrechamos, dejé mi mano entre la suya unos instantes. Enseguida quise saber a qué obedecía su cambio de planes. Bueno, por fin te has decidido. Luego, al bailar con él le dije que Pepo me había dicho que igual él no podía venir, lo que, por la cara que puso deduje que había sido otro de sus líos. El muy iluso, pensé, cree que aún puede conseguir algo de mí.

Al vernos solos, Tota, siempre atenta, puso *Maruzzella* y le dije que aquella canción era una de mis favoritas con lo que Mitus, muy

cortés, me sacó a bailar, yo para dejar claras mis intenciones de buenas a primeras me apretujé contra él todo lo que pude. Parecía un poco cortado porque sin venir a cuento comenzó a hablarme de sus aficiones y me recitó una serie de nombres de músicos de jazz que, me dijo, era su música preferida, pero yo que si los italianos eran los mejores. Luego me habló de lo que le gustaba hacer en verano, que si el tenis que si la piscina. Y entonces se me ocurrió un tanto precipitadamente invitarle, yo soy así, a veces no pienso, a que viniese a la piscina de casa mañana por la mañana sin saber con certeza si mi madre se iría al Polo como la mayoría de días. Aceptó encantado.

Luego, como una tonta, le dije que además del tenis y la piscina seguramente también le gustarían las chicas, lo que era obvio porque Mitus, sin ser tan pegajoso como su amigo me apretaba lo suyo por lo que para asegurarme le pregunté si tenía novia, lo que no me hubiese extrañado con lo guapo que era. No me contestó de inmediato, no sabía si eso era una buena o mala señal, pero enseguida me dijo que no, que él era un lobo solitario, qué romántico, así que no puede contener un sonoro suspiro y me acerqué mucho más hasta que noté contra mi muslo derecho la prueba de su interés hacia mi persona tan grande al parecer como el de Didier cuando comenzamos a tontear de pie en el ascensor la tarde en que me acompañó después del cine casa de mis parientes franceses.

De pronto me di cuenta de que le estaba dedicando a Mitus demasiados bailes así que al tener bien presente que *aún* no era mi novio, hice caso a las advertencias de mi padre y le acompañé al bufé donde pedimos cocacolas, la de Mitus con un poco de ron y luego, muy a mi pesar, le dejé allí plantado para ir a cumplir mis obligaciones como anfitriona, Sin embargo, mientras bailaba con unos y otros no dejaba de buscar a Mitus con la mirada, pues en todas las fiestas suele haber mucha competencia en busca de un buen partido. De modo que tenía que andarme con cuidado si no quería que me lo soplasen, pero apretando los dientes seguí bailando con un larguirucho de pelo al cepillo que no paraba de contarme unos chistes muy malos y que no tenía ni idea de dar un paso.

Continué bailando hasta que me di cuenta que Tota estaba con Mitus, algo que me irritó sobremanera. El que fuera mi amiga y paño de lágrimas no la autorizaba a compartir mi Mitus. Así que decidí marcar mi territorio definitivamente y cuando los invitados comenzaron a despedirse me acerqué a Mitus y le di un elocuente beso en los labios.

Apenas pegué ojo en toda la noche. ¿Y si mi madre, en el último

momento decidiera no ir al Polo? Tendría que estar prevenida o, cuando menos prevenir a Encarnita en la cual siempre había tenido una muda aliada pues creo que, poco más o menos, teníamos la misma edad, para que me avisara si mamá se presentaba de improviso. Encarnita no era como Tota, claro, pero de habérselo contado seguro que hubiese entendido mejor lo que me sucedió con Didier, aunque jamás se lo diría porque tal como dice siempre mi madre, hay que guardar las distancias con el servicio, en fin. Luego me dio en pensar cómo debía recibir a Mitus para que no pensase que era una fresca. Cómo iba a ponerme el albornoz si estaba en mi propia casa por mucho que mi madre me advirtiese de los peligros de los rayos solares para la salud y para la vida social, me tomaría por una estrecha. Por el contrario, aunque pensase que era una fresca, sería mejor que buscase el dos piezas que aunque no ocultaba la pequeña cicatriz de mi apendicitis, me realzaba el pecho, algo que siempre ha llamado la atención de los chicos y yo pretendía llamar la de Mitus. Opté por lo segundo, debía ganar la batalla emprendida, porque Mitus me gustaba a morir y era mi solución. Así que como en un ritual, en voz alta, comencé a recitar, Celsa Mitus, Mitus Celsa, Celsa Mitus, Mitus Celsa, Celsa Mitus, Mitus Celsa, mejor que contar ovejas, hasta que me quedé como un tronco.

Papá ya se había ido a los juzgados cuando mamá se levantó para desayunar según acostumbraba su tostada con miel, su café y su zumo de frutas, una dieta matutina, todo muy sano, que le mantenía en forma, cuestión incapaz de saltarse porque mamá hacía de ello un culto a la salud que la mantenía con un envidiable aspecto juvenil gracias al cual, en varias ocasiones, la habían tomado por mi hermana mayor, algo de lo que orgullosa se jactaba. Al poco, después de tomar una ducha siempre, invierno o verano de agua fría, cogió su Seiscientos rumbo al Polo y en cuanto la vi salir del garaje me precipité hacia mi habitación para embutirme en aquel sugerente biquini —benditas Galeries Lafayette— con el que el me proponía premiar a Mitus.

Durante unos minutos intenté componer la escena hasta que, a falta de un canapé —como había visto en algunos cuadros antiguos—, me instalé en la tumbona, buen sustituto, donde me estiré en una pose muy adecuada para recibir, y dejar, como invitación, un hueco a mi lado que Mitus no iba a tardar en ocupar al verme. Sobre ella, en cuanto Encarnita desapareció, comenzamos a tontear dándonos besitos y toqueteándonos como quien no quiere la cosa, mientras reíamos para quitarle hierro a la situación, hasta que repentinamente Mitus se echó al agua supuse que para que no viera el estado en que le había puesto, y yo le seguí para continuar nuestros juegos hasta que me

acorraló en la escalerilla de la piscina mientras intentaba desabrocharme el biquini y enfrentados el uno con otro le besé en la boca, que se empeñaba en mantener incomprensiblemente cerrada, apasionadamente, como hacía con Didier, hasta que sus labios cedieron para dejar que mi lengua buscara la suya lo que le produjo como un sospechoso tembleque. De nuevo sobre la tumbona, Mitus parecía un poco más tranquilo, aunque no paraba de besarme, ahora con lengua como si hubiese descubierto la pólvora, mientras su mano derecha trepaba hasta mis pechos hasta que, tras un estentóreo carraspeo, apareció Encarnita para decime que mi madre había llamado para decir que comería conmigo, de modo que Mitus comprendió que debía dejarme por mucho que le hubiese complacido nuestro encuentro, pero antes de despedirme, no sin otro beso apasionado —Encarnita había entrado en casa de nuevo— le pedí su número de teléfono, no era cuestión de seguir empleando al fisgón de Pepo como mensajero.

Aunque tenía ganas de verle de nuevo en la piscina, al día siguiente mi madre se empeñó en llevarme de compras y no tuve más remedio que decirle que sí porque, de negarme, se hubiese puesto muy pesada porque mi padre, que la temía en cuanto entraba en una tienda, no quería acompañarla nunca por precaución o tal vez por tacañería. A la hora de comer llamé a Mitus y ya que habíamos perdido la mañana, le propuse que nos viéramos por la tarde en el parque, como compensación además me puse mi niqui verde, pero como la tonta de Encarnita los había echado a lavar, en lugar de mis vaqueros me puse un amplia faldita de cuadros verdes a juego.

Al encontrarnos, no permití a Mitus ni un solo beso, el parque estaba demasiado concurrido y tal vez alguien de compromiso podría vernos. Pero luego, sentados en un banco apartado, comenzamos a recuperar la mañana perdida, sin embargo, Mitus se embalada bajo mi amplia falda y yo le contenía a duras penas porque después de nuestros jueguecitos en la piscina, la verdad no me veía con ánimos. Sólo me contrariaba una cuestión, intuir que nuestros próximos encuentros, separados como estábamos yo en Vilassar y él en Bellaterra, no tenían demasiado futuro y no obstante era preciso que lo tuvieran. Ojalá lo hubiese conocido en otoño antes de París; todo hubiera sido diferente, pero a qué pensar. Entonces tuve que decirle que mis padres me habían comunicado que subiríamos a Vilassar dentro de un par días porque este año habían decidido organizar la verbena de San Juan, que ya les tocaba. ¡Menuda cara se le puso! estaba a ojos vista decepcionado así para animarle le dije que como no podría pasarme el verano sin él, ya encontraríamos el camino para vernos, ¡qué remedio! De entrada le invité a la verbena, podrías ir a

casa de tu amigo Pepo. Luego le dije que a mi padre un cliente le había regalado unas entradas para el cine. Mañana por la tarde si te apetece podemos ir a ver *Ben-Hur* porque por la mañana, aún no lo sabía, mi madre había decidido aguarnos la fiesta ciertamente acuática, me reí para mis adentros, a base de una de sus puñeteras jaquecas siempre inoportunas con las que atormentaba a mi padre y de rebote a mí que no tenía la culpa de que su matrimonio no fuera un sendero de rosas.

De la película no me enteré prácticamente de nada batallando como anduve con Mitus, pues no había llegado aún el momento de permitir que su mano trepara bajo mi falta como, en mala hora, le había permitido a Didier que había acabado como acabó, algo de lo que ahora comenzaba a arrepentirme, pero a arrepentirme de verdad. No sé qué les pasa a los chicos que se empeñan siempre en tocarte ahí y aún más si les dejas las tetas con las que tendrían que conformarse, y claro cuando te tocan ahí una pierde los estribos y las cosas comienzan a sucederse a una gran velocidad de la que apenas eres consciente hasta que ya los tienes encima y sucede lo inevitable que, todo hay que decirlo, es lo suficientemente agradable como para que valga la pena dejarse. Lo malo son a veces las consecuencias, pero en esos momentos una no tiene cabeza para ello como le pasó a Pituca Reyes, tan lista ella, tan precavida ella, tan boba ella como tantas otras. Yo tenía que ir más despacio con Mitus, pero tampoco demasiado, que el tiempo se me echaba encima. ¡Vaya dilema!

Después de llamar dos veces, conseguí hablar con Mitus. Me dijo que los señores Martí le habían invitado a dormir en su casa y ¡aleluya! podría venir a la verbena, con Pepo, claro, pero eso ya no me importaba; mamá me había comprado un vestidito como de noche muy veraniego con escote bañera aunque era un pelín largo y lo acortaron un poco a mi gusto. Seguro que daría el golpe pues me caía como un guante —nunca he entendido por qué los guantes han de caer bien— y realzaba mi figura.

Llegó la hora y nos fuimos a Vilassar en dos coches porque mamá no quería prescindir de su Seiscientos y papá necesitaba el suyo para subir y bajar de Barcelona para sus asuntos, al respecto siempre insistía en que para la justicia no hay vacaciones, ya lo verás —se había empeñado en que hiciese Derecho, aunque para eso aún faltaba —. Así que papá subió conmigo y aprovechó el trayecto, como de costumbre para sermonearme sobre las intenciones de los chicos —qué me iba a contar— siempre pensando en lo mismo, algo que me hacía mucha gracia cuando tocaba el tema porque parecía que él nunca hubiese sido lo suficientemente joven como para pensar en lo mismo

que ellos. Mamá se llevó a Encarnita quien durante el viaje aprovechó para pedirle permiso para ir a la verbena del casino. Cómo me hubiese gustado ir allí con Mitus, sin tener que quedar bien con los memos de los hijos de los invitados tan aparentemente formales pero que a la que te descuidabas intentaban meterte mano como cualquier hijo de vecino. Era mi cruz, al parecer levantaba pasiones por doquier, sino no hubiera ocurrido lo de Didier.

Mi padre se había empeñado en colocar farolillos chinos en el jardín que enseguida se apagaban o en el peor de los casos prendían para quemarse porque eran de papel, un peligro vamos, pero como a mamá le gustaban. También los *correcamas* que tío Federico encendía para asustar a las señoras en cuanto las cogía desprevenidas, eran peligrosos pero a mí me hacía reír verlas saltar en medio de aquel guirigay y hacer como que se asustaban mientras aprovechaban para subirse las faldas por temor a que se les quemasen los bajos de los vestidos y lucir sus piernas.

En cuanto le vi en la puerta, pedí a Tota que pusiese *Maruzzella* y me acerqué a Mitus y después de presentarle a mis padres me lo llevé a un discreto rincón de la pista para asegurarme inmediatamente de que me había echado de menos. Me abrazó sin miramientos, sin reparar en que mis padres podían estar espiándonos, pero no me importó, tenía tantas ganas que se me pasaron tres lentos entre sus brazos en un suspiro, sintiendo como disimuladamente me daba algún beso en el cuello y en los hombros. ¡Menuda cara! Luego tuve que dejarlo —las obligaciones, ¿sabes Mitus?— y vi cómo, con aspecto resignado, se dirigía al bufé donde estaba Pepo junto a un montón de cocas y botellas de champán. Al rato le vi haciendo el burro con Tota en pleno rocanrol.

De nuevo escuché *Maruzzella*, era como una llamada que me impulsó hacia él. *Maruzzella* era sagrada y yo no podía bailarla más que con Mitus que parecía muy achispado y que ahora, sin disimular, no paraba de besarme en el cuello y en los hombros en busca de mis labios. Estaba fuera de sí y además se tambaleaba de modo que lo arrastré hacia un lugar más discreto en el fondo del jardín donde comenzó a meterme mano bajo la falda. Yo que entre baile y baile con el calor que hacía me había tomado algunas copas de champán y me sentía muy eufórica, no pude resistirme y me puso como aquel día con Didier aunque, creo que, por cubrir las apariencias, yo intentaba cerrar las piernas hasta que me puse la falda perdida y aun así continuó, cabezón como él solo, y no tuve otro remedio que ceder, de algún modo era lo deseado, y dejarle que alcanzase su objetivo lo que consiguió impetuosamente pero con bastante torpeza aunque me sentí

muy satisfecha. Ahora sólo hacían falta esperar unas semanas —¿sería suficiente?— para confesarle que estaba embarazada, algo que ni siquiera me había atrevido a decírselo a Tota. Era la solución porque mis padres jamás hubiesen consentido en llevarme a Inglaterra con lo de iglesia que son.

Los damnificados

Para Francis y José Pedro, de la farándula

Por la mañana, tras despertarse inusualmente temprano, don Alberto se sorprendió al encontrar su automóvil semienterrado por los cantos rodados que la riada había arrastrado. Durante la noche los cielos habían abierto sus tripas para dejar caer un diluvio que propició el consabido corte general de electricidad, por culpa del cual se había perdido el capítulo de *Los Intocables* de aquella semana a cambio de un concierto de truenos que le trajeron a la memoria el horrísono bramar de los obuses durante la batalla del Ebro en la que había combatido forzosamente junto al bando republicano cuando el gobierno, o lo que de él quedaba, tras la desmovilización de las brigadas internacionales, comenzó a echar mano alternativamente de las quintas más jóvenes y de las más veteranas.

El vehículo se encontraba cubierto de piedras hasta la mitad con las portezuelas atascadas. Calculó que la tarea de desenterrar su flamante 1400, estrenado apenas hacía dos meses, llevaría sus dos horas largas. Don Alberto, malhumorado ante los previsibles daños que podía haber sufrido la carrocería, volvió a entrar en casa para informar a su mujer y decirle a su hijo que lo más oportuno sería que cogiese el ferrocarril para ir a Barcelona. No tenía por qué alarmarse, eran las ocho de la mañana y el examen comenzaría a las diez, había tiempo de sobras. El tren le dejaría en la plaza de Cataluña, a un tiro de piedra de la Universidad Central donde iban a efectuarse la segunda prueba de la repesca de septiembre de preuniversitario.

Apremiado por la inesperada noticia, Luis acabó su desayuno en dos bocados y, después de un beso de circunstancias propinado, más que estampado, en la mejilla de su madre, salió a escape rumbo a la estación. Durante el breve camino, mientras reflexionaba sobre el incierto resultado del examen —la verdad es que aquel verano jalonado de guateques y verbenas, lecturas intranscendentes y ciertas empresas de índole lascivo, no había estudiado cuanto debiera: ¿quién iba a ponerse en serio ni con la biología, ni con la física y química, ni muchísimo menos con las matemáticas, por las que sentía, demasiado tarde, una incompresible antipatía?—, una vez más llegó a la triste conclusión de haberse equivocado al escoger la rama de Ciencias en lugar de Letras que, a su posterior entender, estaban chupadas. Si la primera prueba común —fuentes de energía, francés y «Lope de Vega»— había sido superada con facilidad, la segunda representaba un escollo que, a medida que avanzaba la hora de la verdad, cobraba

colosales magnitudes del tamaño del iceberg que topó con el *Titanic*, y cuyas desastrosos consecuencias, salvando las distancias, iban a resultar similares a lo sucedido al transatlántico británico. Cuestión de proporciones, se decía, pero, en fin, un desastre en toda regla, porque si bien no debería repetir las asignaturas monográficas, que cada año cambiaban al albur de una Ley de Educación tómbola aprobada en mala hora por el ministro de turno, de nuevo tendría que triscar por los yermos páramos del empirismo erizados de homotecias, bacterias, velocidades uniformemente aceleradas, cadenas de hidrocarburos, de aquellos exhaustivos temarios de un programa, a su entender, inabarcable. Si durante todo un año lectivo, se decía, no había logrado superar el obstáculo que le separaba de la universidad, cómo iba a lograrlo en tres meses de intensivo refuerzo cuando, además, después de comer, empleaba las horas de estudio forzoso para enfrascarse en alguna simplona novelita del oeste, de esas que compraba en el quiosco de la estación de los Ferrocarriles Catalanes de Muntaner cuando, hora y media antes del almuerzo, regresaba desde aquella academia tapadera de los curas donde penaba, a su domicilio veraniego al otro lado del Tibidabo.

De no ser por aquel par de chuchos desorientados que husmeaban entre los cascotes, en la estación no había un alma. Al lado de la taquilla, sobre una pizarra, un escueto aviso informaba de que el servicio se había visto suspendido indefinidamente por una avería general en la catenaria, de modo que en busca de una explicación más detallada salió al andén donde tampoco se veía a nadie, se acercó a la vía para contemplar cómo el balastro de los raíles se había desperdigado caprichosamente gracias la fuerza de las aguas para dejar las traviesas de las vías prácticamente al descubierto como esas calaveras que muestran sus dientes descarnados.

Regresó a casa para decírselo a sus padres. No había forma de llegar a Barcelona, de modo que el examen se esfumaba de su inmediato horizonte por obra y gracia de los desmelenados elementos meteorológicos pues, aunque el suministro eléctrico no había sido restablecido, la radio de transistores —le informó su madre presa de una visible agitación— daban cuenta de que una monumental tromba de agua había caído la pasada noche para devastar caprichosamente las poblaciones cercanas de Rubí, Sardañola, Sabadell y Tarrasa, cuyos daños materiales eran incalculables y donde los muertos se contaban por decenas. Por fortuna, a pesar de encontrarse en medio de la riada, Bellaterra no había sufrido el embate de las aguas y los estragos causados por el aluvión, aparte de haber enterrado a medias el coche familiar inoportunamente estacionado en la calle, se limitaban a algunos árboles desmochados y otros, más débiles, arrancados de

cuajo aleatoriamente, que en ciertas zonas de la colonia impedían la circulación de los vehículos de los veraneantes.

La mañana transcurrió en la incertidumbre. Desde la radio se sucedían noticias contradictorias que daban idea del caos reinante. La riada se había llevado por delante barrios enteros, y las numerosas fábricas textiles del entorno, levantadas a base de tantos esfuerzos, se vieron seriamente dañadas, algunas de ellas irrecuperables, mientras el número de víctimas crecía aflorando de entre el amasijo de barro y los escombros de las viviendas inundadas. Presas de angustia, don Alberto, su esposa doña Adela, Luis y Charito, la sirvienta, se apiñaban en torno a la radio que, entre boletín y boletín, como en Semana Santa, emitía sin cesar música clásica, para atemperar el ánimo de los angustiados radioescuchas. Al rato se emitió un comunicado desde el Pardo: el benévolo padre de la patria se desplazaría desde Madrid para comprobar in situ la magnitud del desastre, brindar el oportuno consuelo a los afectados y transmitirles una sensación de alivio y esperanza pues ya se habían cursado órdenes, emitido consignas y adoptado medidas al respecto, para declarar la pertinente zona catastrófica y volcarse en su ayuda, tal como había sucedido en Valencia en las anteriores inundaciones del año 57.

A lo largo de la tarde volvió la electricidad y con ella las comunicaciones telefónicas quedaron restablecidas a medias, gracias a lo cual, después de hablar con su oficina para informarse de la marcha del negocio, don Alberto, tras larga demora, pudo comunicarse con la secretaría de la Universidad Central donde, después esperar largo rato, le informaron de que, a la vista de la tragedia, el rectorado, a título extraordinario, había decidido convocar un nuevo examen para los residentes en el Vallés Occidental, que por razones obvias no hubiesen podido desplazarse a Barcelona el día del examen. Oportunamente en la prensa aparecería la fecha de una convocatoria extraordinaria para los damnificados.

Por el momento Luis se quedó más tranquilo, la inminente ejecución se había aplazado y, en un rasgo de estéril optimismo, se dijo que tal vez si se aplicaba a fondo, además a su vez cabía la posibilidad, aunque remota, de que sonase la flauta y le tocase alguno de los escasos temas que dominaba. No obstante, con el inicio del curso académico el plazo seguramente sería muy breve y, si en tres meses de verano, a los que había que sumar el curso entero, no había logrado nada, poco cabía esperar de esos días de gracia en que debería guardar en el corredor de la muerte el inexorable resultado de un año de holgazanería que, con la cabeza puesta en las chicas, las novelitas de aventuras y en su acoso a la cada día más apetitosa Charito, había

dejado transcurrir miserablemente sin pensar en aquel difuso objetivo que era la universidad.

¿Una carrera? Para qué proseguir los estudios si podía ponerse a trabajar, por descontado, claro, en el despacho de su padre, y comenzar a disponer de unos ingresos con los que pegarse la gran vida, o por lo menos no estar pendiente de la munificencia semanal paterna siempre aleatoria y nunca suficiente. Pese a que corría el bulo de que habían más abogados conduciendo tranvías que en el foro, el aire del tiempo obligaba a todo hijo de vecino, en especial si tenía cuatro duros, a embarcar a su hijos en la aventura universitaria de incierto resultado. Una carrera significaba para muchas familias ascender por delegación un peldaño en la escala sociedad. Ocupado como estuve en ganarme el sustento yo no pude, pero mi hijo sí, mi hijo alcanzará el reconocimiento social como ingeniero —muy en boga con tanto plan de desarrollo—, doctor en Medicina —un porvenir asegurado mientras la gente continuara con la sana costumbre de caer enferma—, abogado —siempre habrá pleitos y cuestiones—, químico, físico, o lo que se terciara, que el paso por la universidad era una seña identitaria de prestigio, se decían.

A Luis, sin embargo, no le *habían* destinado ni al foro ni a los tranvías. El negocio de su padre, importación de herramientas industriales de corte, requería que un hábil economista empuñase en el futuro el timón de la nave empresarial, como si una empresa hubiese de perpetuarse por los siglos de los siglos al margen de los ignotos caprichos del mercado. De modo que don Alberto le sugirió, era un decir, que el futuro estaba en Económicas, carrera de nuevo cuño, forja de talentos empresariales, que iba a desbancar el anacrónico profesorado mercantil tan popular entre los hombres de negocios de la posguerra. Sin rechistar, poco a poco, Luis se hizo a la idea, por no contrariar su padre, un benévolo señor Esteve que veía en la perpetuación de su empresa un plácido futuro para sus descendientes cuya línea sucesoria se iniciaba, y concluía, por el momento, en Luis. Por ello, erróneamente, cuando aprobó la reválida de cuarto escogió, como la mayoría de sus compañeros de estudios, la rama de Ciencias, sin advertir que a Económicas podía accederse por el menos arduo camino de Letras. Pero ahora ya era demasiado tarde.

Después de comer lo que había logrado rescatarse de la nevera cuyo contenido se había salvado gracias a la estanqueidad, Luis se encerró en su habitación y con escaso interés se dedicó a resolver los irresolubles problemas de matemáticas del temario sobre los que al rato se quedó profundamente dormido. Al abrirse inesperadamente la puerta de su cuarto, se despertó sobresaltado para escuchar la voz de

don Alberto que venía a sugerirle que, al día siguiente, restablecido el servicio de ferrocarriles, se diese una vuelta por la Central en busca de noticias.

Durante el viaje, Luis se quedó amodorrado para recuperar el sueño perdido durante la noche anterior en la que se reunió con sus amigos en el club de veraneantes en torno a la mesa de póquer en la que había ganado la hermosa suma de sesenta y cinco pesetas, buenas para unas cervezas. Por fortuna, la de plaza de Cataluña era la estación término, y cuando el tren frenó lánguidamente, un alma caritativa tuvo a bien sacudirle por el hombro para interrumpir un sueño liviano en el que confusamente se entremezclaban imágenes de una partida en un *saloon* de El Paso, escenario en que transcurría *Muerde la bala*, última adquisición de su flamante biblioteca, la imagen del auto de su padre semienterrado por las piedras, y sus escaramuzas con Charito a la que asediaba insistentemente, para conseguir algún ludimiento que, indefectiblemente, tras una breve resistencia, con la que la joven guardaba las apariencias, concluía con un esplendoroso derrame que la sirvienta generosa recibía sobre los muslos con manifiesto agrado. Ésta era una relación, se decía, como tantas otras veces, a la que debía dar carpetazo pero en cuyo logro ponía escaso empeño, pues además la joven parecía buscarle el cuerpo en cuanto sus padres no estaban en casa, al dejar la puerta de su habitación entreabierta mientras mudaba su uniforme por un breve camisón de nailon que transparentaba los naturales encantos de su juventud.

Por fortuna, cavilaba rumbo a la Central, la cosa no había pasado a mayores, la chica se dejaba toquetear a placer y con harta habilidad, a veces ayudada por una mano caritativa, y otras con los muslos, permitía a Luis desahogarse entre besos babosos y gemidos de un placer no consumado. Pero, ¿y si, en una de esas, sucedía lo que era previsible que sucediera? Una vez más apartó de sí esa imagen en la que se veía prematuramente forzado al matrimonio para lavar la honra de la sirvienta, única solución admisible en una familia, la suya, de arraigadas convicciones católicas que, a duras penas, habían calado en él por inercia, excepción hecha de todo cuanto concerniera al dichoso mandamiento que proscribía cierto tipo de relaciones, si previamente no habían sido bendecidas por el santo sacramento del matrimonio. Un rollo, se decía Luis, pues si amo a mi prójimo y además ni mato, ni robo, a Dios qué más le da que dé rienda suelta a unos instintos que él ha implantado en mi persona. Con todo, debido a un hábito contraído por rutina en sus días de misa diaria en los Jesuitas, de vez en cuando, Luis, cual bíblica oveja perdida, acudía al confesionario a librarse de aquel ambiguo sentimiento de culpa que le

producían sus desahogos con Charito y escuchar los consejos, siempre los mismos, del cura de turno que indefectiblemente le exhortaba a mantenerse puro y a no recaer, porque el pecado de la carne, una cochinada, solía agregar de oficio el confesor, era horrendo y repugnante ante los ojos del Señor, en general y en particular, ferviente partidario del culto de hiperdulía como la mayoría de sus colegas, de la Virgen María, nuestra madre y dechado de pureza, a quien debía encomendarse para no recaer. Y todo quedaba saldado tras tres padrenuestros y tres avemarías de rigor con un raquítico propósito de enmienda que duraba hasta que Charito volvía a ponerse a tiro.

En secretaría le informaron que el examen se celebraría al cabo de diez días. Tendría que aportar el libro de escolaridad, comprobante de la matrícula y el pago de las tasas junto con el carnet de identidad y una declaración jurada que diese fe de hallarse en la zona afectada la víspera del desastre. Las pruebas se iniciarían a las diez de la mañana y tras un breve descanso a la hora del almuerzo y si fuera oportuno proseguirían por la tarde. Toda una maratón en la que albergaba escasas esperanzas de superar.

Con la gestión realizada le sobraba toda la mañana y en lugar de presentarse en la academia, que francamente le caía lo bastante lejos como para perder toda la mañana en el tranvía, Luis decidió acercarse a Boliche a ver si encontraba algún conocido con quien jugar una partida, algo poco probable a finales de verano cuando todos sus amigos andarían aún desperdigados por sus respectivos lugares de veraneo.

Enfiló por la calle Balmes, para refugiarse en la acera de la sombra pues el verano daba coletazos sobre un septiembre plácido y pegajoso. Al pasar por delante de la librería Herder se detuvo para contemplar el escaparate repleto de libros cuyos crípticos títulos imponían respecto con sólo leerlos. En una hilera se hallaban varios de Economía, ¿cuáles de ellos me caerán en suerte si logro matricularme? Nuevamente evaluó las escasas posibilidades de superar la prueba. Sólo un milagro podía salvarle. Presa del abatimiento que le producía pensar en otro curso dedicado a aquellas disciplinas que ahora se habían tornado detestables, Luis prosiguió su camino hacia la Diagonal y, ensimismado sin advertir que había cruzado la calle Valencia, se halló ante las puertas de la basílica del Perpetuo Socorro. Entonces recordó la devoción que sus padres sentían hacia la inquilina del templo de la que su padre durante su permanencia en el frente había llevado al cuello una especie de detente bala y que a juzgar por los resultados había sido un eficaz amuleto contra los proyectiles

enemigos. De modo que, impulsado por un desconocido resorte, franqueó la puerta del templo. En su interior, sumido en una agradable penumbra, varias beatas arrodilladas se hacinaban frente a la imagen de la Virgen, un meritorio retablo de indudable origen bizantino ricamente enjoyado al gusto ortodoxo. Como hipnotizado por un súbito fervor, Luis cayó de hinojos y de una manera maquinal producto de los atracones de sotana que se había dado, recitó su brevísima plegaria: «Si consigues que me aprueben, Madre mía, prometo firmemente alejarme de Charito». La suerte estaba echada.

Por fin, junto a él, sólo se presentaron tres, uno de Tarrasa y dos de Sabadell, a pesar de ello les colocaron en el aula magna separados como si fuesen a jugar a las cuatro esquinas. No existía posibilidad de comunicación alguna, de copiar, de pasarse alguna información valiosa para llevar a buen fin aquellos incomprensibles temas que les cayeron en suerte, o por desgracia. Enseguida Luis se dio cuenta de que, por mucho que utilizara el cambio de variable, o lo intentase por partes, era incapaz de doblegar aquella integral que se le resistía con tozudez matemática. Inmediatamente se puso a rezar aferrándose al recurso de la esperanza. ¿No insistían sus confesores en que la Virgen era nuestra madre, su madre? ¿Y qué no ha de hacer una madre por un hijo atribulado, más cuando había prometido no recaer en el vergonzoso pecado de la carne? Al rato se descubrió emborronando febrilmente, sin demasiado sentido, los folios con el membrete de la universidad que le habían entregado para realizar los ejercicios. Quedó como absorto sin saber con exactitud hacia dónde le conducirían aquellas operaciones de tanteo y la dichosa integral se abrió para ofrecerle un resultado del que dudaba pero que quedaba muy aparente. Con igual tesón, siempre sin dejar de rezar a intervalos, se enfrentó con los ejercicios de biología y de física, otro irresoluble problema de óptica, hasta que una advertencia impersonal «Vayan entregando» le devolvió al mundo. El examen había concluido.

En el vestíbulo, al comparar sus ejercicios con el resto de los convocados, advirtió con horror que ninguno de los resultados de las pruebas coincidía. Un sudor frío comenzó a resbalarle por la espalda. Todo estaba perdido, o todos estaban perdidos. Sin embargo, una lucecita brillaba titilante al fondo del sendero, tal vez su Madre celestial, compadecida, hubiese atendido sus plegarias y escuchado su voto de renuncia a los placeres carnales ahora tan sólo un promesa.

De regreso a casa en el ferrocarril, intentó entretenerse con *Venganza en Silver Canyon*, su última adquisición literaria, pero en la página siete cuando, gracias a la destreza de un sheriff que no se andaba por las ramas, el segundo forajido mordió el polvo, ya no fue

capaz de concentrarse en la lectura y comenzó a imaginar cómo prepararía a sus padres para el previsible desastre que se avecinaba. Achacarlo a los nervios acumulados durante la tensa espera, resultaría un argumento lo bastante convincente como para atemperar la presumible bronca paterna y sus temibles consecuencias de índole económica. Se había confundido, que el cálculo integral tiene esas cosas, papá, le diría, al recibir el nefasto veredicto que aquel curso iba a impedirle el acceso a Económicas. Entre tanto mentiría para tenerlos contentos, aunque fuese tan sólo durante unos pocos días y de paso poder triscar a sus anchas antes del presumible confinamiento del que iba a ser objeto en cuando el resultado se hiciese oficial. Les diría que todo había salido normal, si bien, claro, nunca podía saberse con certeza.

Al llegar a casa fue recibido por doña Adela, que le aguardaba en el porche, como si regresara de las cruzadas. Su expectación era notable, quería saberlo todo, pero qué podía pretender entender sobre el críptico cálculo integral, teniendo en cuenta además que esa rutinaria ama de casa ni tan siquiera había cursado estudios secundarios. Luis fue conciso, no te preocupes mamá, después de todo, aunque era muy difícil, agregó para cubrirse, hay posibilidades, recordó su promesa mariana. Al poco llegó don Alberto, cuyos conocimientos de cálculo integral, análogos a los de su esposa, no le permitieron calibrar la dificultad del ejercicio, pero si Luis afirmaba que había posibilidades, seguramente debería haberlas.

Tras una ducha rápida a la par que reconfortante, Luis regresó al salón para enterarse de que sus padres habían quedado a cenar con los Maluquer, unos vecinos de la colonia a quienes consideraba unos pelmazos irreductibles cuyo único encanto, a parte dos hijas en edad de merecer con una fama de cachondas ganada a pulso en guateques y fiestecitas, estribaba en una prometedora fábrica de mobiliario metálico para oficinas en la que don Alberto pretendía colocar sus afamadas herramientas de corte.

—Charito te pondrá la cena, Luis —dijo doña Adela, para agregar— no nos esperes levantado y no te quedes con la televisión hasta las tantas.

Y así fue. Charito le puso la cena y a su vez se puso a tiro al aparecer en el comedor con los tres botones superiores de la blusa del uniforme distraída pero ostentosamente desabrochados. Consciente de su promesa, Luis apartaba los ojos del visible pecho de la joven, pletórica de lascivas sugerencias, mientras pugnaba con ahínco contra la erección que tal panorama le había propiciado. Entre plato y plato

el cántaro iba y venía de la fuente, cada vez más insinuante y sorprendido de que Luis manifestara una sospechosa inapetencia hasta que acabó por romperse pues, al retirar el segundo plato, Charito elevó el tono de sus insinuaciones al punto de restregar sus pechos contra el cogote de un Luis ostensiblemente fuera de sí. De modo que a los postres, Charito y Luis ya andaban retozando sobre la cama de la sirvienta para surcar el mar de sus habituales cochinadas paliativas que, estaba claro, por el momento parecían satisfacer a ambos por un igual. Por fin, concluida la faena tras tres abundantes efusiones que fueron a parar sobre las sábanas —hacía días que sus padres no salían de noche— mientras Charito precavida se aprestaba bajo el grifo a hacer desaparecer el cuerpo del delito para evitar alertar a doña Adela siempre pendiente de la salud de su hijo adolescente, Luis se retiró a su habitación rendido por el sueño preguntándose, demasiado tarde, desde qué momento debía mantener aquella promesa de castidad realizada in extremis, y más si tenía en cuenta que aún desconocía los resultados oficiales del examen que debían sellar un pacto cuyo cumplimiento iba a significar para Luis y su desbordada naturaleza un auténtico calvario.

Sobre la mesa del despacho del magnífico rector se apilaban los folios de los ejercicios de los damnificados. En general un espantoso desastre, según le habían comunicado los examinadores. Tan sólo ese chico de Sabadell, un tal Corominas, merecía un aprobado ramplón, pero aprobado, a fin de cuentas. El resto debería aguardar hasta el próximo junio, si aprobaban, su ingreso en la universidad. Un año en dique seco no les vendría nada mal para estudiar y recapacitar sobre sus expectativas, se decía el rector. Sin embargo, desde Madrid habían llegado instrucciones precisas, tajantes. Si la justicia existía no cabía que —nunca mejor dicho—, lloviera sobre mojado y aquellos jóvenes, que en breve iban a enfrentarse con las penalidades de la vida, tras el desastre de la riada que, a buen seguro, habría enterrado entre el lodo quién sabe si a un amigo, un conocido o, lo que era peor, algún pariente cercano, no merecían cargar con otro nuevo disgusto su mochila de sinsabores. Para paliar de alguna manera aquella espantosa desgracia, el Ministerio de Educación había sido muy preciso: «que, independientemente del resultado obtenido por cada examinando, se otorgue el aprobado general a los damnificados del Vallés», que las carreras eran largas y ya habría ocasión de suspenderlos cuando procediese.

Al recibir la noticia de su milagroso aprobado, Luis se sumió en un espinoso dilema. La Virgen, su madre inmaculada, había cumplido, ahora sólo a él le quedaba hacer lo propio y sospechaba carecer de la fuerza de voluntad para hacerlo. La cuestión, peliaguda por

descontado, se las traía en aquellos días de final de verano, en que sus padres, con tantas y tantas cenas de despedida de temporada según era vetusta costumbre entre los pudientes veraneantes de la colonia, no paraban ni una noche en casa.

La chica del patio

Para Ramón de toda la vida

Cada día, después de los postres, Pedro se levantaba de la mesa y atravesaba como una exhalación, de punta a punta, el pasillo que cruza el piso desde el comedor hasta el recibidor, siempre en penumbra, y subía sigiloso la persiana tratando de que el ruido no le delatase para comprobar, a través de una rendija entre las lamas, si las chicas ya habían salido a tomar el sol y si, sobre todo, se habían puesto el biquini, guinda incuestionable del pastel, pues en público el uso de esa prenda, considerada como un atentado contra la decencia, estaba prohibido. Ellas, sin embargo, al abrigo que les brindaba la terracita del hostal, lo usaban casi a diario, es decir, los días en que el sol perezoso brillaba en su esplendor, para tomar color en esas partes del cuerpo que sobre la pasarela debían exhibir ante el público que habitualmente abarrotaba el local, pues su atezada piel se convertía en un atributo más que realzaba a sus magníficos cuerpos encaramados sobre aquellos imposibles tacones que alevosos estilizaban sus piernas tornándolas kilométricas al ser contempladas desde las primeras filas del patio de butacas del teatro donde lucían sus encantos en sesión de tarde y luego en la función nocturna a las que Pedro, por razones de edad y de presupuesto —pero sobre todo de presupuesto— le resultaba imposible acudir, consolado, sin embargo, con lo que imaginaba como un pase privado en su honor, refocilándose al pensar que a él le salía de balde un espectáculo por el que otros tenían que pagar sus buenos duros.

Las había descubierto por azar un martes, día de zafarrancho semanal de limpieza, al regresar a casa. Para pulir los cristales del recibidor, estancia que habitualmente permanecía sumida en la penumbra para evitar que el sol dañase la colección de abanicos de su madre que, protegidos del polvo en una vitrina de cristales transparentes, dormían el sueño de un coleccionismo estéril, Fermina, la sirvienta, había izado la persiana hasta los topes lo que le permitió echar una ojeada al patio de luces lindante con el inmueble contiguo donde se hallaba aquel modesto hostal para artistas y toparse con sendas señoritas, ambas de muy buen ver, en paños tan menores como eran aquellas mínimas prendas que habían suscitado la prohibición de su uso en playas y piscinas, llegando incluso al secuestro de un semanario ilustrado que osó publicar en portada la fotografía de una figurante italiana en biquini haciendo posturitas en la playa de la Croisette cuando el Festival de Cannes, algo que a partir de la fecha sentaría un estimulante precedente, pero que aunque el editor de la

revista, para eludir el cierre, esgrimiese que se trataba de un reportaje de interés cultural, alegando que en el interior de la publicación aparecía un amplio reportaje del festival cinematográfico de la plácida villa mediterránea, el censor, un camisa vieja de colmillo retorcido que las había visto y oído de todos los colores, ordenó retirar la revista cuando por fortuna en los quioscos ya se habían agotado casi todos los ejemplares, que un biquini tiraba lo suyo en un país cuajado de refajos y pololos.

Extasiado ante aquella visión, Pedro experimentó una epifanía. Aquellas beldades no podían ser más que ángeles como los que visitaron a Lot, suscitando la concupiscencia de sus rijosos vecinos. Sin embargo, aquellos apetitosos pares de globos que, cual caprinas mamellas urbanitas, trataban de escaparse por los breves escotes de la lasciva prenda, le trajeron a la cabeza el hecho de que los ángeles carecían de sexo y por tanto aquel espectáculo sólo podían ser una añagaza del maligno, permanentemente ocupado en tender trampas a los jóvenes, la mayoría de las ocasiones dispuestos a caer en la tentación por razones de la edad. Sea como fuere, había que aprovechar la ocasión pues pronto el verano acabaría y, en buena lógica, aquellas atrevidas coristas —extranjeras, por descontado, ya que ninguna española de recia cepa osaría transgredir la prohibición y lucirse de tal guisa— pondrían fin a sus beneficiosos baños de sol, aquel preciado tesoro de una *Spain is different* que atraía tantos visitantes foráneos en busca de sus beneficiosas virtudes terapéuticas.

Con todo, al rato, Pedro se cansaba de estar de pie, casi de puntillas, postura obligada para poder alcanzar la oportuna rendija que le permitiera disfrutar del espectáculo con el corazón en un puño pues temía ser sorprendido por su padre que tras los postres permanecía a la mesa un ratito para disfrutar del café. Por ello Pedro, que carecía del oportuno reloj —su madre le había confiscado el de la primera comunión para cuando fuera más mayor—, como si hirviera un huevo, al estilo de las monjas de clausura, medía el tiempo transcurrido en credos, lo que de paso iba a servirle como adelanto de la penitencia que a buen seguro le impondría el padre Casajoana —por mal nombre Huevo Duro debido a la avanzada alopecia que disimulaba holgadamente su preceptiva tonsura—, encargado de su sección en el colegio, cuando, incapaz de arrancarse los ojos en un arrebato bíblico, confesará su pecado. Con los credos, cinco, Pedro calculaba cuánto tardaría su padre en hacer aparición en el recibidor pues con el último sorbo de café el buen señor salía a escape a sus quehaceres en ese lugar indeterminado conocido como «la oficina». Luego Pedro se encerraba en su cuarto y dejaba volar su imaginación, y su mano pecadora, mientras inventaba calenturientas fantasías

protagonizadas por la chicas del patio a las que, cual caballero andante, rescataba de imaginarios dragones, para obtener como premio las húmedas recompensas que intuía porque, como era bien sabido, aquellas beldades de allende los Pirineos sólo concebían un medio para recompensar a sus paladines. Sin embargo, al tratase de dos, Pedro, en sus precarios conocimientos sobre la materia obtenidos de la escasa información que el Diccionario Enciclopédico Cuyás de su padre ofrecía, era incapaz de concebir las excitantes combinaciones que tal circunstancia podía brindar, se vio impelido a escoger una favorita en quien concentrar sus ensoñaciones y, al desconocer sus nombres, optó por bautizarlas según su albedrío. La, por así decirlo, más altita de la pareja cuyos rubios cabellos y rotundas formas la delataban como oriunda de un norte indefinido, Alemania, Holanda, Polonia, tal vez Noruega, recibió en nombre de Sigrid, como la eterna novia de su héroe el Capitán Trueno. La otra, la morena, más bien menudita, aunque espectacularmente dotada, bien pudiera proceder de Francia, Italia o Bélgica de modo que al carecer de un oportuno referente la bautizó con un apañado Mari, nombre bastante común en aquellas latitudes. Y tras haber procedido al secreto bautizo, Pedro, incondicional del Capitán Trueno, oyó la llamada del norte, quedándose con Sigrid como principal protagonista de sus fantasías y de sus alivios, que no eran pocos, debido a los cuales el joven, cada día más ojeroso, apenas si prestaba atención a los exámenes que inexorablemente se le venían encima, pero cómo quitarse de la cabeza a la bella Sigrid y sus rotundidades. Y dejándose vencer por su innata lubricidad, desoía las admonitorias reprimendas de Huevo Duro respecto a suspensos, y repeticiones de curso y lo que ello podía acarrearle: un dantesco internado de verano donde purgar por su manifiesta indolencia.

Todo hubiera proseguido con similar rutina hasta el suspenso final vaticinado, de no ser porque una tarde de domingo al salir a la calle rumbo al cine de barrio cercano, el destino hizo que Pedro se topase con la escultural Sigrid justo en el momento en que abandonaba el vecino hostal para dirigirse presumiblemente a sus quehaceres en un ignoto teatro de revista y a Pedro, por recrearse en sus bamboleantes andares, le diera por seguirla cuando enfilaba hacia la cercana parada del tranvía. Regodeándose al imaginarla con el incitante biquini, Pedro, hipnotizado pero un tanto sorprendido pues ignoraba las sempiternas estrecheces pecuniarias que soportaban las chicas de la revista, sin un propósito definido, subió al coche tras ella. Como la hora de entrada en el fútbol había pasado, el vagón estaba prácticamente vacío lo que le permitió sentarse frente a Sigrid a una prudente distancia desde donde poder observarla detenidamente a sus

anchas y no tardó en advertir que aquella era la primera vez en que se hallaba tan cerca de ella que incluso era capaz de percibir los gratos efluvios corporales que emanaba que destacaban sobre el tufo general de un pasaje habitualmente descuidado en su higiene corporal, una sensación placentera que venía a sumarse a la no menos placentera contemplación de aquella imponente venus nórdica que desde el patio le había sorbido el seso.

Las paradas se sucedían rumbo a lo desconocido sin que ella hiciera ademán de abandonar el vagón, por lo que Pedro consideró, además de perderse el inicio de la doble sesión cinematográfica, no estaría alejándose demasiado de los barrios por donde familiarmente transitaba, pero el minucioso examen de la incitante Sigrid, tan cercana, le mantenía clavado en el asiento recreándose en los detalles de su anatomía ahora oculta bajo su ropa que él conocía de memoria en mejores condiciones. Bajo aquella blusa de manga larga, bajo aquella falta tobillera, se escondían los tesoros a los que tenía acceso desde su atalaya del recibidor. Su dorada melena, a lo Veronica Lake, ocultaba uno de sus ojos —¿verdes? ¿azules? no había podido distinguirlos—, que Pedro sentía una notable debilidad por la actriz, si como tal podía calificarse aquel confuso sentimiento que le embargaba al verla en la pantalla, que además suscitaba su envidia hacia aquel actor más bien bajito que la acompañaba en casi todos sus films. A Sigrid, sin embargo, la tenía más a mano, ¿más a mano, para qué?, se preguntó y comenzó a lamentar no ser mayor pues la presumible diferencia de edad que saltaba a la vista resultaba un tremendo escollo a la hora de entablar cualquier tipo de relación con ella, de modo que decidió bajarse en la próxima parada y regresar a ver si aún llegaba a tiempo de ver la segunda película de la doble sesión de tarde, donde igual, el hado tiene esas cosas, había suerte y echaban una de Veronica Lake. Fabulaciones. Se levantó de su asiento dispuesto a bajarse en la próxima parada sin advertir que a su vez Sigrid a sus espaldas había hecho otro tanto. Habían llegado al Paralelo.

Al descender de la plataforma cuando iba a poner pie a tierra, Pedro se sintió impelido con violencia hacia adelante hasta el punto de perder el equilibrio para darse de bruces contra el pavimento sometido por una fuerza desconocida, nada menos que Sigrid que, al engancharsele un tacón en la rejilla de la plataforma, había perdido el equilibrio precipitándose sobre el desprevenido Pedro ahora en medio de la calle sangrando levemente por la frente ante un corrillo de fisgones presidido por una ilesa Sigrid, todo excusas, con cuya belleza había atraído cual moscas a algunos viandantes ociosos, ávidos de cualquier espectáculo gratuito.

—Podríamos llevarle al Pere Camps —tercia uno.

—No será necesario, es un rasponazo superficial —dogmatiza otro.

—Sí, las heridas en la cabeza son muy aparatosas —sentencia un tercero con aire facultativo.

Y después de lavarle la frente en una fuente cercana el grupito se diluye pues allí no hay nada más que ver como no sea a esa rubia de bandera que se deshace en cumplidos hacia Pedro a quien agradece efusiva que le haya servido como muro de contención.

Ahora sentados en el velador de un barucho donde Sigrid ha insistido en llevar al accidentado para que le den una copita de coñac a ver si se le pasa el susto, Pedro, aunque aturdido, se felicita por su buena estrella. Quién iba a decirle que aquel percance fuera a brindarle la oportunidad de gozar de la proximidad de ese monumento al que tantas horas de muda observación ha dedicado.

Agotado el tema del incidente y puestos ya en un tono confidencial, Sigrid se interesa por las actividades de su joven salvador y Pedro, sin poder evitarlo, rojo como un pimiento morrón, a trompicones, le brinda algunos pormenores de sus quehaceres, ocultando ladinamente su afición por el espionaje. No sería adecuado, ni correcto, que la chica se sintiera objeto de las observaciones anatómicas de su interlocutor que atropelladamente pasa de sus desastrosos estudios, a su afición por la tauromaquia, con la que su padre le ha envenenado, y de la tauromaquia al cine para acabar declarándose rendido admirador de la guapa Veronica Lake, sin poder remediar confesarle su notable parecido con la estrella, halago que Sigrid recibe encantada pues está convencida de que «en boca de los niños oirás siempre las verdades», mientras acusa mentalmente el espontáneo piropo, y sacude la cabeza para que su melena alevosa cubra su ojo derecho, ahora por siempre azul, para complacer a su admirador a tiempo que advierte que aún no se ha presentado como Mariola, natural de Almería de profesión artista, sin especificar. Al hacerlo, por un instante Pedro, tan habituado a Sigrid, siente la leve punzada de decepción, de la que se repone inmediatamente feliz por haberla conocido.

—¿Qué hora tienes?

Y Pedro que no ha sido capaz de usar los credos, lo cual hubiera sido un disparate monumental, alega haberse dejado el reloj en casa.

—Me lo olvidé al salir de la ducha —miente.

Las cinco en punto señala ese reloj de Cervezas Damm de la pared frente a la barra y Sigrid, ahora Mariola, advierte que de no irse llegará con retraso a la función de tarde lo que supondría que el regidor le pusiera una multa de veinte duros por lo que presurosa se levanta, se dirige a la barra para abonar el coñac y sin mediar mayores excusas se despide de Pedro con un escueto hasta la vista, vacío de promesas, y enfila presurosa hacia la calle.

Dispuesto a llegar al fondo de esa pesquisa en que se ha embarcado sin saber el motivo Pedro, a quien el coñac ha infundido un inconsciente valor, se precipita hacia la calle en pos de Mariola a la que teme haber perdido. Pero no, ahí va caminando con paso decidido, diríase atlético, hasta que acaba deteniéndose frente al Molino, desde antaño templo barcelonés de la sicalipsis, para desaparecer por una discreta puerta lateral. La entrada de artistas.

Todo encaja ahora y Pedro que, aunque joven no es nada lerdo, acaba por comprender a qué tipo de actividad artística se dedica Mariola: chica del coro, como evidencian aquellas fotos expuestas tras una vitrina cercana a la entrada que la pregonan como una de las «alegres chicas del Molino» junto a un elenco de, a su entender, rutilantes bellezas entre las que descubre también a Mari, que vete tú a saber cómo ha de llamarse, y en su tierna sesera comienza a urdir un plan no por disparatado menos realizable: acudirá al Molino en calidad de espectador para contemplar a Mariola, su Mariola, en todo su esplendor revisteril, en toda su salsa.

Por la noche, ya en la cama, tras la cena durante la cual se ha visto obligado a engañar a sus padres contándoles por encima el argumento de dos películas ya vistas hace semanas, Pedro comienza a pergeñar un plan que, aunque arriesgado, podría coronar su empresa. Falta una semana para el próximo domingo día en el que ha decidido acudirá de nuevo al Molino. Sin embargo, varios obstáculos se interponen en su proyecto. ¿Cómo acceder al espectáculo con esos humillantes pantalones cortos que le obligan a llevar, caprichosa barrera indumentaria que separa a adultos de infantes? ¿De dónde sacará el dinero para adquirir la correspondiente localidad? ¿Y si para parecer mayor se pintara un bigote con un corcho ahumado como ese de las películas de risa? Y, de entrada, siente como se viene abajo ese castillo de naipes que ha comenzado a edificar demasiado pronto. El plan tiene escaso futuro como no lo solucione a base de la sisa familiar y el apaño de un par de pantalones de ese traje que su padre —un hombre tan enérgico como menudo— ya no usa. Bastará con ceñirse el

cinturón hasta el primer agujero y recoger los bajos del pantalón con unos imperdibles. Pero todo eso se hará dentro de una semana que, de no ser por sus visitas al observatorio del recibidor, transcurre con una lentitud viscosa a lo largo de la cual ha optado por olvidar lo de la sisa, siempre arriesgada, para darle un sablazo a Fermina. Cuatro duros serán suficientes si tiene en cuenta lo que sus padres acostumbran a darle para el cine del domingo.

Como no puede salir de casa con los pantalones largos puestos los envuelve en un papel de periódico. Se cambia en los servicios de un bar próximo al Molino. Con el corazón en un puño se acerca al teatro, rogando al cielo que a la taquillera o al de la puerta no se les ocurra pedirle el carnet de identidad que no tiene.

Ha habido suerte se dice intentando arrellanarse en ese incómodo asiento del patio de butacas, justo al lado de la pasarela, mientras la orquestina ataca con buena voluntad la obertura popurrí de la fantasía afrocubana *Ojo con el fontanero*, una colección de chistes hilvanados con escaso ingenio, tan subidos de tono como lo permite la censura, que harán desternillar al respetable cuyo verdadero interés en la función en realidad son las chicas, desde las del coro hasta la supervedette, amén de un limitado sector del público, de todo hay en la viña del señor, que, en secreto, ha acudido al local para ver evolucionar a los apolíneos boys.

Tras la sucinta obertura se levanta el telón y la vedette, presumiblemente un ama de casa, irrumpe en escena ataviada con un semitransparente salto de cama, que permite al respetable imaginar más de lo que puede verse. La vedette se queja a su marido, el cómico de la compañía, de que la ducha no tiene presión. Deben de ser las cañerías, tercia el marido, habrá que llamar al fontanero. Y aquí arranca una serie de alusiones a las viejas cañerías de la finca y a las no menos vetustas del marido, que a Pedro se le escapan, mientras el resto de la sala se parte de risa. Después de ese breve diálogo la orquestina acomete de nuevo y, por ambos lados del escenario, hacen su aparición las pícaras chicas del coro vestidas con breves monos, supuestamente de fontanería, y sin venir a cuento entonan: «Somos las chicas de la revista, queremos llegar a artistas, sin tener que trabajar, anda tener que llegar a esto, tener que mover el tiesto y dejárselo tocar» mientras transitan por la pasarela con escaso donaire, para íntimo refocile de Pedro cuyos precarios conocimientos de coreografía le impiden advertir las atropelladas evoluciones de las coristas entre las que refulge una radiante Mariola, la tercera de la fila comenzado por la derecha, cuya imponente estatura la hace sobresalir de entre las demás. Pedro se encandila, sin embargo, la intervención de las coristas

es breve, hay que dejar que se luzca la vedette que sin venir demasiado a cuento acomete «soy una star, star, star de competición, y suelo estar, estar, estar, siempre en posición» mientras el cómico y las chicas hacen mutis y el público aplaude a rabiar.

Luego todo se desarrolla con una pasmosa morosidad entre chistes manidos, que larga atrevido el fontanero segundo cómico, y tonadillas picantes que canta la vedette, una tiple de escaso talento canoro, que sumen a Pedro en un tedio supino hasta que, de nuevo, las suripantas hacen su aparición ahora ataviadas con un procaz traje de baño —llevan también balones multicolores, parasoles y enormes bolsos playeros—, pues según se desprende de lo oído el matrimonio ha decidido pasar unos días junto al mar, Mediterráneo por más señas, cuadro que concluye con una suerte de carrusel por la pasarela. Y entre cuadro y cuadro, chiste y chiste —ora el fontanero, ora el marido— va desgranándose la insípida función hasta la apoteosis final de la compañía. Cae el telón. Un tanto decepcionado, Pedro se suma a la fila de espectadores que se dirigen hacia la salida. ¿Y si esperase a Mariola? Enseguida lo descarta porque no alcanza a calibrar sus propios propósitos.

La fila avanza con lentitud paquidérmica. En la puerta se ha formado un tapón de admiradores que pugnan por ganar la calle. Entre ellos, ¡no puede ser! Pero sí, no cabe duda, cómo confundir aquella calva rotunda temida y a la par denostada, es Huevo Duro, que despojado de su habitual traje talar, viste como un paisano cualquiera, sí, sí, es el mismísimo Huevo Duro del cole y pese a las horas perdidas tras las persianas del recibidor, no cabe duda que, tras el afortunado encuentro, va a concederle el aprobado general.

Maila

Para Luis Vigil, fantacientífico

De entrada, con aquellas enormes gafas ahumadas estilo José Feliciano, que casi ocultaban la totalidad de su rostro, le costó reconocerla. La noche anterior, desdibujada por el humo y las luces estroboscópicas, con las que el discjockey del local mareaba a los de la pista, al resto del público de las mesas circundantes y a los que desde la barra, como él, oteaban pacientemente el panorama en busca del eterno objetivo, no pudo hacerse cabal idea de sus rasgos, pero ella a su vez tampoco parecía recordarle ahora allí de pie en la terraza, con aire titubeante sin saber adónde dirigirse, sin embargo, por fin alertada por sus señas, al punto, sorteando sillas y veladores, se acercó a la mesa donde Tirso hacía unos minutos la aguardaba, y él cortésmente se levantó para estrecharle la mano enguantada que ella le tendía y acercarle una silla para que tomase asiento.

La anterior noche, desde su posición privilegiada, Tirso la había visto descender por la escalera con aire indeciso, como el de Cenicienta al presentarse en el baile del Príncipe, sólo que hacía rato que las doce habían dado y ella no calzaba zapatos de cristal sino unos agudos stiletti que realzaban su figura embutida en una petite robe noir que le caía como un guante, pues era lo adecuadamente esbelta, pero no delgada, como para lucir cualquier trapo que se echara encima. Como ahora, ya sentada frente a él, ataviada con aquel clásico traje sastre de Chanel que complementaba con los adecuados slingback y el eterno bolso de la casa. Era un gozo verla tan elegantemente vestida para la cita que no había dudado en aceptar cuando Tirso, anoche, al dejarla en la puerta de su hotel, esperando lograr lo que por la prudencia de un primer encuentro no se había atrevido ni a insinuar, le propuso que se vieran al día siguiente para cenar. Quedaron en Sandor a eso de las ocho pues ella, dijo, acostumbraba de cenar pronto como en su país de hábitos centroeuropeos.

El local, Bacarrá, estaba tan concurrido que al llegar al final de la escalera, al comprobar que todas las mesas estaban ocupadas, no tuvo más remedio que recalar en la barra, providencialmente junto a Tirso quien, con la excusa de encenderle un cigarrillo, inició un diálogo que enseguida abandonó la senda del banal intercambio de lugares comunes, para adentrarse en una cierta confidencialidad gracias a la cual Tirso se enteró de que se llamaba Maila en honor a la protagonista de una vieja serie de televisión, jamás pasada en España,

por la que su padre sentía debilidad; que, procedente de un lugar Rumania, de nombre impronunciable, se hallaba en Barcelona de paso pues estaba visitando el sur de Europa por prescripción facultativa, en busca de inviernos más suaves, y que tal vez se instalara en la ciudad para beneficiarse de su apacible clima mediterráneo indicado para mejorar su precaria salud; que hacía tal sólo dos días que había llegado y que, aunque un tanto sucia, la ciudad le había subyugado por su impronta gótica; y que, por el momento, hallándose empeñada en esa suerte de grand tour, no tenía otro quehacer más que viajar en busca de su objetivo y que, esto lo dedujo Tirso por sus modales exquisitos, procedía de una familia de abolengo.

Como la tarde languidecía y en breve reinarían las sombras, Maila se quitó aquellas gafas de ciego para mostrar sus limpísimos ojos zarcos enmarcados por su hermosa melena de grafito dejando pasmado a Tirso, quien, al advertirlo para recomponer el gesto, disimuló haciendo una seña para atraer la atención del camarero.

—¿Qué quieres tomar, Maila?

—Agua mineral sin gas.

Y entonces le vino a la memoria que anoche en Bacarrá había pedido lo mismo.

—El alcohol me da dolor de cabeza —le había dicho.

Un inconveniente, pensó Tirso que opinaba que con unas copas hasta las torres más altas se ablandaban. Pintaban bastos, pues, pero a pesar de sus aviesas intenciones —las de cualquiera que hubiese visto a Maila— la ocasión merecía una agradable espera en la que recrearse, pues el acoso, por poco aparente que parezca, es la parte más excitante de la conquista.

La jornada, le dijo Maila, había resultado fatigosa ya que había recorrido de punta a cabo el laberinto del barrio gótico, aquellas agostas calles de factura medieval donde el sol penetraba apenas, algo beneficioso para su delicada piel blanca como el armiño que confería a su aspecto una atractiva fragilidad veneciana, algo difícil de apreciar en la oscuridad de la discoteca sumida oportunamente en la penumbra de la pista, donde se habían sumergido cuando Maila aceptó su invitación para bailar y descubrió su cuerpo deliciosamente flexible. Sin embargo, tras un par de piezas, durante los cuales Tirso se esforzó por mantener una respetuosa distancia, Maila le rogó que regresaran a la barra pues, confesó, la danza no era su fuerte. Bebía agua y el baile

parecía no agradarle, el cortejo iba a resultar arduo, con todo ella aceptó, encantada al parecer, que la llevase hasta el hotel, el Ritz, evidenciando que, además de abolengo, la joven pertenecía a una familia de posibles. Una joya, un mirlo blanco que llevarse al zurrón en cuanto se presentara la ocasión oportuna.

La conversación abordó los temas que no habían tocado la noche anterior: viajes, Maila había recorrido la vieja Europa; música, preferiblemente clásica aunque, en pequeñas dosis, era capaz de soportar el barullo discotequero, porque entendía que en esos lugares hubiera sido un despropósito no observar las modas musicales del momento; consecuentemente, por la pintura y la literatura se inclinaba también por los que ella consideraba clásicos especialmente si eran de su país, de los cuales Tirso reconoció los nombres de Cioran, Ionesco, Tzara y Vintila Horia, que paradójicamente habían hecho del francés su lengua literaria, quedándose, no obstante, in albis respecto a los pintores de los que apenas era capaz de citar esos que forman parte del acervo cultural de la gran mayoría. Luego, al interesarse por sus preferencias culinarias, Maila manifestó que apenas le interesaba pues casi nunca tenía apetito. De modo que, como le daba lo mismo un lugar que otro, por no andar moviendo el coche con los habituales inconvenientes que suponía su estacionamiento, Tirso optó por llevarla a Finisterre, a un paso de Sandor, donde, además, en calidad de antiguo parroquiano —su abuelo cuando era niño ya le llevaba allí para celebrar sus cumpleaños—, no iba a tener ninguna dificultad en conseguir una mesa, aunque no la hubiera reservado.

En efecto, ya fuera porque el restaurante estaba prácticamente vacío —esas no eran horas de cenar en España— o por tratarse de un vetusto cliente, el encargado, tras saludarle efusivamente, los acompañó a una mesa situada en un discreto rincón donde poder observar sin ser observados.

Maila no se entretuvo demasiado con la carta que consultó sin aparente interés y cuando el encargado se acercó para tomar nota, se adelantó a Tirso pidiendo como plato único un filete très saignant sin guarnición.

—Pero que no sea excesivo –añadió.

—¿Excesivo?

—Perdón, he querido decir grande.

Durante la cena, mientras distraídamente destrozaba el filete,

Maila hizo gala de los conocimientos adquiridos en su largo periplo. Era una viajera atenta y observadora, capaz de describir con gran profusión de detalles las ciudades que había visitado, que eran muchas. Londres, Berlín, Roma, Bruselas, Praga, casi todas las capitales europeas, cuyo clima no se ceñía a los consejos de su médico en quien había depositado su total confianza.

A la hora de los postres, ignorando la sugerencia del maître que propuso el soufflé especialidad de la casa Maila, aparentemente turbada, se excusó para dirigirse al servicio de donde regresó en un abrir y cerrar de ojos con un aspecto radiante. Tal vez fuera anoréxica, pensó Tirso, pero no, su figura descartaba tal idea, Maila estaba canónicamente proporcionada, piernas longilíneas, busto firme. Tirso, por acompañarla, tampoco pidió postre, ni café, pues ella dijo que la desvelaba. Ya en la calle, Tirso le sugirió acercarse a Bacarrá de nuevo, pero ella rechazó la proposición. Ya le había dicho que estaba fatigada. Por qué no tomar una copa en la parrilla del Ritz. A bodas me convidas, pensó Tirso.

El salón estaba prácticamente desierto. El camarero que lo atendía vagaba por la sala a la deriva como un autómata descoyuntado. Siguiendo su costumbre, Maila pidió un agua mineral sin gas y Tirso se sumergió en un malta a palo seco, en busca del valor que le permitiera despejar la incógnita que su extraña compañera le planteaba, pues su hábitos realmente lo eran, aunque a pesar de ello Tirso no había desistido de su objetivo primigenio, el objetivo de siempre cuya consecución intuía próxima, si no a santo de qué obedecía aquella invitación a un lugar a escasos metros de su habitación, del altar del sacrificio donde pensaba oficiar con el habitual entusiasmo del descubrimiento.

Sentados en un breve sofá que facilitaba la proximidad, Maila peroraba de nuevo sobre sus viajes, nada como Londres donde un viejo pariente de su familia hacía tiempo se había instalado y que desgraciadamente hubo de abandonar de forma precipitada en extrañas circunstancias. Sin indagar sobre el tema por no pecar de indiscreto, Tirso, quizás por haberse educado en el Liceo Francés de la ciudad, se manifestó partidario de París, pero enseguida dejó de lado el tema para evitar llevar la contraria a su pareja, a su juicio, cada vez más accesible pues, fuera por distracción o deliberadamente, Maila repentinamente había posado su marfileña mano sobre la rodilla de su interlocutor. Tal vez era la señal, confirmada cuando ella, de improviso, le advirtió que estaba rendida de cansancio.

—Es mejor que subamos a mi habitación, así podré ponerme más

cómoda.

Y así lo hizo. Tras desaparecer en el cuarto de baño, apareció de nuevo en la habitación. Su melena, concienzudamente cepillada, caía en cascada sobre sus hombros. Descalza, llevaba una bata de seda que trasparentaba sus encantos ante los cuales Tirso sintió desfallecer. Parecía llegada la hora de recibir el premio a su deliberada falta de precipitación. Maila se tendió sobre el lecho mientras Tirso, dubitativo, se acercó a ella con la parsimonia que la ocasión requería, sigiloso como un felino midiendo sus pasos no fuera a espantar a la presa, aunque resultaba obvio que Maila perecía estar curada de espantos en el momento que le ayudó a quitarse la corbata.

Al día siguiente, Tirso no acudió al trabajo, a fin de cuentas no tenía que dar explicaciones a nadie pues era su propio *jefe*. Al abandonar el Ritz para ir a casa a cambiarse de ropa, no pudo evitar una sonrisa triunfal de satisfacción, Maila era una amante portentosa, nadie lo hubiera dicho a juzgar por su delicado aspecto. La noche se había convertido en una exhibición de todos cuantos recursos eróticos podía ofrecer una mujer. Maila se adelantaba a todos sus caprichos sin un ápice de pudor. Qué hubiera sido de no estar cansada, sonrió para sus adentros. El que estaba más que cansado, extenuado era él, así decidió que debía recuperarse tanto de las horas de sueño perdidas como por los excesos derrochados antes de volver a recogerla al Ritz donde se habían citado de nuevo, quien sabe si para repetir las gestas nocturnas que juntos habían coronado.

Se metió en la cama, su reconfortante cama de soltero, no sin antes llamar a su secretaria para anular los compromisos del día, y luego descolgó el auricular, no quería que nadie turbara su descanso, sin embargo, lejos de apacible, su sueño se convirtió en una serie de desagradables pesadillas protagonizadas por una Maila de incomprensible aspecto demoníaco que reclamaba una y otra vez sus acometidas. Por fin rendido, se quedó como un tronco hasta que a las siete el despertador le devolvió a la realidad. Había quedado a las ocho de modo que tenía una hora justa para arreglarse. Tras un tentempié, café y un par de magdalenas del día anterior otrora esponjosas que encontró sobre la mesa de la cocina, tomó una ducha que aunque breve le devolvió al mundo de los vivos y luego procedió a enjabonarse la cara para afeitarse, con la celeridad que se adquiere tras largos años de uso de la eficaz navaja barbera que su padre le enseñase a emplear en la noche de los tiempos de su adolescencia, y al acometer la zona del cuello se sorprendió al observar sendos cortes de escasa longitud simétricos sobre un imaginario eje encima la yugular, que no recordaba cuándo se los había causado, sin embargo, por lo

menos ya no sangraban. Se vistió con premura pues los minutos corrían en su contra y no deseaba que Maila pensase que una vez rendida había perdido su interés por ella ya que estaba deseando volver a su lado para ver que nueva sorpresa le depararía, pero al inclinarse para calzarse los zapatos, sintió como un súbito vahído, como si la sangre no le llegara a la cabeza por lo que se recostó unos instantes en la cama hasta recuperar el sentido y por un instante pensó en llamarla al Ritz para posponer la esperada cita, pero casi inmediatamente descartó la idea ¿cómo desperdiciar la oportunidad de un nuevo encuentro con aquella caja de sorpresas cuya estancia en la ciudad, según le había advertido, iba a ser breve?

No se encontraba con ánimos para conducir de modo que tomó un taxi. Maila le aguardaba otra vez en la parrilla desierta a aquellas horas. Lucía una falda corta de cuero y una blusa semitransparente que apenas ocultaba sus oscuros pezones, una clara invitación, que él aceptó sin reservas cuando ella, sin mediar palabra, le cogió de la mano para conducirle a su habitación donde, sin prolegómeno alguno, repitieron las proezas de la noche anterior hasta que Tirso, tras un último embate, cayó rendido, presa de un espeso sopor.

Al despertar, Tirso sintió una sensación de vacío, no recordaba dónde se hallaba, sus músculos eran de goma por lo que a duras penas logró levantarse en busca del cuarto de baño. El espejo del lavabo le devolvió la imagen de un hombre súbitamente envejecido cuyo rostro demacrado lucía unas profundas ojeras; no podía ser el suyo, era como si repentinamente hubiese perdido el color, las extrañas heridas de su cuello parecían mayores, la cabeza le daba vueltas, de nuevo le acometió un vahído, y temiendo desmayarse se sujetó en el toallero y se sentó en el borde de la bañera.

De repente, Maila irrumpió en el baño y acercándose para socorrerle, haciendo gala de una fuerza colosal, incorporó a Tirso y poniéndole la cabeza debajo del grifo del lavabo dejó correr el agua fría que aplicaba sobre sus sienes alternativamente, mientras con la otra mano le sujetaba por la cintura para evitar que se cayera. Un tanto recuperado Tirso alzó la cabeza, su mirada se dirigió hacia el espejo, allí estaba de nuevo su rostro sombrío, mientras que el de Maila, que aún le asía con fuerza por la cintura, había desaparecido.

Ruido de sables, un apunte histórico

A la memoria de José Antonio Andreu

Los lunes son bastante flojos y mucho más cuando se acerca el fin de mes en que la clientela por lo general anda tiesa. Por suerte era el mes de febrero —de veintiocho sólo hay uno: febrero— de modo que, alentados por la proximidad de la paga, tras las penurias de enero, cuando después de sufragar los excesos de las tarjetas de crédito que permiten alargar la Navidad hasta Reyes, cuando hay que echar la casa por la ventana con los dichosos regalos para que el brillo de los rostros de los niños y no tan niños ilumine la sordidez de la realidad —traca final para sus exangües bolsillos—, los parroquianos compungidos, como si fuéramos a ponerles falta, suelen regresar al redil, por llamarle de algún modo, para olvidar sus penurias, cuestión que las niñas agradecen mostrándose más dispuestas y cariñosas que de costumbre, que ellas también han pasado la travesía del desierto con la que se inicia el año.

Los que vienen a visitar la casa lo hacen de costumbre a primera hora. Suelen ser funcionarios, o personal bancario que libran por la tarde aunque siempre, para justificarse ante sus parejas, se escuden en que: después de comer el jefe de negociado, o el interventor de turno, les ha rogado, es un decir, que se quedaran un ratito para resolver qué sé yo cuál expediente, o qué sé yo qué cuadre de caja, antes de andar a sus trabajos vespertinos con los que complementan sus parcos ingresos. Los oficinistas habituales llegan siempre más tarde, a eso de las ocho, para echar ese esperado polvo que en casa van a negarles, ya que sus mujeres estarán hartas de trajinar toda la jornada con las fieras de los niños, de poner lavadoras, de sacar a pasear al perro, o cambiar la arena del cajón del gato, pero sobre todo de la cocina donde, con la pata quebrada, cumplen con sus sacrosantos deberes y así de derrengadas, quién tiene ganas de abrirse de piernas con el riesgo añadido de que se equivoquen y venga otro, u otra, a sumarse a la familia y ¡hale! más bocas que alimentar, vestir, calzar a cambio de un media horita de mal contado gustirrinín.

La tarde, pues, pintaba floja, como he dicho, y las nenas entretenían sus ocios en el saloncito de la tele jugando al remigio, algo más acorde con los tiempos que corrían que el secular parchís en la cocina, único lugar calentito de la casa durante la postguerra, mientras en lugar de dedicarse al anestesiante ojén, sorben sus cocacolas que las mantiene más espabiladas y prontas a desenvolverse con mayor voluntariedad y sobre todo presteza, que en esta parcela

del negocio del sector servicios los resultados económicos dependen de la celeridad con que se despacha a la clientela para regresar de nuevo a la faena cuanto antes.

No habían llegado todas, como siempre a Graciela, a quien llamábamos «la argentina» por ser oriunda de Montevideo, se le habrían pegado las sábanas, con toda certeza porque la víspera, con motivo del arribo al puerto de la Sexta Flota destacada en el Mediterráneo para asegurar la estabilidad geopolítica, habría hecho horas extras y Maruja, rebautizada como Vanessa, que hallaba en esos días en que es obligado coger la baja laboral por obvias razones de higiene, tampoco había fichado. Las otras habían acudido al tajo en espera de hacer algunos duros: Juanita para pagar el colegio del nene que le costaba un Congo pues se había empeñado en llevarlo de pago a los Hermanos; Marilís para poder sufragar las letras del Seiscientos de ocasión que le había regalado a su novio por quien bebía los vientos a pesar de que, por mucho que se esforzase, no encontraba trabajo, un trabajo se entiende a la medida de sus conocimientos; y Lucinda —de dónde había sacado ese nombrecito— para costear en una clínica privada el tratamiento de su marido —del que estaba un poco hasta el copete— aquejado de mal de Pott, el cual también, como al novio de Marilís, le impedía doblar el espinazo y dejar eso de ganarse las consabidas lentejas con el sudor de su frente en manos, es otro decir, de sus respectivas. Al verlas reunidas allí en el saloncito ataviadas con provocativas prendas: corsés, medias, zapatos de tacón de aguja, y toda la consabida parafernalia de su profesión, una que ya ha corrido, y sobre todo visto, lo suyo —y al decir visto me refiero en el cine porque de viajar más bien poco, o nada, como no fuera por aquel viaje, el de luna de miel que hiciéramos con mi difunto Saturnino, a Palma de Mallorca— aquella se me antojaba la típica escena de aquellos burdeles, a los que los clientes acudían como si de una sociedad recreativa se tratara —los había incluso que traían merienda y todo—: Las niñas aguardando entre partida y partida, y poniéndose tibias de cocacola —que produce una poco oportuna flatulencia en vistas al ejercicio de su profesión—, y la patrona, o madame, como ustedes prefieran, en este caso yo: Remedios Cunill, o doña Reme, como las nenas me llaman cariñosamente, con el paso de las horas, languideciendo de aburrimiento ante la incertidumbre de los resultados económicos de la jornada hasta que el timbre de la puerta pusiera en marcha al personal, como al despertar de un sueño, lo que no iba a tardar en suceder.

Don Evaristo era un asiduo de la casa. Por las mañanas penaba como ventanillero en la central del Banco Rural y Mediterráneo de plaza Cataluña y por las tardes decía llevar la contabilidad de una

zapatería de postín, lo que le permitía ganarse la simpatía de las niñas pues, además de aforar como el primero, de cuando en cuando las obsequiaba con algún par de zapatos, obviamente de la temporada anterior pero siempre muy aparentes. Cuando su reluciente calva hizo acto de presencia en el salón —Lucinda, siempre chistosa para contrarrestar el drama de su marido, decía que en la zapatería le sacaban brillo—, las nenas abandonaron la partida inmediatamente y corrieron zalameras a su alrededor para ver quién se llevaba el calvo al agua. Habitualmente don Evaristo, ajustaba con la Vanessa por lo que en su semblante se pintó una cierta desilusión, de modo que —¿pero no ha de venir hoy?— decidió tomarse las cosas con calma, a fin de cuentas, viudo como yo viuda, en casa no le esperaba nadie, de suerte que:

—¿Doña Reme, me prepara un cafelito? —don Evaristo oriundo de Tres Cantos siempre decía cafelito a la usanza de sus pagos.

—¿Con unas gotitas de coñac?

—Si es Magno, no voy a *decirla* que no, doña Reme —que don Evaristo dentro de sus posibles hacía por no privarse de nada.

Y mientras decidía quién iba a ser la afortunada, se sentó a la mesa y pidió permiso para sumarse a la partida donde iba a tenerlo muy crudo con aquellas lagartas que si del oficio se las sabían todas no digamos del remigio. En efecto, en un escaso cuarto de hora Marilís cerró tres veces consecutivas limpiándole sesenta duros ante la consternación de sus compañeras que, no sin cierta razón, pensaban que en caso de desplumar a don Evaristo tal vez no dispusiera del suficiente numerario para satisfacer sus servicios. Claro que don Evaristo, en calidad de viejo parroquiano, disfrutaba de crédito ilimitado en la casa, sin embargo, las niñas, como las mujeres de hacer faenas —¿qué no era el sexo sino una faena?— al finalizar su jornada laboral, querían retirarse a casa con sus emolumentos contantes y sonantes, lo que me obligaría a adelantarles su jornal algo que sinceramente no me preocupaba gran cosa porque el ejercicio recién concluido habíamos cerrado con beneficios. No obstante, la sangre no iba a llegar a río porque don Evaristo, a pesar de su nombre de tanguista, debido a esas afinidades sonoras existentes entre los pueblos hispanoamericanos, era un tipo muy rumboso y mientras cavilaba a quien iba a cepillarse y consumía su tiempo y su carajillo con una morosa delectación, sonó el timbre por segunda vez.

Se trataba de Tremoleda, un esmirriado abogaducho laboralista que había sido catapultado al Servei Juridic de la Generalitat, como

compensación por servicios prestados por su difunto padre en aquel paraíso francés donde se refugió el gobierno catalán en el exilio, donde hasta los más inútiles medraban en espera de que llegasen tiempos mejores que ya habían llegado, aunque no todos estuvieran totalmente conformes. Desposado con una joven que atendía al nombre de Meritxell Castellano, un baldón para una furibunda militante de Esquerra Republicana a cuya causa se entregaba en cuerpo y alma, que, a base de una cruel abstinencia, mantenía a Tremoleda en barbecho pues, tras acudir en peregrinación a Andorra para prometer a la virgen, bajo cuya advocación había sido cristianada, cumplir con los débitos matrimoniales tan sólo una vez al mes por cuestiones higiénicas hasta que Cataluña, liberada del yugo opresor españolista, no fuera una nación soberana lo cual, según todos los indicios, iba para largo, cuestión que a Tremoleda había comenzado a tenerle sin cuidado desde el momento en que, alentado por un compañero del Servei, había caído por casa donde conoció a Lucinda a la que comenzó a visitar con sospechosa asiduidad y con la premura que confería la humillante castidad a la que su mujer le tenía condenado. A su vez, como el presupuesto de Tremoleda no era excesivo ya que la tal Meritxell por las noches, antes de irse a la cama, cuando su sufrido consorte dejaba sus pantalones en el galán de noche, aprovechaba y le hurgaba los bolsillos para limpiarle hasta la calderilla, Tremoleda en más ocasiones de las que fuera de desear obtenía las prestaciones de Lucinda a título gratuito al argüir que, en su calidad de funcionario de la Generalitat podría apachuscar lo de su marido con la sanidad pública, pero, eso sí, sin especificar cómo, que la lista de apachusques era más larga que la cola del racionamiento durante la postguerra. Pero Lucinda se hacía ilusiones, tal vez porque en su fuero interno sentía una debilidad por aquel fogoso picapleitos que le ofrecía con vehemencia los homenajes que su marido no podía brindarle a riesgo de palmar en el intento.

Al ver aparecer a Tremoleda en el salita las nenas, absortas en la partida, le saludaron —¿qué hay Ferrán?— con cierta displicencia. Lucinda, la favorita, porque estaba a punto de cerrar y llevarse los veinte duritos de la mano, y Marilís y Juanita porque se sabían descartadas de antemano, mientras don Evaristo sin levantar la vista de sus cartas saludó efusivamente al recién llegado:

—¿Qué tal, Tremoleda, qué se comenta en los pasillos del poder?

Como habituales de la casa ambos habían coincidido en muchas ocasiones, estableciendo, sino una relación de amistad, cuando menos una cordial camaradería como si se consideraran compañeros de armas lo que les permitía algunas familiaridades

—Ya ve usted, don Evaristo, sin novedad en el frente.

—Sin embargo, corre la voz que en Madrid se deja oír un persistente ruido de sables.

Algo que a don Evaristo, que en sus años mozos había pertenecido a la OJE, el régimen hacía poco finiquitado parecía no desagradarle. Es más, diríase que en su corazón de flecha aún titilaba el ascua de la adhesión a aquellas consignas inquebrantables que le habían inculcado en los salutíferos campamentos de verano del Frente de Juventudes donde, además de triscar por las montañas —la mayoría de ocasiones nevadas por mor de a los himnos patrióticos—, comía caliente por cuenta del Estado en unos momentos en los que la mayoría de españoles comían frío, si es que comían.

Tremoleda, no, Tremoleda, según había dicho un buen día, ejerció en los *escoltes* del Agrupament del Abad Oliva, dedicados en cuerpo y alma a la búsqueda de aquella montaña venerada que les tenía el corazón robado —¿el Canigó, tal vez?—, faltaría más perteneciendo como pertenecía a la linajuda casta que había emigrado a Francia perseguida por las circunstancias, de donde había regresado con su familia en cuanto amainó el temporal y la purga. A pesar de ello, don Evaristo le caía bien, y sus veladas insinuaciones acerca de la inoperancia atávica que caracterizaba al Servei Juridic donde trascurrían sus días sin dar palo al agua a la espera del sobre que llegaba puntualmente cada final de mes mientras, para excusar su empecinada vagancia alegaba que casi todo lo que debía resolver acababa durmiendo el elocuente silencio administrativo, era competencia del Ministerio de Madrid, incluso le hacía gracia.

Por fin Lucinda, que había logado resarcirse de sus pérdidas, dejó el remigio para dedicarse a sus menesteres y tomando la mano a su impaciente admirador lo arrastró a una habitación del fondo del piso, a aquella hora calentada benignamente por el sol del atardecer, donde Tremoleda, a quien no había llegado la paga —claro, como te pagan los veinticinco asintió comprensiva Lucinda—, la engatusó de nuevo para conseguir sus favores a cuenta de las pretendidas gestiones que iban a permitir que el marido de la niña gozase de los beneficios de la atención sanitaria ofrecida por la seguridad social pese a no haber cotizado ni una peseta en calidad de autónomo desde que, hacía años, le dictaminaron la dichosa enfermedad que le tenía reducido a la precariedad laboral.

Con la atención de costumbre, Lucinda, de quien yo me temía que se había encabronado del susodicho, le dejó hacer encantada poniendo

buena cara a pesar que era consciente de que aquella puesta al día de sus supuestas gestiones ante la administración sólo escondía la carencia del preceptivo numerario por la obligada contraprestación por sus servicios: un completo en toda regla, con felación glotona y concienzudo mete saca que propiciaría una segunda ronda, desde la retaguardia, ya que Meritxell, la mujer de Tremoleda, puntual como el recibo de la luz, sólo le permitía desahogarse el primero de cada mes previa entrega del sobre del salario del que retiraba un tanto para sufragar los gastos de sus correligionarios y, según mis cuentas, el iluso letrado hoy llevaba veintitrés días de feroz ayuno, algo capaz de sacar de quicio al más templado, porque además, según Tremoleda había confesado a Lucinda en la relajada intimidad postcoito proclive en confidencias, su mujer, aunque radical republicana, que contra todo pronóstico estaba de muy buen ver, tenía la insólita costumbre de pasearse semi en pelotas —no tenían descendencia— por el domicilio conyugal sin que él acertara a suponer a qué se debían tamañas exhibiciones más cuando a la postre la inasible Meritxell acababa negándole incluso los más elementales favores manuales como no fuera en el día señalado. Vamos, un engendro perteneciente a esa caterva de politizadas calientapollas de vetusto cuño que —digo yo— algún lío debería de tener.

Como el timbre no había vuelto a sonar, Juanita, Marilís y don Evaristo, que fiel, es un decir, a Vanessa, aún no se había decidido por ninguna de ambas, continuaban partida tras partida, matando la tarde, pues no cabía enchufar la tele, un recurso muy socorrido para pasar el rato, ya que en lugar de la telenovela anunciada habían decidido largarnos no sé qué caray de programa especial de no sé qué nombramiento del nuevo presidente, un tal Calvo Sotelo pariente de aquél a quien habían dado matarile los guardias de asalto de la república días antes de que se organizase el pitote general. Con todo, hartas de remigio, insistieron:

—Ande, doña Reme, póngala un ratito a ver si esos del Parlamento ya han acabado con ese rollo y echan otro *pograma*.

Pero quiá, la cosa iba para largo pues en lugar de levantar la mano como en el colegio, la dichosa votación era nominal y, mientras un tío muy trajeado desde la tribuna pasaba lista, también como en el colegio, los diputados se levantaban de sus asiento uno por uno —sí, sí, no, no, sí etcétera— para emitir su opinión es decir su voto, de modo que ¡san fastidiare! porque además la programación del UHF no comenzaba hasta las ocho de la tarde, cuando —cruzaba los dedos—, era de esperar que alguno de nuestros parroquianos del turno de oficinistas se hubiera dejado caer para alegrar a las niñas con su visita

y no se quejaran por haber echado el rato en balde.

En esas estábamos cuando en la salita reaparecieron Lucinda y con el semblante resplandeciente de satisfacción y Tremoleda de un cierto agotamiento, que la Lucinda era mucha Lucinda para aquel escuchimizado funcionario con el que, sin embargo, parecía entenderse en la cama a las mil maravillas, que, las nenas, siempre lo he dicho, también tienen sus debilidades.

Y entonces sucedió.

Muchos de los posteriormente entrevistados por la tele coincidieron en que el estruendo fue como una traca fallera, pero minutos antes de escucharse, un vociferante bigotudo con un tricornio en la cabeza se acercó a la tribuna bramando «¡quieto todo el mundo, al suelo, al suelo!» y tras él un nutrido grupo de picoletos en uniforme de campaña, armados hasta los dientes, habían prorrumpido en el llamado hemiciclo ante la alarma de los diputados que, a juzgar por sus gestos de estupor parecían no entender nada, porque, como era previsible, nada entendían, y como, según se vio, nadie hacía caso al del bigote y sin cortarse un pelo los números la Benemérita que le acompañaban la emprendieron a tiros disparando sus metralletas hacia el techo —la traca— con lo que los allí presentes, a excepción de ese que era presidente, el comunista ese de las gafas que se pasaba el día fumando y un señor de edad muy enérgico que se dirigió inmediatamente al encuentro del bigotes, se escondieron como conejos en sus madrigueras al abrigo del chaparrón.

—¡Ve usted Tremoleda, eso es consecuencia del ruido de sables que le dije! —exclamó don Evaristo, mientras las chicas, el aludido y una servidora, con una boca de palmo, no entendíamos un pijo de lo que acabada de suceder.

Y es que nadie entendía nada hasta que, como tuve ocasión de comprobar a eso de la una de la madrugada, el mismísimo rey Juan Carlos se dirigió al pueblo para anunciar que el golpe de Estado había sido un fracaso. Porque se había tratado de eso: un intento de golpe de Estado promovido por unos irreductibles nostálgicos que veían a la democracia como el peor de los males de la humanidad y el fin de sus respectivos chollos largamente cultivados.

Pero claro, antes de que el rey saliese por la pantalla a sosegar los ánimos tenían que pasar algunas cosas que se han contado posteriormente cientos de veces hasta el aburrimiento desde los diarios y desde la propia televisión por lo que no vale insistir

demasiado en ellas, sin embargo, todo lo sucedido apuntaba a que la nochecita iba ser larga. Y lo fue.

De pronto, como pudimos comprobar desde una ventana, las calles se vaciaron, las ovejas apresuradas corrieron al amparo de sus hogares y nosotras que, por así decirlo, ya estábamos en el propio decidimos no movernos pendientes del televisor a ver qué sucedía.

A excepción de don Evaristo que no tenía necesidad de dar cuentas a nadie, las chicas notablemente excitadas se precipitaron hacia el teléfono. Las llamadas telefónicas se sucedieron en cascada. Juanita se tranquilizó inmediatamente: a su nene lo había recogido como de costumbre una vecina de confianza en cuya casa se hallaba a salvo haciendo los deberes; Lucinda como era de esperar encontró a su marido —¿dónde sino?— en casa, relativamente preocupado porque ella como siempre le había dejado la cena preparada; Marilís localizó a su novio en aquel bar de la esquina cercano a su casa donde, sin inmutarse, se hallaba jugando a la garrafina y resolviendo con el de la barra la intrincada quiniela que aquella semana se las traía, y Tremoleda, incomprensiblemente, no pudo dar con su mujer, ni en el trabajo ni en casa. Nadie tenía el suficiente coraje para salir a la calle y exponerse sabía Dios a qué contingencia, así que pese a las protestas de Tremoleda que, temeroso de alguna nueva represalia de su mujer —¿de dónde sales a estas horas, Ferrán?—, pretendía abandonar el fuerte, don Evaristo apeló a su buen sentido, argumentando que más valía salvar la piel que el matrimonio, y la cuestión quedó zanjada con la ayuda de Lucinda que aseguró que como allí no iba a encontrarse en ningún sitio, algo que le constaba. De modo que decidimos aguardar en espera de acontecimientos, que una cámara de la unidad móvil de televisión olvidada por las fuerzas ocupantes retransmitía automáticamente todo cuanto sucedía ya que todavía no habían logrado cortar la emisión.

Al poco, un oficial que acompañaba al bigotes informó a los diputados de que en breve se dirigiría a ellos una «autoridad militar competente para disponer lo que proceda».

—¿Y qué cojones es lo que procede? —saltó don Evaristo, quien ya barruntaba cómo podía acabar todo aquello: en su opinión con una junta de militares que recuperara el orden subvertido por la democracia de los cojones, subrayó.

Bueno, el caso es que, a nadie de los presentes, en especial a Tremoleda que, en calidad de funcionario de la Generalitat dada su inclinación hacia la teatralidad, ya se veía frente al paredón o cuando

menos, dada su experiencia familiar, en el exilio —lo que, según se mirase, no dejaba de ser un momio—, estaba muy de acuerdo con un don Evaristo súbitamente metamorfoseado de abuelita en lobo. Las niñas, con una servidora a la cabeza, preferíamos la nueva situación que permitía dedicarnos a lo nuestro al amparo de una mayor y más flexible permisividad, porque, digámoslo sin ambages, en España, y en especial en Barcelona, casas de putas las había habido desde los tiempos inmemoriales del general Prim, pero ahora se trabajaba con mayor tranquilidad, porque aunque de cuando en cuando maderos y secretas aprovechaban sus prerrogativas para echar un polvo gratis, cuyo coste las nenas sufragaban a escote, mayormente se hallaban ocupados en repartir leña a diestro y siniestro —habitualmente, como de costumbre, más siniestro—, a los sufridos obreros y estudiantes revoltosos, la cosa no pasaba de ahí.

Don Evaristo, sin embargo, se había empecinado en cantar las loas de los cuarenta años de paz, más bien pacificación, conseguidos por el Caudillo que se iban a ir a la mierda —él, más finolis, dijo: garete— por culpa de esos rojos que habían entrado en tromba en el Parlamento acaudillados por el carnicero de Paracuellos y eso no podía tolerarse. Envalentonado ante las perspectivas que, a ojos vista, se hacían más amplias a partir del momento en que nos enteramos que en Valencia el general nosecuántos sacó los tanques a la calle, el pertinaz ventanillero se había subido a la parra y propuso enseñarnos el *Cara al Sol* que según su criterio en breve iba a resultarnos de inapreciable utilidad.

—¿Qué *Cara al Sol* ni que leches? —pareció despertarse Tremoleda—. ¡A las barricadas, a las barricadas!

Al percatarme del cariz que estaba tomando el asunto decidí cortar por lo sano y con la plena seguridad de que aquello iba a ir para largo y que nadie iba a abandonar sus puestos sugerí:

—Algo habrá que cenar.

Y como ninguna de las chicas se ofreciera voluntaria para acercarse a una tasca cercana donde servían comidas, pues aterrorizadas como estaban habían sido presas de un comprensible paralís y además, lo más seguro, era que los de la tasca prudentemente hubiese echado el cierre, una que es mujer de recursos optó por improvisar un refrigerio con lo que hubiese en la nevera, poca cosa, porque como resulta lógico, a casa no se venía precisamente a comer, sino a otras cosas: tres huevos, una caja de quesitos en porciones y unas lonchas de jamón en dulce sin fosfatos que el médico me había

recomendado por lo de mi hipertensión, que sumados a lo que había en la alacena: un paquete de macarrones, una lata de tomate triturado y otra de caballa en aceite vegetal, dados mis amplios recursos culinarios me sirvieron para apañar un tentempié de lo más aparente ya que no cena. Dispuestos a compartirlo como las víctimas de un naufragio atacamos el resultado de aquel guisote que la chistosa Lucinda bautizó como macarrones «*alla* golpe de Estado» y que, dadas las circunstancias, les supieron a gloria, prueba de ello es que dieron buena cuenta del frugal rancho con el voraz apetito de los condenados a la pena capital.

Si andábamos cortos de vituallas, lo que sobraba, sin embargo, eran licores, de los que una previsora tenía un variado surtido para obsequiar a la clientela mientras guardaban turno en espera de que se les atendiese: una botella de Magno —que tanto agradaba a don Evaristo—, tres cuartos de ginebra supuestamente inglesa, media de anís del Mono, Aromas de Montserrat para los patriotas, una de un afamado whisky segoviano, un botellín de cava, cointreau, unas cervecitas y las cocacolas de las nenas, y media caja de vino de Rioja que el señor Garmendia, aquel representante tan simpático de Bilbao que cada vez que paraba en plaza venía a girarnos visita, nos había regalado para que catáramos, dijo, el vino de su tierra. De hielo también andábamos bien provistos. Así que en cuanto cenamos, si aquello podía merecer tal calificativo, cansadas de la tele que no aclaraba nada mientras que la radio a la que recurrimos nos daba la tabarra con una selección de marchas militares, Juanita y Marilís que habían dejado de hacerse ilusiones en cuanto a la elección de don Evaristo, decidieron reforzar sus cocacolas a base de largos lingotazos de ginebra y vaya si los reforzaron. Al resto no nos quedó más remedio que sumarnos al bebercio y al punto don Evaristo atacó el coñac —saltaparapetos, lo llamábamos en la guerra— y Tremoleda, después de llamar a casa sin obtener respuesta alguna, Lucinda y una servidora, en el colmo de la sofisticación, atacamos el whisky. Con el paso de las horas, tras haber dado cuenta de aquellas existencias, nos adentramos en el proceloso mundo de las mezclas indiscriminadas, que si cointreau, que si el Mono, que si las Aromas, y al poco se desencadenaron esos instintos aborregados que sólo el alcohol es capaz de hacer aflorar.

Encaramadas a una mesita de café, Juanita y Marilís, al son de un viejo disco de Peret, bailaban una suerte de zambra sicalíptica que acabó por decidir a don Evaristo, bastante salido al contemplar el baile, que al grito de «a follar que se acaba el mundo» se llevó a la pareja de baile a la habitación del fondo; Lucinda, al grito de ¡yuppi, Silver! cabalgaba a un Tremoleda que desmelenado a cuatro patas

emulaba al caballo del Llanero Solitario, hasta que ambos cayeron y rodaron por la alfombra donde se pusieron tan cariñosos que hube de llamarles la atención por lo que dejaron la salita para refugiarse en alguna de las habitaciones libres donde supuestamente volverían con fuerzas redobladas a sus menesteres cual gatos en celo. Y yo, qué demonios iba a hacer sino quedarme medio traspuesta frente a la tele hasta que —según he dicho— a eso de la una el himno nacional atronó en la estancia y en la pantalla apareció el rey, ojeroso, con la cara desencajada, vestido no obstante con sus mejores galas militares para anunciar que había dado órdenes de que se retirasen todos los sediciosos a sus acuartelamientos pues la corona apoyaba y respetaba el orden constitucional –creo que subrayó– aprobado en referéndum por todos los españoles.

Presa de un ataque de sincero patriotismo me precipité a dar la noticia al resto del equipo para comprobar que todos dormían a pierna suelta la mona y sus respectivos excesos. No insistí, creí que no valía la pena, cuando se despertasen ya les pondría al corriente de todo, y rendida por la sobreexcitación que me había ocasionado el inesperado suceso, tras tomarme un café con leche y un par de optalidones me fui a la cama como una buena chica.

A la mañana siguiente, víctimas de la juerguecita nocturna, el personal y allegados, uno tras otro hicieron acto de presencia en el salón, las nenas desgreñadas y con el rímel corrido, don Evaristo con evidentes síntomas de agotamiento se interesó vivamente por lo acontecido de lo que le informé lo más cumplidamente que pude.

—De modo que seguimos igual —comentó con desaliento.

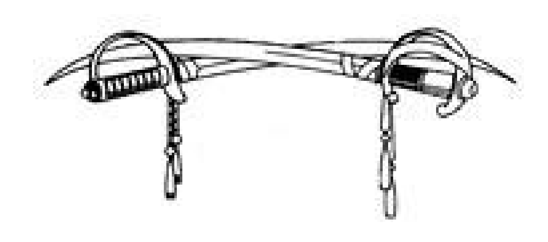
—Así parece —puse punto final a todo comentario.

Y Tremoleda, corrido como un colegial pillado en falta, no sabía que decir. Su mente ofuscada barruntaba qué cuento iba a largarle a su mujer. ¿Cómo justificar su ausencia nocturna? Claro que con el país en ascuas cabían mil excusas, pero y ella ¿dónde se había metido Meritxell que ni siquiera había contestado el teléfono?

Pasaron un par de días y todo en apariencia recobró la calma cuando Tremoleda vino a visitarnos. Según nos dijo, al llegar a su casa la encontró vacía. No había rastros de su mujer como no fueran aquellas prendas esparcidas presumiblemente a toda prisa sobre la cama del dormitorio como cuando uno al hacer las maletas recoge lo imprescindible. Luego ya tranquilizado, por lo menos se libraba de dar explicaciones, se fijó en la nota de la mesita de noche:

«Ferran, he fugit a França amb un company. Penso que no tornaré mai més a aquest maleït pais de merda. Tens el sopar a la nevera. Adeu per sempre, Txell».

Lo que vino a confirmar mi teoría: pese a sus inconmovibles ideales, la tal Meritxell era un zorrón de mucho cuidado y que, para bien de Tremoleda, y seguramente el de Lucinda, tal vez hubiera valido la pena aquella intentona golpista.



Este libro

se imprimió el día

después de San Jaime

de dos mil diecinueve

Table of Contents